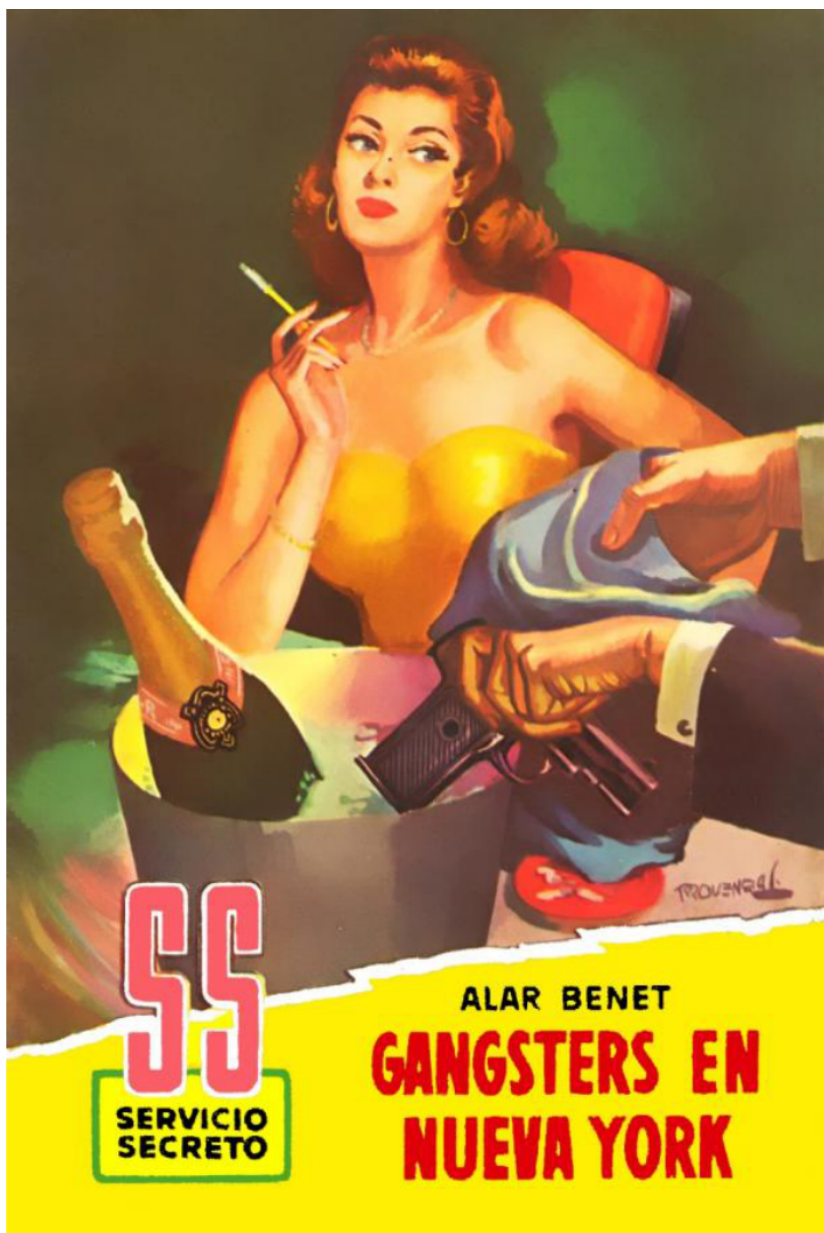




SS

**SERVICIO
SECRETO**

ALAR BENET

GANGSTERS EN NUEVA YORK

ALAR BENET

Gangsters en Nueva York

1.^a EDICIÓN
JUNIO - 1955



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES
ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS

En Colección BISONTE:

- 116. — El triángulo de la muerte.
- 288. — Cazadores de apache.
- 349. — La Ley del Winchester.
- 369. — Tambores indios.

En Colección BÚFALO:

- 25. — La sombra de la cuerda.
- 29. — Saloon City.
- 41. — El hijo del Gun-man. 51. — Tirando a matar.

En Colección S. SECRETO:

- 147. — Lucha en la sombra.
- 150. — Burlando a la muerte.
- 169. — Un cadáver tras sus huellas.
- 171. — La ciudad maldita. 177. — Asesinato en Waldorf.
- 181. — El criminal nunca escapa.
- 214. — Tres sombras en el suelo.
- 227. — ¡Acepto el desafío!

En Colección PANTERA:

- 6. — Furia del Oeste.
- 10. — Infierno en Oklahoma.

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

**Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 1 - Barcelona**

GANGSTERS *en*
ENUEVA YORK

por Alar Benet.

A stylized black and white illustration. The top part features a jagged skyline of New York City buildings, with the Empire State Building being the most prominent. Below the skyline, the word 'GANGSTERS' is written in a large, bold, outlined font. To its right is a small 'en' in a script font. Below 'GANGSTERS' is the word 'ENUEVA YORK' in a similar bold, outlined font. Below this, the text 'por Alar Benet.' is written in a script font, with 'por' in a smaller font. To the right of the text is a detailed illustration of a handgun, shown from a side profile, with motion lines behind it suggesting it is being held or fired.

CAPÍTULO PRIMERO

LA MUERTE LLEGA CON RETRASO

Richard Miles, aferrado al volante, sentía como el corazón se aceleraba en su marcha y, al enviar la sangre con rapidez a sus venas —poderoso motor del organismo—, un fuego extraño le dominaba, enrojeciéndole. Como en otras ocasiones, duros momentos emocionales, hubo de parpadear con fuerza. La carretera que enlazaba

Sing-Sing

con Nueva York comenzó a desdibujarse, y el chófer, con un gemido de impotencia, luego de una hábil maniobra, detuvo el lujoso automóvil, un «Ford Zephyr Zodiac», de seis cilindros y 2262 centímetros cúbicos, ganador en 1953 del Rallye de Montecarlo.

—¡Qué diablos haces! ¡Tenernos el tiempo justo!

Miles volvió la cabeza para mirar a un hombre de cabeza ancha y facciones enérgicas, dominadoras, en las que predominaba el rasgo duro de la mandíbula y los ojos pequeños, duros, agresivos.

—Creo que hay una avería —se excusó Richard—. Algo marcha mal.

Cerró los ojos con fuerza al pronunciar tales palabras. Los faros de numerosos vehículos le deslumbraban.

—¡Disponemos de quince minutos para llegar al avión! Joseph Popsky te envió a buscarme por considerarte el mejor chófer entre los muchachos. ¡No intentes jugarme una mala pasada!

—¿Qué ganaría con ello?

Richard se apeó del «Ford» y, alzando la capota, fingió manipular en el motor. La vista le volvía con rapidez.

—No era nada. Estaba obstruido el paso de la gasolina. Ganaremos el tiempo perdido.

—¡Eso espero!

La afirmación era amenazadora, pero Richard Miles no pareció preocuparse por ello. Por un instante sus labios, tersos, juveniles, se distendieron en una sonrisa de superioridad. No temía a su pasajero. Cualquiera de sus camaradas del «gang» se hubiese echado a temblar al oír la frase de Giovanni Webb, el *boss* más famoso de Nueva York, el hombre que, como el tristemente célebre Al Capone, conseguía siempre burlar la acción de la justicia. En sus venas llevaba mezcla de sangre italiana e inglesa, no sólo por su nombre y su apellido, sino por sus gustos, por sus reacciones. Tenía la genialidad europea —genialidad aplicada al delito— y el dinamismo americano.

La aguja del cuentamillas oscilaba entre los setenta y los setenta y cinco. Los faros del automóvil perforaban las tinieblas.

Por una fracción de segundo, Richard Miles se contempló en el espejo situado sobre su cabeza, sorprendiéndose al ver el brillo gozoso de sus pupilas. Era necesario que moderase sus sentimientos.

De nuevo los focos de luz comenzaron a unirse, formando un haz cegador. ¡Otra vez, le disminuía la visibilidad! Esforzóse en mantener el coche en la carretera, pero hizo un zigzag impresionante a la par que levantaba el pie del acelerador.

—¿Estás borracho? ¡Vamos a estrellarnos! ¿Qué te ocurre?

Desazonado, no por la voz bronca de Giovanni Webb y sí por el repetido fenómeno de ceguera, Richard repuso, con voz trémula:

—He de mirar el motor. Tiene fallos inexplicables.

Fue a apearse. El *boss* se lo impidió:

—¡Aguarda! ¡Vuélvete!

Miles, al obedecer, dióse cuenta de que Giovanni le encañonaba con una «German Luger». Veía el arma borrosa, pero no tuvo duda de que se trataba de una pistola alemana, admirable por su precisión.

—¿Vas a matarme? No por ello irá mejor el coche.

—Quiero hacerte una advertencia. ¡Necesito llegar al aeropuerto antes de las doce de la noche, y faltan nueve minutos! De no conseguirlo por tu culpa, te llenaré el cuerpo de plomo.

—¡Conduce tú, si quieres!

Era la segunda vez que Richard tuteaba a su jefe. Sin embargo, éste, obsesionado por su prisa, no pareció advertirlo.

—A Joseph le costará un disgusto mandarme un cacharro.

—Es el mejor vehículo de que disponemos.

Sabiéndose observado por el *boss*, bajó del «Ford». Al manipular a tientas en el mecanismo, arrancó un cable. Su ceguera aumentaba. Sabíase en riesgo inminente de muerte, expuesto a la cólera de Webb, y era preciso que justificara sus dos paradas. Le seducía jugar una mala pasada a su jefe, convencerle de que no era infalible, que algo, una máquina o un hombre, podía fallarle.

Se frotó los ojos con ambas manos sin que la vista le tornara. Al fin comenzó a ver, débilmente primero, con claridad después.

—¿Qué sucede? —le preguntó Giovanni, a su espalda.

—Mira. Tenía razón.

Ajustó el cable a uno de los cilindros, montando de nuevo en el automóvil, que puso en marcha para lanzarse a una velocidad endiablada. Estaba seguro de que no llegaría a tiempo al aeropuerto de La Guardia, y así fue. Cuando Richard Webb se apeó, el cuatrimotor que enlazaba Nueva York con San Francisco acababa de despegar. Tres hombres se acercaron al *boss* y uno de ellos, con voz firme dijo:

—Cumplimos sus órdenes de dejarle vivo si usted no llegaba.

—¡Marchaos! ¡Fuera de mi vista!

La ira de Giovanni era tal que, de no hallarse rodeado de funcionarios del aeródromo y pasajeros, habría empezado a tiros con ellos. Las manos le temblaban cual si fuera víctima de un ataque de histerismo. Sólo entonces reparó Richard en una leve sotabarba, fruto, sin duda, de la inactividad de los seis meses de cárcel, que le temblaba a cada movimiento.

—¡Llévame junto a Popsky, Richard! Alguien tiene que pagar que Eric Drake haya escapado.

—Nadie tuvo la culpa, jefe.

—¡Eso soy yo quien ha de decidirlo!

Sin más comentarios, Giovanni penetró en el vehículo, acomodándose en el asiento posterior Miles, de nuevo al volante, hizo una hábil maniobra para situarse de cara a la ciudad, ensordecido por el continuo clamor de los altavoces que daban instrucciones a los viajeros.

—¿Hay prisa ahora, Webb? —inquirió.

—¡Lo mismo da! Antes la tuve, y fue inútil.

En el breve trayecto hasta Manhattan, desde La Guardia Airport, situado en el Municipio de Queen, a escasa distancia del East River, Richard comprendió que, con su demora, acababa de salvar a uno de los más odiados enemigos del «gang» al que pertenecía. Erik Drake escapaba con vida merced a la ceguera momentánea de Miles y a su afán por no confesarla, pues si lo hiciera no podía actuar como chófer en la organización.

¡Eric Drake! El joven, al repetir mentalmente el nombre, frunció los labios. ¿Por qué era preciso que Giovanni, recién salido de la cárcel, fuera al aeropuerto para que sus hombres asesinaran al jefe del «gang» que disputaba a Bebb el dominio de algunas zonas de Nueva York? ¿Es que esperó hasta el último segundo algún arreglo con su temido rival?

Richard no pudo contestarse a tal pregunta, como tampoco a otra formulada meses antes. ¿Cómo fue Giovanni tan ingenuo para dejarse encarcelar? Quizá el futuro le aclarase tales incógnitas.

—Dé un rodeo. Quiero pensar.

El chófer inclinó la cabeza, con gesto de asentimiento y, por la calle 21, se dirigió al puente de Queensbord, cuyos pilares centrales descansan en Welfare Island; ya en Manhattan y a través de la 59 Street, llegó a la avenida Madison y, siguió por ella, pasando muy cerca de la Catedral de San Patricio, joya arquitectónica norteamericana. Fue a detenerse, a una orden de Webb, en la puerta principal del «Saks Fifth Avenue», uno de los más lujosos y populares comercios de la City.

—¿Dónde aparco?

—En la Gran Central Terminal. Quiero telefonar. No te muevas del coche. No tardaré.

—Como mandes.

Giovanni, que iba a descender del vehículo, se detuvo, con la portezuela medio entornada.

—He observado que me tuteas. No me gustan las familiaridades.

—A mí tampoco. Correspondo al trato que me dan.

Relampaguearon de ira los ojos del boss.

—Es muy peligrosa tu actitud. ¿No te has dado cuenta?

—Quizá; pero no me preocupa. Alguna vez hay que morir.

—¿No me temes?

La réplica de Richard desconcertó a Webb, habituado a que

todos temblaran ante él.

—Frente a frente, tu pistola y la mía son iguales. Yo también uso una «German Luger». A traición es difícil cazarme.

—¿De veras?

En el interrogante había un leve matiz de burla, que no pasó inadvertido para el joven.

—Es posible.

El *boss* miró al que le retaba con el gesto, aunque sin actitudes de desafío, y por vez primera desde que abandonó la cárcel, en su rostro dibujóse una sonrisa de sarcasmo y superioridad.

—No se debe fanfarronear con los jefes, Miles. Debieras saberlo. ¿Imaginas que he caído en desgracia por haber pasado unos meses en

Sing-Sing?

—Creo que te convenía ir allí, y por eso fuiste.

—Eres muy listo. ¿Me hubieses tuteado antes?

—Sí. Todos hablaban de ti con pánico. Yo me limitaba a hablar con respeto.

Hubo una breve pausa. Los cláxones atronaban, y un *policeman* de tráfico, se acercaba al vehículo, sin duda para imponer a su propietario una multa por detenerse tanto tiempo. Giovanni se apeó al observarlo, antes de que el de la Metropolitana llegara a ellos, y Richard pisó el acelerador mientras el *policeman* se alejaba a continuar ordenando la riada de coches.

Apenas hubo aparcado. Miles se abstraigo de nuevo en sus preocupaciones. Llevaba varios meses sin ser acometido por las repentinas crisis de ceguera. Debía hacerse examinar por un médico. Le alarmaban los dos ataques sufridos. Miró frente a él, y los objetos parecieron desdibujarse. ¿Iba a quedarse ciego? Un estremecimiento surcó su cuerpo, joven y vigoroso.

Richard Miles, de veintiséis años de edad, era un hombre de recia musculatura y atractivo aspecto. Su nariz recta, sus ojos negros, profundos, su boca proporcionada, roja en sangre, y su frente amplia, eran reveladoras de una carencia de taras fisiológicas. Contrastaban con sus compañeros, en su mayor parte típicos «gangsters» americanos en los que cualquier siquiatra hubiera encontrado taras hereditarias.

¿No se habría comportado torpemente con Giovanni? Era un

riesgo necesario a su juicio.

Elevando la antena con el dispositivo automático desde el interior, conectó la radio. Deseaba aturdirse, no pensar en todo lo que sacrificaba.

Una vez más se frotó los ojos, y al hacerlo se dijo que el *boss* tardaba demasiado. ¿Cómo pudo obtener Giovanni la «German Luger»? Hasta entonces no había pensado en ello, y se dio la respuesta con rapidez. Sin duda Joseph Popsky, el polaco segundo del «gang», la dejó oculta en alguno de los asientos posteriores para que el jefe pudiera utilizarla a la salida de la penitenciaría.

Absorto en sus ideas no reparó en tres hombres que acababan de apearse en un «Cadillac» hasta que no se hallaron junto a la ventanilla.

—Hola, Richard. Ven con nosotros. Deja aquí el «Ford». Vendrá un muchacho por él. Dame las llaves del contacto.

Miles, con sobresalto, pudo darse cuenta de que los que le miraban tenían las manos hundidas en los bolsillos exteriores de las americanas, y se previno.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Ya te lo diremos. ¡Vamos, sal!

Aun comprendiendo que un riesgo le amenazaba, a juzgar por la actitud hostil de sus camaradas, Richard obedeció. No le quedaba otro remedio. Si los tres «gangsters» recibieron órdenes de asesinarle, lo harían allí mismo, sin impórtales el público que les rodeaba. Tal vez se equivocara y sólo se tratase de un cambio de planes de Webb.

—Toma las llaves, James.

—Ven con nosotros. El jefe ha ordenado que te demos un paseo, un largo paseo...

James Carra sonrió cruelmente, y sólo entonces Miles tuvo la certeza de su inmediato fin. Quiso revolverse, pero dos de los que le acompañaban se acercaron más a él.

—No seas suicida —dijo uno—. Vivir siempre es agradable, aunque no sean más que unos minutos. ¡Sube!

Richard obedeció. Ahora comprendía el significado del gesto burlón, de la falsa afabilidad de Giovanni.

—¿Por qué manda el jefe liquidarme?

—Dice que eres un pésimo chófer y, además, un entrometido.

Considera que estorbabas.

El «Cadillac» abandonó despacio el aparcamiento de coches, y por la avenida Park, llegó a la Broadway.

—¿A dónde me lleváis? —inquirió Richard—. Sed buenos camaradas hasta el último momento. Comprendo que me liquidéis si ésta es la orden, pero, al menos, dadme a elegir la clase de muerte.

Hablaba con el propósito de conocer el tiempo que le quedaba de vida y, luchando con desesperación, defenderse dentro del vehículo o esperar una oportunidad más favorable. James Carra repuso:

—Al jefe no le gustan los que hablan demasiado. ¡Vigíladle bien, muchachos! ¡Es duro de pelar!

—Ya le conocemos. Descuida. El cañón de mi revólver le apunta a las costillas.

Miles tragó saliva. Se sabía perdido, a merced de los que fueron sus cómplices. Era imposible sorprenderles por tratarse de hombres de lucha, de vuelta de todos los trucos.

—¿Un tiro en la nuca, James?

—Sí. Después te daremos un buen baño para que te refresques.

¡Morir! La palabra, agigantándose en su cerebro, conmovió el espíritu de Richard, impulsándole a luchar. Fue a moverse, mas la presión de un revólver contra su costado le inmovilizó. ¿A qué acelerar su trágico futuro? Era posible que en el último segundo sucediese lo imprevisto. ¡Siempre confiaba en la Divina Providencia!

El vehículo bordeaba Battery Park, por la calle del mismo nombre, para desembocar en el Hudson River, en la dársena número uno.

—Baja, Miles.

—¿Ya ha llegado mi hora?

—Aún no. No pierdas el tiempo con preguntas que nadie ha de contestarte.

Encañonando por los tres tipos, Richard se dijo que quizá pudiera esgrimir su «German Luger» y...

—¡Quitadle los dientes! Los últimos coletazos pueden ser duros.

La orden de Carra fue obedecida con presteza, y unos dedos ágiles ciñeron unas esposas metálicas en torno a las muñecas del

sentenciado a muerte. Cuando el joven quiso resistirse, ya era tarde. Sus brazos estaban inmovilizados a la espalda.

Copioso sudor empezó a correr por las sienes de Miles, pese al fresco viento nocturno procedente del Atlántico. Era la una de la madrugada. La noche oscura favorecía los planes de sus ejecutores. ¡Si se cruzaran con alguna patrulla de vigilancia en los muelles!... ¡Vaya esperanza! El jefe habría elegido bien la hora y el sitio.

El grupo, silencioso, llegó a un «ferry» de los que, a través del East River y el Hudson, que rodeaba la City, le enlazan con los diversos municipios y Estados próximos, en especial con Nueva Jersey y Ellis Island.

Ya a bordo Richard, de pie en la proa, sintiendo sus cabellos alborotados por el viento, experimentó una profunda rebeldía contra la muerte. ¡El ambicionaba vivir! ¿Cómo se había dejado sorprender tan estúpidamente? Comenzó a evocar las horas felices pasadas, y un nombre de mujer, cubriendo sus ojos de lágrimas, le hizo desdichado. ¡Ethel Fordham! ¡Pobre muchacha! ¿Qué sería de ella? Llevaba sin verla cerca de tres años. Inclínó la cabeza al recuerdo de la terrible escena de su separación, que él nunca imaginó tan larga y menos aún definitiva. ¡Si pudiera verla para explicarle que...!

—¿Quieres darle un abrazo a la Estatua de la Libertad, Miles?

—No seas irónico, James —repuso el joven con viveza—. Lo que hoy vas a hacer conmigo te lo harán otros a ti, quizá no tardando mucho. Nunca me tuviste estimación, ¿no es cierto?

—Eres el niño mimado de las mujeres.

—De Estella, sobre todo.

Los dos hombres se retaron con la mirada, y el gesto de Carra se endureció.

—Esa chica sólo ambiciona dinero.

—Tú no la conseguirás ni aunque le confecciones un traje con «papiros» de a mil.

Sabiéndose perdido, a Richard le agradaba encolerizar a su ejecutor. Lo consiguió. La diestra de James hizo un rápido movimiento para esgrimir la pistola, y ya con el dedo curvado en el gatillo, se contuvo.

—¡No!... ¡No!... —masculló.

—Da igual ahora que dentro de unos minutos.

—Eso soy yo quien ha de decidirlo.

El «ferry» surcaba con rapidez las aguas en dirección a Bedloe's

Island. Uno conducía el vaporcito, mientras Carra y el otro indeseable vigilaban a Miles, quien miraba como hipnotizado el gran monumento, gigantesca mole de noventa y dos metros de altura, visitada todos los años por más de medio millón de personas.

—El jefe quiere hablarte antes de que te liquidemos.

La noticia era una sorpresa para Miles.

—¿Quién? ¿Joseph Popsky?

—No. Giovanni Webb.

Richard se alegró al saberlo. Quizá le indultara. Se reprochó lo absurdo del pensamiento. Recordaba su promesa de matarle en caso de que llegara tarde al aeropuerto. ¿Y si hubiese sospechado...?

Sus ideas se interrumpieron al atracar el «ferry» en la dársena de la isla

Bedloe's.

Dos hombres se acercaron por tierra.

—¿Hay novedad? —inquirió Carra.

—Los vigilantes se toman unas copas a nuestra salud en la gran rotonda de la corona. No molestarán. El jefe espera. Daos prisa.

Saltaron a tierra. Una extraña acometividad, un loco deseo de desafiar el poder del boss se iba apoderando de Miles. ¡Le demostraría que no le acobardaba la muerte!

Anduvo despacio, sereno ante la inminencia del peligro. Una sombra surgió de detrás de una de las esquinas del formidable pedestal^[1].

—Hola, Richard. Te creí más listo. Aseguraste que era difícil liquidarte a traición, y quise demostrarte lo contrario.

—Ya lo veo. No esperaba de ti semejante pago.

Miles vio un gesto de asombro en los que le rodeaban, atónitos ante su audacia de tutear al amo.

—Sigues hablándome con demasiada familiaridad. Si te decidieras a ser respetuoso...

Richard sonrió, decidido a jugar bien su última carta.

—¿Qué?

No había ansiedad en la pregunta, y Webb hubo de reconocer:

—Eres valiente. Si me pides perdón, te permitiré seguir

viviendo. Tienes que imitar a los muchachos. A ellos les tuteo, y ninguno se atreve a lo que tú.

—Yo sí. Repito lo que te dije en Manhattan. Correspondiendo siempre en el trato.

—Bien. ¡Tú lo has querido! Te liquidaré personalmente.

De la funda auxiliar sacó su «German Luger», y muy despacio apoyó el cañón en la frente de Miles, quien, sin pestañear, dijo:

—No correspondes bien a los que te sirven lealmente. ¡Aprieta el gatillo! Si te implorara clemencia no sería digno de haber obedecido tus órdenes, y estoy seguro de que me despreciarías.

—¡Eso no te importa! ¡Hazlo!

—¡No!

Chocaron las miradas, con la dureza del acero. El *boss* mantenía el arma apoyada en la frente del joven, quien no pestañeaba pese a sentir en sus pulsos el golpeteo de la sangre.

Por un segundo fue a pedir clemencia, pero no lo hizo. Si Giovanni pensaba matarle, de nada serviría su súplica. En caso contrario le interesaba convertirse en su hombre de confianza para...

—No seas suicida. Ten concedo un minuto más.

—¡Sobra! —repuso, con aspereza, el condenado a muerte.

—Es posible que cambies de parecer.

La sirena de una gabarra de carga atronó en la noche, a corta distancia de Richard para quien todos los sonidos eran clamores de vida, de una vida a la que, ahora se daba cuenta, amaba con todo el entusiasmo de su corazón. Tan fuerte notaba en sus sienes el paso de la sangre que parecía un aviso de la eternidad, un contar los segundos cara al supremo tránsito.

El cañón del arma estaba frío, y hubo de contenerse para evitar un estremecimiento.

Se esforzó en serenarse. La conducta del jefe era extraña, no sólo por haberse molestado en ir hasta Bedloe's

Island para liquidar a un hombre, sino también por el hecho de convertirse en ejecutor.

Pasado el plazo, Giovanni enfundó el arma y, volviéndose a James Carra, dijo:

—Hazlo tú. Yo me reuniré con los vigilantes para gratificarles.

Alejóse Webb sin aguardar respuesta, y el bandido se dispuso a ejecutar a Richard Miles...

CAPÍTULO II

RETORNO AL PASADO

Giovanni, con una enigmática sonrisa, contempló desde las ventanillas de la Estatua de la Libertad un luminoso panorama. Al norte, Manhattan, con sus iluminados rascacielos y el parpadeo multicolor de los anuncios luminosos; al este los municipios de Bronx, Queen y Brooklyn, al sur parte de Brooklyn y Richmond, y al oeste Nueva Jersey. Luego volvióse a dos hombres que conversaban en uno de los laterales del amplio mirador.

—Deseo demostraros mi gratitud por permitirnos a mí y mis amigos realizar una excursión nocturna. ¿Estáis casados?

—Sí —repuso uno—. Yo tengo dos hijos; mi compañero tres.

—Tomad. Compradles algunos juguetes.

El asombro y la alegría de los vigilantes se tradujo en una mutua mirada y en un comentario jubiloso:

—¡Son quinientos dólares!

—Sí. Permaneced aún aquí cinco minutos. Nos iremos antes de que transcurra ese plazo.

—¿Va a bajar en el ascensor?

—Utilizaré la escalera. Me conviene el ejercicio. Estuve varios meses inactivo.

Con el pensamiento puesto en Richard Miles, el *boss* descendió despacio por los escalones que le separaban de puerta de entrada, en el gran pedestal.

¡Lástima que Eric Drake hubiese escapado con vida de Nueva York! ¡Había perdido la mejor oportunidad de eliminarle, convirtiéndose en el amo de la City, con la influencia del Sindicato! El enojo tornó a dominarle, y se dijo que estaba convirtiéndose en un estúpido sentimental.

Muy despacio se aproximó a sus hombres pudiendo oír...

—¿No quieres pedir perdón al jefe? ¡Voy a apretar el gatillo!

—¡Hazlo cuando quieras! Me temo que me hayas confundido con un cobarde de tu calaña.

Hubo una breve pausa, pasada la cual Giovanni escuchó la voz irritada de James Carra:

—¡Siento no liquidarte! Prometo darte una paliza en la primera oportunidad.

—No te será fácil. No entiendo lo que ocurre. ¿Quieres explicármelo?

El corazón de Richard latía precipitado, feliz. Sus sospechas se confirmaban en el sentido de que el *boss* le había sometido a una prueba. Sin embargo, quiso cerciorarse.

—El jefe ha querido darte un susto.

—¡Pues me lo ha dado! De ello no os quepa duda. ¡Qué gran peso se me quita de encima! Quisiera decirle...

Giovanni adelantó unos pasos para preguntar con sorna:

—¿Qué?

—Algo sorprendente. Ahora que nada me obliga, le trataré con el respeto que se merece. Tengo un carácter díscolo, y suelo ser testarudo.

—Ya pude comprobarlo, muchacho. ¡Eres todo un hombre!

Una extraña flojedad invadió a Miles, cual si de pronto hubieran abandonado las fuerzas. Al relajarse sus músculos y ceder la tensión emocional, hubo de hacer un esfuerzo para sostenerse en pie.

Estrechó la mano que Webb le tendía, preguntándole:

—¿No será esta otra broma, jefe?

—No. Vive tranquilo, al menos mientras te comportes con lealtad. Popsky me ha dado buenos informes de ti.

—Procuro servir a quienes me pagan. Tomaría con gusto un trago de *whisky*.

Giovanni, sin palabras, ofreció un frasco aplastado a Richard entre el estupor de los que les miraban.

—Admiro el valor, incluso el de mis enemigos. Vamos, Miles. Desde hoy quedas a mis órdenes directas.

—Gracias, jefe. Sabré corresponderle.

Todos montaron en el «*ferry*», que les condujo hasta la dársena A. En Battery se dividieron en dos grupos. James Carra y los otros

dos subieron al «Cadillac», mientras el boss y Richard lo hacían en un «Mercedes».

—Conduce. Encargué este vehículo un mes antes de salir de Sing-Sing.

Es acorazado. No hay proyectil capaz de traspasar la carrocería o los cristales.

—Capone tuvo algo parecido.

—Sí. ¡Admiro al que fue dictador de Chicago, y procuro imitarle!

Miles, al volante, nada dijo, aunque sus cejas se fruncieron.

—¿A dónde vamos?

—Al «Yankee». Hay nuevas atracciones. Allí nos separaremos. Yo mismo conduciré mi coche para ir a casa. ¡Me espera una mujer estupenda! He de desquitarme.

—Lo comprendo. Me beberé una botella de champaña para festejar mi nacimiento.

Hubieron de atravesar Manhattan, de sur a norte, y por el puente de Third Avenue, cruzaron el río Harlem. Ya en Bronx, a través de la calle 138, del *boulevard* And Concourse y del 161 Street, fueron a detenerse frente a una puerta de cristales, muy iluminada que daba acceso al «Yankee Stadium». Un galoneado individuo de raza negra, abrió la portezuela del «Mercedes», inclinándose ceremonioso al salir Giovanni.

—Deja el coche en el aparcamiento de la avenida Jerome, y ven a darme las llaves de contacto. Después quedas libre hasta mañana a las dos, en que debes ir a buscarme al despacho de Popsky.

—Como mande, jefe.

Richard hizo lo que Webb le indicara, y penetró en el *cabaret*, seguido de las miradas de las camareras y de no pocas de las mujeres que ocupaban las mesas de la sala del establecimiento de recreo. Miles, con una sonrisa enigmática y un íntimo desprecio a los que le rodeaban, gente ansiosa de paraísos artificiales, anduvo hasta uno de los laterales del salón. Cerca del templete de las atracciones se hallaba su jefe conversando animadamente con una mujer de la que Richard no veía más que la espalda. Sin embargo, la gran mata de pelo rubio, que se deslizaba en cascada de oro sobre la femenina espalda, hizo latir apresurado el corazón del joven. ¡No! ¡Era imposible!

Con miedo de mirar a la que acompañaba a Giovanni, Miles tendió a éste las llaves de contacto del coche.

—Tome. El automóvil está en la línea tercera del aparcamiento. Di un dólar al vigilante.

—Gracias, Richard. Veo que tienes cerebro y sabes usarlo.

La mujer volvió la cabeza, y sus ojos se clavaron en los de Miles, quien repuso con voz ronca:

—A veces suelo comportarme como un estúpido.

Al alejarse, en las pupilas del hombre brillaba el rocío de una lágrima. ¡Ethel! ¿Cómo pudo caer tan bajo? Quizá ella ignorase la trágica historia sentimental de Webb. La mayor parte de sus amigas desaparecían sin que pudiera conocer su paradero y sin que nadie las reclamase nunca.

Acodado en la barra, ante un doble de *whisky*. Miles observó que su jefe y la muchacha bailaban. Pese a la distancia y a las luces del salón, que desdibujaban las siluetas con sus cambios de colores, Richard se dijo que Ethel estaba pálida como una muerta, sin que el leve maquillaje —en eso no había cambiado— lo disimulara. Webb la hablaba al oído, sin duda intentando convencerla de que la moral era absurda, un pesado lastre en la vida. Ella, con la barbilla recostada en el hombro del «gángster», parecía no escucharle, ajena a cuanto le rodeaba.

Cual si de los ojos de Richard emanara una fuerza, un fluido eléctrico, Ethel Fordham, le miró, y el joven, volviéndose de espalda, le demostró su desprecio.

—Aún no has contestado a mi pregunta, Ethel.

La aludida esforzóse en dominar la congoja que la ahogaba.

—Perdona —repuso—. Por un segundo me he sentido ingrátida, feliz.

El gozo que tales palabras produjeron en Giovanni se tradujo en la mayor presión de sus brazos sobre la femenina cintura.

—Eres adorable, Ethel. ¿Damos ese paseo por la bahía?

—Hoy tendrás que perdonarme. Me duele la cabeza. Vine por no defraudarte en tu primer día de libertad, pero deseo estar en un sitio sin ruido, con todas las luces apagadas, y dormir. Estas molestas jaquecas me acometen con frecuencia. ¿No te importa?

Webb hizo un gesto de contrariedad, pese a lo cual su réplica fue amable.

—Debiste decírmelo antes. Te acompañaré a casa y...

—Nos despediremos hasta mañana por la noche.

—Desde luego. ¿Nos vamos ya?

—Como quieras. ¡Lamento amargarte la noche!

—No te preocupes. Me ocuparé de los negocios. Diré a Richard que nos lleve.

Miró en derredor sin ver a Miles, que acababa de marcharse, consecuente con sus planes, dispuesto a saber la verdad, a enfrentarse a un pasado que le angustiaba. Para el joven el encuentro era terrible. ¡No consiguió olvidar a Ethel! ¡Qué hermosa estaba!

Dentro de un vehículo de alquiler en la zona inmediata a la salida del *cabaret* con la mirada fija en las encristaladas puertas, Richard oprimía sus manos nerviosamente. ¿Era ella una perdida, una más en los bajos fondos de «gangsterismo» de Nueva York? De haberse producido tal fenómeno inconcebible para él, no dudaba que la muchacha cayó en el lodo por un desengaño o acuciada por la desesperación. ¡De ser así, él era culpable!

«Me esforzaré en librarla de Giovanni», se dijo Miles.

La espera no fue larga para el joven. Ethel y el *boss* salieron del «Yankee» y, muy despacio, cual si gozaran de un grato paseo, se encaminaron por 161 Street a Jerome Avenue, penetrando en el gran edificio de varias plantas instalado por el Municipio de Bronx para el aparcamiento de coches.

Poco después, el «Mercedes» alcanzaba el exterior por una de las rampas. Lentamente, por la calle 161 y las avenidas Third y Bruckner, enfiló el Triboro Bridge, sobre las islas Randalls, y cruzando luego el Astoria Park, ya en Queen, descendió por la 21 Street.

—No pierda de vista a ese coche, y ganará diez dólares de propina.

—Descuide, señor. Van a Brooklyn.

El chófer del taxi no se equivocaba. El «Mercedes», tras un largo recorrido por el municipio, denominado con justicia «Ciudad de las Iglesias» y «Dormitorio de Nueva York», se detuvo ante una casa de nueve pisos, en Fulton Street principal vía de Brooklyn, muy ruidosa a causa de los tranvías y del ferrocarril aéreo. El tráfico era intenso y muy numerosas las personas que deambulaban por la

calle, motivo por el cual Richard pudo saltar del vehículo y, sin que le vieran el boss y la mujer, penetrar en el portal del edificio, ocultándose detrás de una de las puertas. Desde allí pudo oír el breve diálogo de Giovanni y Ethel.

—¿De veras no quieres que te acompañe un rato?

—Únicamente la soledad me quita el dolor de cabeza. Llámame mañana por teléfono. Tal vez podamos comer juntos. Eres muy amable conmigo, Webb.

—Todo te lo mereces.

Hubo un breve silencio, y la idea de que quizá Giovanni estuviera besando, en la despedida, a la muchacha, amenazó enloquecer a Miles. Todo, incluso la muerte, lo soportaba con serenidad; pero aquello...

Un gracioso taconeo, rítmico, vibrante, símbolo de juventud, estremeció a Richard. ¡Hubiera reconocido sus pasos y sus cabellos entre los de un millón de mujeres! ¡Ninguna como ella!

Le inquietaron, desasosegándole más, lo intenso de sus pensamientos, el fuego que le devoraba las entrañas.

Ethel Fordhman pasó junto a Miles, sin advertirle y, ya en el pequeño *hall*, en el que se abrían las puertas de tres ascensores. Richard se mostró.

—¿No te importa que charlemos?

La joven volvióse con sobresalto, y de nuevo la blancura imperó en su rostro, de líneas perfectas.

—¡Tú!

—Sí. ¿Esperabas a otro? A Giovanni le despediste. ¿Hay acaso un tercer individuo esperándote en tu cuarto?

—¡Calla!

En la voz de la mujer había ira y tristeza, en confusa mezcla. Él, mirándola con dureza, prosiguió:

—¡Necesito que hablemos!

Ethel, con orgullo, levantó más la cabeza, recuperando el dominio de sus nervios.

—¿Y si me negara? ¡No tienes ningún derecho sobre mí!

—Sería lo mismo. ¡Estoy decidido a saber!

Las palabras de Miles encerraban una amenaza que no pasó inadvertida para la mujer.

—¿Pretendes, golpearme? ¡Eres un...!

Él la agarró del brazo, con tal violencia, que Ethel, lanzando una exclamación de terror, dijo:

—¡Cobarde! Voy a llamar a Giovanni para que...

No terminó la frase, quizá asustada de las consecuencias que se derivarían de un encuentro entre los dos hombres. Richard, irónico, la animó:

—Vamos. Hazlo. ¿Crees que voy a echarme a temblar? No es éste el sitio adecuado para que sigamos el diálogo. ¡Sube al ascensor!

Era una orden y no un ruego, pero Ethel no se atrevió a oponerse. ¡Tanta furia leía en los ojos de Miles!

Fue ella la que pulsó el botón del piso sexto y, ya en un largo pasillo, extrajo una llave de su lujosa cartera de mano, abriendo el departamento número doce.

—Pasa, Richard. Yo daré las luces.

Segundos después los dos jóvenes se hallaban frente a frente, en los dos sillones de un tresillo granate. El *living room* era amplio y estaba amueblado con exquisito gusto, no faltando en él las cortinas de terciopelo, la lámpara de bronce, el mueble bar, una primorosa mesa de centro, con incrustaciones en marfil, y uno de los últimos modelos de aparatos de televisión.

Al sentir que los tacones de sus zapatos se hundían en una gruesa alfombra, Miles comentó burlón, incisivo:

—Has prosperado mucho. ¿Giovanni paga todo esto?

—¡No te importa! ¿Quién eres tú para mezclarte en mi vida? ¡Hago lo que se me antoja! ¿Qué puedes reprocharme? ¿La amistad de un hombre que acaba de salir de la cárcel? ¡Yo a ti tu servidumbre! Yo le domino, y tú le obedeces. ¡Aún te llevo ventaja! Me abandonaste, posponiéndome a no sé qué secretos. ¿Eras un «gángster» entonces y te dio pena de mí?

—¡Ethel!

—¡Ahora tienes que escucharme! ¿No recuerdas nuestra última entrevista? Te pedí que te confiaras, asegurándote que yo compartiría tus preocupaciones. ¡Me arrojaste de tu lado con tu silencio! ¿Pretendes regenerarme? ¡Pierdes el tiempo!

La muchacha se había puesto en pie retadora, magnífica en su ira. Richard hubo de reconocer que estaba así más bella que nunca.

—No seamos enemigos, Ethel —rogó—. Dame un poco de *whisky*

y bebe tú también. Creo que los dos lo necesitamos.

Ella inclinó la cabeza y, con lentitud, deseosa de que Miles no reparara en su congoja, se dispuso a acceder a lo solicitado, para lo cual abrió el mueble bar. Mientras depositaba una botella, soda y dos vasos en una bandeja, sobre la mesa de centro, murmuró:

—No debiste seguirnos.

—No puedo resistir la idea de que seas una más en la historia sentimental de Giovanni.

—¿Qué fue de las otras mujeres? —inquirió Ethel, sentándose de nuevo.

—¡No ha vuelto a saberse su paradero! Me temo que hayan sido arrojadas al Hudson.

La muchacha sirvió licor, preguntando:

—¿Se encontraron sus cadáveres?

—No. Sin duda llevaban un buen lastre de plomo.

—Es posible.

La serenidad de Ethel, su falta de temor, sorprendió a Miles.

—¿No te aterra la posibilidad de correr idéntica suerte?

—Sería una buena solución. ¡La vida es una pesada carga!

Dos lágrimas, que Ethel no pudo contener, se deslizaron por sus tersas mejillas. El, conmovido, incorporándose, se situó detrás de la joven, y sus dedos acariciaron los rubios cabellos.

—¿Me quieres aún?

—¡Richard!

—¡Contesta! ¡Necesito saberlo!

Ella movió la cabeza con violencia cual si le quemaran las manos de Miles.

—¿Qué importa! Nuestros caminos van separados. Tú elegiste el peor. ¡Acabarás en la silla eléctrica! ¡Apártate de Giovanni!

—Es lo mismo que yo iba a pedirte. ¿Lo harás tú?

No pudieron responderse. Sonó el timbre del teléfono, llenándoles de sobresalto. Richard fue a asir el auricular, pero ella se lo impidió:

—¡Deja! ¡Puede ser él!

Miles intuyó temor en la muchacha.

—¡No contestes!

—¡Es preciso que lo haga! —Tomó el auricular—. ¿Quién llama? Sí. Soy yo, Giovanni. Iba a acostarme ahora mismo. Tomaré unas

pastillas para que me ayuden a dormir. Gracias. Vuelve a llamarme mañana a las diez... Adiós... Sí. Me esforzaré en soñar contigo.

Ethel colgó, con un gesto de ironía y de dureza. Luego, volviéndose a Richard, comentó:

—Tu jefe es muy romántico. Se comporta como un adolescente. Me escribía dos veces a la semana desde la cárcel. En todas las cartas me hablaba de matrimonio.

—¿Las conservas?

—No. Me las robaron. Aún no puedo explicarme por qué. Las depositaba en uno de los cajones del mueble bar, y anoche, al ir a leerlas con el afán de recordarle sus promesas cuando saliera de Sing-Sing,

me di cuenta de que habían desaparecido.

—¿Te las robaron?

—Supongo que sí. Se lo anuncié nada más vernos, y no pareció preocuparse mucho. ¿Te extraña?

—Quizá sea una jugada suya. Ethel, huye de Nueva York. ¡Escapa de sus garras!

Richard se había incorporado también, y apoyaba sus manos, en los hombros de Ethel que continuaba en pie, junto al teléfono.

—Ahora soy yo quien te pregunta si me quieres.

Él mordióse los labios, pero, al fin, dejándose arrastrar por el inmenso amor que experimentaba hacia la muchacha, exclamó:

—¡Con toda mi alma! ¡Tú has sido mi tortura!

—Entonces... ¡Cuéntame tu secreto, la razón por la que me abandonaste!

Miles se apartó unos metros de Ethel para tomar un sorbo de *whisky*. Su diestra temblaba al depositar el vaso sobre la bandeja.

—Es imposible. ¡Hazme caso! ¡Vete!

Fría, con las facciones endurecidas, Ethel replicó:

—No pierdas el tiempo. ¡Me quedo! ¡Márchate de aquí!

—Pero...

—¡Es inútil que insistas! ¡Qué estúpida obstinación la tuya!

Richard, lejos de encolerizarse, contempló a la mujer con tristeza.

—Ocurra lo que ocurra, me odies o no, acude a mí si te ves en un apuro. Llámame por teléfono o ve a verme. ¡Te defenderé contra todos si es preciso!

Y, entristecido, como un sonámbulo, abandonó la habitación. Al golpear la puerta tras él, la mandíbula de Miles pareció cuadrarse más.

Con un torbellino de encontradas ideas en su cabeza. Richard anduvo despacio por Fulton Street, sin observar que un vehículo le seguía a corta distancia. La gran arteria de Brooklyn comenzaba a quedar desierta. Sólo numerosos automóviles y tranvías, con no muchos pasajeros, la surcaban, en su mayor parte procedentes de la City.

¡Ethel!... ¡ETHEL!... ¡¡ETHEL!!...

El hombre de la mujer amada se agigantaba en su cerebro, amenazando enloquecerle. Un tren cruzó a toda marcha, entre un impresionante ruido de hierros, con enormes vibraciones en las columnas sustentadoras de las vías.

Cual un autómatas, incapaz de darse cuenta de lo que le rodeaba, Miles siguió caminando hacia Manhattan. De pronto, alguien gritó a su espalda:

—¡Cuidado! ¡Van a matarle!

El hábito adquirido cara al peligro, le hizo arrojarle a tierra dos segundos antes de que una metralleta entonara su trágica canción de violencia. Los proyectiles silbaron sobre su cabeza, y el vehículo siguió hacia adelante, a extraordinaria velocidad, perdiéndose en pocos minutos de la vista de Richard que, al incorporarse, miró en derredor con el deseo de dar las gracias al que, con su aviso, acababa de salvarle la vida. Su asombro fue grande al no ver a nadie cerca de él. ¿Dónde pudo esconderse? Fue en vano que buscaran en los portales inmediatos.

El próximo silbato de un policía le hizo desistir de sus pesquisas y para no ser interrogado, anduvo rápido hasta una de las estaciones del «Elevated Railroads», tomando billete para Franklyn Street, en Manhattan, lugar en el que residía.

Aunque le dominaba el recuerdo de Ethel, se dijo que estaba en un avispero, y era preciso que se mantuviera siempre alerta.

CAPÍTULO III

«GANGSTERS» EN ACCIÓN

Joseph Popsky era un hombre alto y delgado, con aspecto de *gentleman* a juzgar por sus suaves maneras y su voz sin inflexiones. Unas gafas de montura de concha ocultaban sus ojos, haciéndoles desdibujarse detrás de unos gruesos cristales. Impecablemente vestido, con ropas negras, daba la sensación de que el polvo no podía posarse en él, tanta era su pulcritud. Sus manos, de dedos largos y cuidados, evidenciaban que el polaco jamás se ocupó de trabajos manuales.

Todos eran conocedores en el «gang» de parte del pasado de aquel hombre, oficial de la resistencia contra los alemanes primero, y rebelde a los rusos después, no por política y sí por afán de independencia, según manifestó Popsky en repetidas ocasiones. Su entrada en Norteamérica la obtuvo por el soborno y previo pago de diez mil dólares a funcionarios poco dignos.

El polaco, que escribía en la mesa de despacho de las habitaciones interiores del «*night-club*» de su propiedad, situado en la zona portuaria, en 14 Street, entre los muelles 54 y 56, levantó la cabeza al sentir abrirse la puerta y ver a...

—Pasa, Richard. Deseaba verte. Ya me contó el jefe la broma de que te hizo objeto en
Bedloe's
Island.

—Sí. Tuvo poca gracia pero hubo que reírse. Él paga. James Carra llegó a suponer que todo era verdad, a juzgar por el brillo de sus ojos. Ayer me convencí de que él es mi gran enemigo.

—Es posible. Siéntate. El *boss* acaba de telefonearme.

—¿Dónde me espera?

—En ninguna parte. Estuvimos toda la noche hablando de negocios, durmió por la mañana y esta tarde se la dedicará a una mujer, como en él es costumbre. Nunca le vi tan interesado.

Miles mordióse los labios al escuchar tales palabras.

—Hace bien. ¿Me necesitas?

—Sí. Tenemos trabajo. Algo sin mucha importancia pero que requiere los servicios de un chófer. Yo mandaré el grupo formado por ti, James Carra, Stanley Morrison y Herbert Larkey.

—¿Puedo saber de qué se trata?

—Aún no. Los otros esperan en el bar. Vamos.

El polaco cerró el cajón de la mesa de trabajo y, con Richard, reunióse a James Carra y a los otros dos tipos, los mismos que tomaron parte en el secuestro y farsa de asesinato de Miles.

Stanley Morrison bromeó:

—Aquí tenemos el cadáver, James.

—Es una lástima que no fuese verdad.

Carra no se molestaba en ocultar su encono contra Richard quien, sin responder, con una sonrisa, dijo a Popsky:

—Me agradecería que acabáramos pronto. Voy a cenar con Estella. Es una chica que me gusta.

Salió el grupo. Miles estaba seguro de haber herido en lo más íntimo al pistolero que le odiaba. Al situarse en el volante del «Ford Zephyr Zodiac» con el que fue a buscar a Webb a Sing-Sing, volvióse para advertir al polaco:

—Vigila bien a Carra. Es capaz de soltarme un tiro por la espalda. Anoche quiso acabar conmigo.

Joseph Popsky no tuvo tiempo de responder pues lo hizo el acusado con vehemencia.

—¡Yo no soy un traidor! ¡Te haré tragarte esas palabras!

—No es momento para discusiones. Ve al Holland Tunnel y permanece atento a mis instrucciones.

El automóvil, conducido por la diestra mano de Miles, no tardó en hallarse bajo las aguas del río River. Al pasar por una de las casetas de control, Popsky ordenó a Carra:

—Salta y no olvides mis advertencias.

—Descuida.

James abandonó el vehículo, dirigiéndose a una de las cabinas

de control del túnel, y el polaco dijo a Miles:

—Avanza unos metros, y sitúate en uno de los aparcamientos de urgencia. Allí haz como si algo fallara en el motor, y desdeña el auxilio de los mecánicos del Holland.

—De acuerdo.

—Ve muy despacio. Aún tenemos unos segundos. Tu obligación consiste en estar atento. Eso es todo.

—Bien.

El túnel, maravillosa obra de ingeniería, cruzaba el Hudson River teniendo su entrada en el triángulo formado por las calles del Canal, Varick y Hudson para desembocar, ya en Nueva Jersey, en Viaduct Street. Sus dos direcciones eran amplias, y cada cien metros había zonas para aparcar, sólo en casos de fuerza mayor, surtidores de gasolina y un operario de los llamados Talleres Móviles dispuesto a acudir en auxilio de los automovilistas. En el caso de que la avería fuese grande, una grúa se encargaba de sacar el vehículo al exterior sin interrumpir el tráfico. Tampoco faltaban las cabinas telefónicas de urgencia y los servicios contra incendios. Lucas fluorescentes iluminaban la amplia bóveda, por lo que todos los coches llevaban los faros apagados.

—¿Me retiro ya, Popsky?

—Sí. ¡Procura no tocar el motor! El golpe está bien planeado. No debe fallar.

Miles, preguntándose qué iba a suceder en un próximo futuro, llevó el coche con suavidad a la zona de aparcamiento y, apeándose, se dispuso a alzar la capota delantera. Un hombre, enfundado en un impecable mono azul, le preguntó:

—¿Avería?

—Sí. Al parecer se ha obstruido la bomba. Será cuestión de unos minutos.

—¿Le ayudo?

—No es preciso. Gracias.

El empleado se retiró, y Richard hizo como que manipulaba en el vehículo, estremeciéndose al darse cuenta de que el túnel quedaba a oscuras. Era la oportunidad ambicionada por el polaco, el cual, saltando del «Ford», seguro de que todos los coches se detendrían, abrió la portezuela de un «Renault Ondine» descapotable, conducido por un individuo que manipulaba en los

faros. Un altavoz gritó en ese momento:

—La avería será reparada en unos segundos. Manténganse inmóviles para evitar accidentes.

Richard, que al producirse la obscuridad se había apresurado a montar en el «Ford», reconoció, aunque desfigurada por el micrófono, la voz de James Carra. ¿Qué estaba fraguando en la sombra? A la luz de los numerosos faros, pudo ver cómo Popsky penetraba en el «Renault Ondine» que, a poco, menospreciando la advertencia dada por los altavoces, se ponía en marcha para situarse junto al «Ford», en la zona de aparcamiento. El polaco salió del automóvil ajeno para montar en el propio, comentando:

—Nos han sobrado seis segundos. Apenas se autorice el tráfico ve lo más deprisa posible, Richard. Estamos cerca de la salida, y hemos de abandonar el túnel antes de que descubran el cadáver.

Miles tragó saliva, pero nada dijo. Herbert Larkey preguntó:

—¿Y James Carra?

—Otro coche se encargará de él. ¡En marcha, Miles!

El joven observó que Joseph se hallaba nervioso. No era para menos. Acababa de matar a un hombre en pleno día, en Nueva York y en una zona frecuentadísima.

Ya fuera del túnel, polaco respiró con alivio.

—Bien, muchacho. Tuerce por Palace Avenue, y para en el restaurante «Las Palmeras». El dueño es amigo mío. Allí esperaremos a James. Te veo nervioso, Richard. Carra, en un golpe de audacia, cortó el interruptor general de luces del túnel cinco segundos después de que pasara ante él el «Renault Ondine» descapotable, matrícula de San Francisco. Era el tiempo calculado para que ese automóvil se situara a nuestra altura. Así fue. El apagón sorprendió al «Renault» a escasos metros delante de mí, y como le había seguido con la mirada y era conocedor de su situación, pude llegar a él. Cuando James dio la orden de detenerse, yo acababa de clavar en el pecho de mi víctima un puñal, que dejé en la herida. De un empujón derribé al hombre y, apoderándome de... —El polaco vaciló unos segundos— no importa de qué, llevé el coche al aparcamiento para que al reanudar el tráfico no lo obstaculizara y tardase más tiempo en ser descubierto el crimen.

Popsky describía su hazaña con frialdad, cual si se tratara de un acto normal de trabajo, y no de un asesinato a traición.

—¿Es aquí, Joseph? —inquirió Richard, deteniendo el automóvil ante un restaurante, con mesas al aire libre.

—Sí. Te esperamos dentro. Lleva al automóvil al garaje, por el túnel de Lincoln y, en un taxi, reúnese con nosotros. Procura no tardar.

—Haré lo posible.

El lujoso «Ford» siguió la marcha y, por el Lincoln Tunnel, llegó a Dyer Avenue, en Manhattan.

Durante el largo trayecto, Miles meditaba en lo sucesivo. ¿Qué robó Popsky al infortunado conductor del «Renault Ondine»? Imposible responderse.

De nuevo pensó en Ethel, y al imaginarla junto al hombre que había ordenado tal asesinato, sintió pena de ella. ¿Por qué no renunciaba a todo? La idea de huir lejos de los Estados Unidos, a un lugar en el que imperase la paz, llevaba acariciándola muchos meses. Había elegido el camino más difícil.

Obsesionado por tales ideas, con movimientos mecánicos, Miles dejó el «Ford» en el garaje del «gang» y, deteniendo un taxi ordenó al chófer:

—A Nueva Jersey, a Palisade Avenue.

—Bien.

Observando que el conductor no se dirigía al Holland Tunnel y sí al Lincoln, Richard le interrogó:

—¿Por qué elige el camino más largo?

—Ha ocurrido un crimen en el Holland, según me ha informado un agente de tráfico, recomendándome que no lo utilizara en varias horas, hasta que los de la Metropolitana realicen las investigaciones que crean necesarias. Al parecer, un individuo atacó con una porra al encargado del cuadro de luces, sumiendo el túnel en tinieblas.

—¿Le capturaron?

—No lo sé. Han bloqueado la entrada y la salida, y los de la Brigada de Homicidios proceden a interrogatorios y pesquisas. Si seguimos así, nadie sabe dónde iremos a parar. El «gangsterismo» se torna más audaz por momentos, y llegará día en que no nos sintamos seguros. Yo me pregunto: ¿Qué hace la Metropolitana y F. B. I.?

¿Para qué sirven los millones de dólares dedicados a la seguridad del país?

Miles, sin responder, encendió un cigarrillo. La opinión de aquel hombre era la de todos los ciudadanos. Quizá en breve se desencadenase una ofensiva contra los muchos indeseables que infestaban la ciudad. ¡Ethel se hallaba entre ellos!

La entrada en el túnel de Lincoln le produjo un estremecimiento. El tráfico era más numeroso que de costumbre, debido a ser el único en servicio desde Manhattan a Nueva Jersey. Recordó el atentado de que fue objeto la noche anterior, y se dijo que en cualquier momento podía ser atacado como lo fuera el que conducía el «Renault Ondine».

Al alcanzar el *boulevard* Hudson, la claridad le deslumbró. Escocíanle los ojos. ¿Por qué no se ponía en tratamiento? ¡Le daba miedo visitar la oculista, enfrentarse a una posible dura realidad!

¡Bah! Dramatizaba en exceso. Quizá con unas gafas todo se resolviera. O tal vez con unas inyecciones o colirios.

—¿Dónde he de parar, señor?

—Aquí mismo. Haré el resto del camino a pie.

Abonó al chófer el importe del recorrido, añadiendo una propia y, despacio, cual si quisiera retardar el reunirse con sus compañeros, anduvo por la avenida Palisade. De pronto se detuvo, helada la sangre en sus venas. Un brazo asomaba por la ventanilla de un coche para arrojar algo sobre él. ¿Una bomba? ¡Si era así, estaba perdido!

Un objeto blanco cayó a sus pies. La sorpresa de Richard fue enorme al inclinarse para recoger un paquete de Philip Morris. Sin duda, algún bromista había querido asustarle.

Intrigado al ver unas letras a tinta en la envoltura de los cigarrillos, leyó en alta voz:

—«¡Peligro! ¡Alguien quiere asesinarle!».

Preocupado miró en derredor. Nadie reparaba en él. Los pocos que observaron cómo se agachaba para recoger el paquete de Philip Morris, seguían su camino con una sonrisa en los labios.

¡PELIGRO! ¡QUIEREN ASESINARLE!

La advertencia agigantábase en el cerebro de Miles. ¿Quién le prevenía? ¿El mismo que le salvó la vida, la noche anterior, en Fulton Street?

Sin resolver la incógnita, que empezaba a obsesionarle, más precavido, anduvo hasta llegar al restaurante. James Carra estaba

junto a Popsky. Al verle, el polaco propuso:

—Vamos al jardín. Hay una buena orquesta. Este sitio es un lugar de moda, y el dueño se dejaría matar afirmando que llevamos aquí desde las doce de la mañana.

Salieron a una zona del parque, con árboles y altos matojos, en donde había, artísticamente situadas, numerosas mesas, vacías en su mayor parte.

—No parece esto un buen negocio —afirmó Stanley Morrison.

—Lo es apenas anochece. Aquí acuden discretos enamorados. El jefe acostumbra a venir, siempre después de la puesta del sol. Todo salió a pedir de boca, Richard. James abandonó el túnel en un automóvil conducido por Estella, minutos antes de que interviniera la Metropolitana. Hace una tarde maravillosa. Yo tengo un hambre de lobo.

Miles comprendió que el polaco cambiaba el tema del diálogo al ver aproximarse a uno de los camareros. Poco más tarde todos comían con singular apetito, escuchando la música de una orquesta de negros.

—¿Vamos a estar aquí mucho tiempo, Joseph? —preguntó Richard.

—Lo ignoro. El jefe dijo que recibiríamos noticias tuyas. Él corre con los gastos, y quien paga manda. ¿No es cierto muchachos?

—Desde luego —repuso James—. Mientras haya *whisky* y tabaco, no me importa la espera. Pedí a Estella que me acompañara, pero, al parecer, sus órdenes eran distintas a las nuestras. Me agrada que la hayas mezclado en esto, Popsky. Así no podrá desligarse nunca de nosotros.

Carra, al pronunciar tales palabras, miró con desafío a Miles, quien encogióse de hombros con indiferencia.

—Esa chica me gusta; pero no me preocupa demasiado.

El polaco, conocedor de la rivalidad que existía entre los dos hombres, apresuróse a desviar el diálogo. A las seis de la tarde, el restaurante, convertido de noche en *cabaret*, comenzó a llenarse de público. El corazón de Richard dio un vuelco en el pecho, deteniéndose unos segundos para reanudar con rapidez la marcha, al ver a Ethel Fordham y a Giovanni Webb sentarse ante el velador, al amparo, y casi ocultos, por los macizos de boj.

—Acaba de llegar el jefe, muchachos. Me acercaré para

preguntarle si quiere algo de nosotros.

—Y de paso a entregarle lo obtenido en el Holland, ¿no es así?

—Desde luego.

El polaco, con su elegancia habitual, anduvo por entre varias mesas para detenerse a escasa distancia de *boss*, que conversaba muy interesado con la muchacha y, al reconocer a su hombre de confianza, le hizo una seña, saludándole con afecto.

—Siéntate entre nosotros. ¿Te apetece una copa?

—Gracias. Estoy con unos amigos y...

No terminó la frase. Ethel reparó entonces por primera vez en Richard Miles y en los que integraban el grupo, desviando inmediatamente la mirada, a tiempo de observar cómo Popsky entregaba una cartera y varios papeles a Giovanni y éste, a su vez, le daba varios billetes.

—¿De veras no quieres un trago?

—Los otros me esperan.

—A tu gusto. Nos veremos luego en el *night-club*.

Joseph se puso en pie y, con una cortés inclinación a Ethel, se reunió con el grupo de «gangsters».

—Hay cien dólares para cada uno. Premio extraordinario. Para ti, James, doscientos. Llevaste la parte más comprometida.

Repartió el dinero y, a poco, todos abandonaban el restaurante.

—Hasta las once de la noche —ordenó el polaco—. Volveremos a vernos en el *cabaret*. El jefe ha salido con ganas de trabajar.

Richard, solo, en un taxi, dio al chófer las señas de un famoso oculista residente en la City, cuyas horas de consulta eran de siete a nueve de la noche, y al que varias veces pensó visitar. El escozor de los ojos iba en aumento, y estaba decidido a saber la razón de sus momentáneas cegueras.

Le temblaban las piernas al introducirse en el despacho del doctor Person, un hombre cuyo rostro amable contrastaba con su general aspecto. Seco, enjuto, el facultativo poseía unas facciones duras, suavizadas por una sonrisa de afecto.

—Usted dirá, señor Miles. Siéntese.

Mientras Richard hablaba movióse con nerviosismo en la silla al sentirse fija en él la mirada del médico.

«No me mira a los ojos —pensó el joven—, y sí a las manos. ¿Por qué?».

Terminada la exposición de los síntomas, el oculista, poniéndose en pie, rogó a su Chente:

—Sígame, por favor.

Pasaron a un cuarto contiguo, pintado de negro, y en el que había numerosos aparatos y varios cuadros de cristales con rayas, números y letras. Enfocándole directamente a los ojos la luz de una linterna, tan viva que le deslumbraba, Person hizo un minucioso examen a Miles.

—Volvamos al despacho.

De nuevo sentados, el facultativo empujó hacia Richard una caja de cigarrillos. El joven, al encender uno de ellos, no pudo substraerse a la curiosidad de examinar el gabinetito de trabajo en el que se hallaba, y que igual podía pertenecer a un abogado, a un literato o a un hombre de negocios. En vez de vitrinas con instrumentos metálicos había libros, en estantes y muebles al efecto. La mesa estaba abarrotada de papeles, y un tresillo invitaba al diálogo.

—¿Qué es lo que tengo, doctor?

—¿No se disgustará si se lo digo? La sinceridad molesta a algunos clientes. Es fácil enredarle en términos científicos de forma que no comprenda nada.

—Sea claro; se lo suplico.

Había ansiedad en la pregunta y el doctor Person, con la mirada fija en las volutas del Abdullah que fumaba, repuso, muy despacio, meditando cada una de sus palabras:

—Usted necesita un largo descanso en el campo. El diagnóstico es histerismo agudo. ¿Cuál es su profesión?

Richard quiso ser sincero, brutalmente sincero. Además, le irritaba la superioridad del médico sobre él, saberse inferior, no sólo por la lógica de su ignorancia científica, sino también por el aplomo de Person.

—¿Mi oficio? Ahora soy yo quien le pregunta si se va a asustar al saberlo, y si es capaz de guardar el secreto.

—Esté tranquilo. ¿En qué se ocupa?

—Soy «gángster».

Hubo un largo silencio. Miles, que miraba con fijeza a su interlocutor, no le vio pestañear.

—«¿Gángster?». Es un empleo lucrativo, pero de segura quiebra.

Allá usted y la policía. Sólo me preocupan sus ojos.

La voz del facultativo era suave y no denotaba temor o sorpresa.

—¿Qué tiene que decirme respecto a ello?

—Los nervios ópticos acusan gran debilidad. La retina, además, puede desprenderse de un momento a otro, y quedar usted ciego para siempre.

—¿Totalmente ciego?

—Sí. Urge que descanse. Váyase a cualquier plácida ciudad del sur, a Miami, por ejemplo, y permanezca tres o cuatro meses sin fijar en nada la vista, con alimentos sanos y, sobre todo, sin emociones. Nada de alcohol ni de café. ¿Sus defectos visuales se produjeron en situaciones de peligro?

—Siempre.

—Lo imaginaba. Póngase las inyecciones y tome los comprimidos que le receto. Una inyección al día y cinco comprimidos. Uno después del desayuno, dos después de la comida y otros tantos al finalizar la cena. Le advierto que sin el descanso nada le harán las medicinas. ¿Me obedecerá?

Miles tardó varios minutos en contestar. Mecánicamente había tomado un cigarrillo de la caja de tabaco del doctor al aplastar la punta del que fumaba en un cenicero metálico y, encendiéndolo, repuso con voz bronca:

—No.

—Lo siento por usted —replicó el doctor Person con viveza—. Es joven para condenarse a las tinieblas. Creo que, si ello se produce, le faltará la resignación necesaria. ¡Es lástima que haya elegido ese camino! No sonría. No pienso sermonearle. Allá usted. Sin embargo, en su rostro no hay perversión. ¿Por qué no se regenera? Inténtelo. Si se decide a probar, yo le ayudaré.

—¿Cómo? Nadie da trabajo a un expresidiario.

—Yo sí. Poseo un laboratorio en Brooklyn. Los mozos de almacén tienen buen sueldo. Cuando quiera le ofrezco un puesto. Confío en la nobleza que, quizá sin usted saberlo, anida en su corazón.

Miles, conmovido, tardó en musitar.

—Gracias... Muchas gracias.

La superioridad del médico había aumentado, y Richard, incorporándose, tomó la receta en sus manos, plegándola

cuidadosamente.

—Siga mi consejo, señor Miles. Mis dos consejos. El que respecta a su curación y el de apartarse de la senda del delito, más dura siempre que la de la honradez, aun cuando en sus principios parezca fácil.

—Gracias otra vez. ¿Qué le debo?

—Nada. Espero volver a verle, seguir el tratamiento. Entonces le pasaré la factura definitiva.

Richard clavó su mirada en la del médico, que sonreía con afabilidad.

—¿Le repugna tomar mi dinero?

—No. Si piensa eso, págume lo que desee.

El joven sacó de su bolsillo de la americana los cien dólares que acababa de recibir de manos de Joseph Popsky como premio a su colaboración en el crimen del Holland Tunnel.

—¿Es bastante?

—Sobra con la cuarta parte.

—Quédese con todo. Tendrá enfermos pobres. Adiós.

El médico tendió su diestra a Miles, quien, al estrecharla, dijo:

—Quisiera poder obedecerle. Créame.

—Nada hay superior a la salud del cuerpo y del alma.

Person acompañó a Richard hasta la salida, viéndole entrar en el ascensor con triste sonrisa. Lástima de muchacho.

Las dos puertas, la de la clínica y la del ascensor, se cerraron al mismo tiempo. Miles, al alcanzar la calle, aspiró con avidez la brisa nocturna.

Anduvo despacio, sin rumbo fijo, y se asombró al encontrarse en el Prospect Park, en Brooklyn, en cuya entrada principal se alza un arco triunfal en recuerdo de los caídos en la guerra de Secesión. Internóse por las umbrías avenidas para pensar a solas en su vida deshecha, en su amor truncado, en el sacrificio de sus mejores años. ¿Merecía la pena?

En una plazoleta, en cuyo centro cantaba un surtidor su himno de burbujas, Richard alzó la mirada al cielo. Una nube, que ocultaba la luna, fue arrastrada por el viento, dejando al descubierto el astro nocturno, cuyos rayos iluminaron profusamente la figura de Richard.

¡Actuar! ¿Cómo? Ya no le importaba ser descubierto.

Animado por un propósito de lucha, dirigióse a un *drugstore*^[2] próximo, en la avenida Flatbush, penetrando en la cabina telefónica, donde permaneció largo rato. Al abandonarla y acodarse en el mostrador para consumir varios emparedados, los ojos de Miles brillaban con una luz de gozo...

CAPÍTULO IV

EL F. B. I. SIGUE UNA PISTA

Ethel vio asombrada cómo Giovanni introducía su pistola, una cartera y varios papeles en la cubeta del champaña, diciendo luego a uno de los camareros más próximos:

—Llévese esto y traiga una nueva botella. Dígale a su jefe que quiero mejor marca. Dele también lo que va dentro. ¡No haga preguntas!

El tono de Webb era perentorio y el sirviente, un joven de mirada vivaz, se apresuró a obedecer.

—¿Por qué lo has hecho? —inquirió la muchacha.

—¡Calla! —replicó Giovanni—. ¡No has visto nada! ¿Comprendes?

Dos hombres acababan de entrar en el jardín, examinándolo con atención. Al descubrir al *boss* se dirigieron a él muy despacio, con apariencia distraída. Webb, tranquilo, satisfecho por haberles descubierto antes de que ellos repararan en él, simuló abstraerse en animado diálogo con Ethel, aun cuando su mente se hallaba en otro lado, en la peligrosa proximidad de los dos individuos, que se detuvieron junto a Giovanni a tiempo de oír:

—Estás más deliciosa que nunca, querida. El encierro se me hizo largo porque tú me esperabas.

El carraspeo de uno de los desconocidos hizo alzar a Webb la cabeza y posar sus ojos en ambos hombres, que vestían de paisano. Se incorporó, con fingida sorpresa.

—Buenas noches, inspector. ¡Qué casualidad encontrarnos aquí!

Le presento a la señorita Ethel Fordham, mi prometida. Robert Hurley, el más peligroso sabueso del
F. B. I.

Él me condujo a la cárcel.

—No me gustan sus palabras, Giovanni. No soy sabueso, sino agente de la autoridad, y al encarcelarle me limité a cumplir con mi deber. Aun no me explico por qué no solicitó la libertad bajo fianza.

—¿Viene a preguntármelo?

—Quizá.

El inspector del

F. B. I.

no se había molestado en extender la diestra en saludo a la muchacha, y continuaba en pie, frente al «gángster», retándole con el gesto.

—Le diré entonces que quise purgar mi pequeño delito para que ni la justicia ni la sociedad tuvieran nada que reprocharme. ¿Se sonríe?

—Sí. Le ha salido muy bonita la frase, Webb; demasiado bonita.

El rostro del boss se endureció y, perfecto comediante, dijo, mientras señalaba a Ethel:

—¡No le tolero ironías! Estoy harto de que se me acuse de actos no cometidos. Pienso normalizar mi vida. Ella sabe mi pasado y no le importa quererme.

El inspector del

F. B. I.,

de rostro anguloso, volvió a comentar, sarcástico:

—Sus propósitos no me conmueven. ¿Quiere acompañarme a jefatura?

—¿Me detiene?

—Admiro su agudeza —repuso, con sorna, Robert Hurley—.

Sing-Sing

ha mejorado su inteligencia.

Aunque no pensaba resistir a la Ley, seguro de burlarla como tantas otras veces, Giovanni reparó que el hombre que acompañaba al inspector tenía la diestra hundida en uno de los bolsillos laterales de la americana, sin duda empuñando un arma.

—Iré adonde desee, Hurley, pero no olvide que voy a movilizar a los mejores abogados de la City. ¡No complique a mi novia!

—Será preciso que venga también con nosotros.

—Veo que será inútil oponerse. ¡No se meta conmigo o le costará el cargo!

—Eso es cuenta mía.

—Vayan detrás. No quiero dar un escándalo y que todos sepan que estamos detenidos. ¿Le importa?

—En absoluto. Espéreme en la puerta, Alfred.

El agente obedeció al inspector, que se había sentado junto a Ethel, sin perder de vista a Webb, el cual depositó varios billetes sobre la mesa, haciendo una señal al camarero. Después, enlazando del brazo a la muchacha, se dispuso a abandonar el restaurante, seguido a corta distancia por el del

F. B. I.

Ya en un coche oficial, que guiaba un policía de uniforme, Webb inquirió:

—¿Puedo saber de qué se me acusa?

—Todavía no se le acusa de nada hasta que no se proceda a su interrogatorio. Pretendo culparte del asesinato de Rodolfo di Prieto, diplomático italiano, muerto de una cuchillada en el Holland Tunnel.

Giovanni crispó la mandíbula al responder:

—¡Lee demasiadas novelas, inspector! ¿Le gusta el *whisky*?

Robert Hurley reaccionó con violencia.

—¡Mida sus palabras, Webb!

—¡Y usted las suyas!

Las miradas de los dos hombres eran coléricas, y sus ademanes violentos.

—¡Voy a procesarle por difamación! —amenazó el «gángster».

—El FBI tiene poderes para interrogar a sospechosos en los centros oficiales e incluso para detener sin mandamiento judicial^[3]. Usted no lo ignora.

—Por eso no me he resistido a acompañarle.

—Si demuestra su inocencia —prosiguió Hurley—, no tendré más remedio que dejarle en libertad, con todo el dolor de mi corazón. A veces pienso que la Ley ampara más a los criminales que a los ciudadanos honestos. Los primeros se acogen a ella después de burlarla, y entre fianzas, abogados y tretas legales, se sitúan en posición de seguir haciendo daño a la sociedad.

—¿Sostendría usted ese criterio en el Senado?

Giovanni, dueño de sí, seguro de su impunidad, miraba con desafío a Hurley.

—No. Es un disparate, uno de los muchos disparates que acostumbro a decir cuando presiento que un canalla va a escaparse de mis manos.

El silencio fue denso. Giovanni encendió un cigarrillo mientras oprimía una mano de Ethel, cual si deseara tranquilizarla sin palabras. ¿Quién pudo delatarle? Una rabia sorda comenzaba a invadirle, pero se esforzó en dominarla. Le convenía mostrarse sereno.

El automóvil se detuvo ante un gran edificio de Center Street, sede de la Delegación del Federal Bureau of Investigation en Nueva York. Al apearse, el inspector ordenó al que le acompañaba:

—Registre el coche por si él o ella hubiesen tirado algo. Luego reúnanse conmigo.

—A la orden.

Giovanni y Ethel penetraron por una ancha puerta, en la que había dos agentes de uniforme, y fueron conducidos por un largo corredor hasta un despacho.

—Bien —dijo el «gángster» con frialdad—. Ya nos tiene en sus manos. ¿Qué va a hacer ahora?

—Registrarle. Creo que lleva encima algo capaz de conducirlo a la silla eléctrica.

El inspector del

F. B. I.

pulsó un timbre, y un hombre hizo su entrada en la habitación.

—¿Llamaba, Hurley?

—Sí. Conduzca a la señorita al piso primero, y encargue a la matrona que no deje prenda sin registrar. No tenemos prisa. ¿Comprende? Nada debe escapar a su vigilancia.

—Descuide, inspector.

Ethel temblaba al ponerse en pie. Webb, observando el temor de la muchacha, quiso tranquilizarla:

—No te inquietes. Nada te ocurrirá —volvióse a Hurley—. ¡Ella es una mujer decente! ¡Hace mal en complicarla en turbios asuntos!

—¿Yo la complico o usted con su compañía? No tema, señorita. Todos nosotros la trataremos con caballerosidad.

Salió la joven, y el del

F. B. I.

y Giovanni se miraron sin afecto.

—¿Puedo llamar a mi abogado? —preguntó el «gángster».

—Aún no. Le dejaré hacerlo si se demuestra su culpabilidad. Vaya poniendo sobre la mesa todos los objetos que lleve en los bolsillos. ¡Me agradecería encontrarle una pistola para proceder contra usted por tenencia ilícita de armas!

Webb, comprendiendo que sólo peligros podía depararle la enemistad del inspector, comentó, con ánimo estudiadamente conciliatorio:

—¿Por qué me odia, Hurley? Le aseguro que vivo dentro de la Ley. El sueldo de los funcionarios oficiales no debe de ser grande. Tengo muchas relaciones y podría ofrecerle un empleo digno, con porvenir.

El del

F. B. I.

crispó los puños, con gesto airado.

—¿Terminó ya, Giovanni?

—¿De qué? De hablar todavía, no. De mostrarle todo lo que me pertenece, sí.

—¿No ha omitido algo? Por ejemplo, la cartera de Rodolfo di Pietro, el muerto en el Holland Tunnel.

Webb sostuvo con energía la mirada del inspector.

—No sé a qué se refiere. Creo que voy a verme obligado a preguntarle otra vez si le gusta o no el *whisky*.

Robert Hurley, fuera de sí, seguro como estaba de que Webb era el inductor del cobarde asesinato, al igual que de otros muchos que tampoco pudieron probarsele, aferró las solapas del sospechoso zarandeándole con brutalidad mientras mascullaba:

—¡Ahora me estorba la Ley! Si ella no existiera, le abofetearía por traidor, por «gángster» cobarde. Prefiero el criminal que corre riesgos, que mata por su mano, exponiéndose a ser capturado, a los que, desde las sombras, mueven los peones de una organización como usted. ¡Es el ser más canalla que he conocido, Giovanni! ¡Me da asco su proximidad!



¡Ahora me estorba la Ley!

De un empujón, Robert apartó a Webb que, pálido por la ira, fue a chocar de espaldas contra una de las paredes, lo que le impidió caer al suelo.

—¡Me las pagará, inspector! ¡Le procesaré por calumnia y...!

—No hay testigos —replicó el policía con una sonrisa—. No me

suponga tan necio como para hablarle así en presencia de nadie. Su amenaza no me preocupa. ¡Usted no será tan suicida como para enfrentarse al organismo al que pertenezco! Los del

F. B. I.

estamos protegidos, porque nadie que ha asesinado a un agente pudo escapar a la justicia, en ningún caso. Me agradaría que me liquidara, a fin de que mis compañeros se lanzasen a la caza de un reptil.

Sin dirigir una mirada al detenido, Hurley fue examinando lo que aquél había depositado sobre la mesa. Cartera, billetero, un manojo de llaves, un paquete de cigarrillos a medio gastar, fósforos y...

—Dos mil dólares es mucho dinero para llevarlo a todas horas. ¿No tiene miedo a los «gangsters», Webb? —ironizó el inspector.

—Yo no tengo miedo a nadie... Ni a usted ni al

F. B. I.

—Lo celebro. Aquí llega Alfred. Antes me olvidé presentarles —continuaba el tono sarcástico de Hurley—. Se apellida Jasper. Téngalo presente.

—Procuraré que no se me olvide. ¿Puedo marcharme ya?

—No. Ha de someterse a un registro. Supongo que no le dará vergüenza de nosotros. ¡Desnúdese!

Con un gesto de triunfo, seguro de la derrota de los federales, Giovanni hizo lo que se le indicaba...

—Perdóname un segundo, querida. Voy a dar un recado por teléfono. ¿Tranquila?

Ella esforzóse en sonreír.

—Sí. Estando a tu lado me encuentro segura.

Halagada su vanidad, Webb se apartó de la mesa para abandonar la gran sala del «*night-club*» por una estrecha puerta, inmediata al largo mostrador. Apenas se vio fuera de toda posible observación, sus facciones endurecieronse de tal modo que al abrir la puerta del despacho de trabajo de Joseph Popsky, el polaco y los que con él se hallaban, sentados y fumando, se incorporaron con sobresalto.

—Hola, jefe —saludó Popsky—. Siéntese aquí.

—Estoy bien de pie. Gracias.

Giovanni, con rostro de estatua y ojos en los que brillaba la

maldad, acercóse muy despacio a James Carra, que con Herbert Larkey, Stanley Morrison y Richard Miles completaban el grupo. La mano derecha de Webb cruzó repetidamente la cara del «gángster» hasta hacerle sangrar.

Cuando se hartó de pegarle, miró con fiereza al polaco.

—¡Debiera hacer lo mismo contigo! ¡Eres un mal jefe de grupo!

Sorprendido, Joseph, que esperaba una felicitación del boss, inquirió con aspereza:

—¿Qué bicho le ha picado? Todo ha salido bien y...

Giovanni, sin permitirle acabar, hizo un breve relato de lo ocurrido con el inspector Robert Hurley, terminando:

—El empleado del Holland Tunnel, al que Carra agredió, le ha identificado. James tiene una cicatriz en la mano derecha, y por ese dato le ha sido fácil al

F. B. I.

mostrarle las fichas de los trescientos cuarenta y dos delincuentes con señales parecidas. ¿Por qué no te cubriste el rostro? ¡Vamos, responde!

—No era necesario —repuso el aludido—. Le pegué con una porra por la espalda, sin que me viera, dejándole inconsciente. Tal vez despertó antes de que me marchara.

—Sólo los muertos no hablan —dijo, cruel, el boss—. En lo sucesivo no quiero errores, ¿comprendido?

Todos asintieron con el gesto. Popsky preguntó a Webb:

—¿Cómo supo esos detalles?

—De labios del inspector federal. ¡Está muy seguro de que acabará cazándome! La policía te busca, James. Debes huir a Chicago y ocultarte en cualquiera de mis casas del Loop^[4], al frente de uno de los negocios. Si te descubren te harán cantar. El

F. B. I.

no es la Metropolitana. Utiliza métodos más convincentes y más duros. Permanece aquí hasta que idee la forma de sacarte de Nueva York. Tu foto está siendo televisada a los coches de la Patrulla Móvil, quienes, con el auxilio de motoristas, bloquean las carreteras. Dentro de dos horas volveré. ¡Que nadie se mueva hasta mi regreso!

—De acuerdo, jefe.

Salió Giovanni para reunirse de nuevo con Ethel. Al verle

aproximarse, ella esbozó una sonrisa.

—¿He tardado mucho, querida?

—No. Son las tres de la madrugada. Me agradaría descansar.

Fueron muchas las emociones.

—Te acompañaré a casa. Aún tengo que hacer.

—¿Volverás por lo que arrojaste en la cubeta de champaña?

—No. Era un regalo al dueño del restaurante.

—¿Buscaba eso el

F. B. I.?

Webb hizo un leve gesto de impaciencia.

—No te preocupes por mis asuntos, querida. ¿Te gusta mi coche?

—Es muy bonito.

—Ya es tuyo. Traiga otra botella, camarero. Brindemos por nuestra dicha. Ethel, antes de irnos a tu piso. Puedo dedicarte hora y media todavía.

Ella negó con el gesto y la palabra.

—No, Giovanni. Yo te quiero de manera distinta a las otras mujeres que conociste. No admito tu automóvil más que como regalo prematrimonial. Hasta entonces debes contener tus ímpetus y pensar que al negarme a ti lo hago para que nuestra dicha sea más duradera. No he conocido a ningún hombre, y el primero al que me entregue ha de ser para toda la vida. Me despedirás a la puerta del piso, como siempre. Veo que te sonríes. No son habilidades mías para interesarte más.

Las palabras de Ethel eran ponderadas, serenas, e impresionaron a Webb, desconcertándole.

—Te dije que nos casaríamos y...

—Ya sé que todos tus negocios están muy atrasados, Giovanni. Tendremos que esperar, pero yo quiero hacerlo dignamente.

Él, disimulando la contrariedad que le producían las frases de Ethel, comentó, mientras llenaba las copas de licor:

—Eres muy puritana. El amor es ceguera, ímpetu...

—El amor no duradero, sí. ¿Soy para ti un capricho?

Webb clavó su mirada en la de la joven y repuso, trémula la voz por la emoción:

—Empezaste siéndolo. Me gustabas por tu belleza física. Ahora, cuando he empezado a calar hondo en tu alma, me doy cuenta de

que no sabré prescindir de ti.

No mentía, y él era el primer sorprendido de que, en su corazón, corrompido por la maldad, floreciese la rosa de un noble sentimiento. Ella, impresionada por el tono sincero del «gángster», alzó la copa:

—Por nuestra felicidad, Giovanni.

Bebieron y Ethel se puso en pie, abandonando, con Webb, el «*night-club*» en el que la orquesta lo llenaba todo con sus estridentes sonidos.

La noche era hermosa, y Webb, que llevaba el vehículo a poca velocidad, no manifestó de nuevo deseos de subir con la muchacha al piso, limitándose a despedirla a la puerta de la casa.

—¿Nos veremos mañana, Ethel?

—Sí. ¡Eres muy bueno, Giovanni!

Los femeninos labios se posaron en los del hombre, y antes de que éste pudiera atraerla hacia sí, ella saltaba del vehículo, penetrando en el amplio portal de la casa.

«¡Eres muy bueno, Giovanni!». El recuerdo de la frase obsesionó al boss durante el recorrido hasta el «*night-club*», en el que le aguardaban sus hombres. La frase, que al principio le movió a regocijo, empezó a desasosegarle. ¡Aquella muchacha se había apoderado de su corazón! ¿Iba a convertirse en un estúpido sentimental?

Detuvo el vehículo a la altura de los grandes comercios de la Quinta Avenida, en Manhattan, y, luego de encender un cigarrillo, extrajo un bloc de notas, trazando en él varios renglones mientras contaba las letras, punteando algunas. Invirtió más de quince minutos en la operación; al finalizarla, apeóse del «Ford» y situándose de cara al micrófono de un *Tell-it-to*^[5], formuló un pedido, no sin antes introducir una moneda en la ranura, abierta en el amplio escaparate. Después prendió fuego al papel, pisoteando las cenizas.

De nuevo en el «Ford Zephyr Zodiac», Webb no tardó en llegar al despacho de Joseph Popsky, en el que penetró por una puerta posterior. Dos botellas de *whisky* vacías, una atmósfera densa y los ceniceros repletos de cigarrillos, denotaban el nerviosismo de la prolongada espera.

Al ver el rostro sonriente del jefe, los hombres respiraron con

alivio.

—Hola, muchacho —dijo, jovialmente, Webb—. Todo se va resolviendo bien, pese a la torpeza inicial de Carra. No pongas esa cara, James. ¡Quién pudiera, como tú, disfrutar de un largo descanso! En el sótano hay grandes cajones. Te meteremos en uno de ellos y, como una mercancía, harás el viaje en un camión guiado por Richard Miles. Ven conmigo, Popsky, y ayúdame a embalarlo. Toma quinientos dólares para los primeros gastos. Daré instrucciones a Richard para que sepa dónde dejarte. No quiero que me guardes rencor, Carra. A veces tengo el genio vivo. ¿Amigos?

—Sí, jefe. ¿Cuándo cree que podré volver?

—Dentro de unos meses. Tú no pudiste ser el asesino de Rodolfo di Pietro, pues te ocupabas de mantener apagadas las luces mientras otros le liquidaban. Los del
F. B. I.

quieren atraparte para que declares contra nosotros. Se olvidarán pronto de ti. Utilizaremos el gran cajón en el que enviaron esta mesa. Morrison...

—Mande, boss.

—Ve al bar y trae comida para tres personas. Meteremos parte de ella en el cajón, así como agua y tabaco. Acompañarás a Miles a Chicago, a fin de que podáis turnaros en el volante. Conviene que el viaje sea rápido. Vamos, Joseph. Lamento que no puedas ir en coche-cama, James.

Richard Miles, en uno de los laterales de la habitación, con rostro sombrío, vio desaparecer al jefe, al polaco y a Carra, mientras Stanley Morrison se encaminaba al mostrador del «*night-club*».

—Parece que no te agrada la perspectiva de un viaje a Chicago, Miles —le dijo Herbert Larkey, único «gángster» que con él quedaba en el despacho de Popsky.

—La peor parte le toca a James.

La frase tenía un doble sentido que no fue captado por Larkey, hombre de escasa inteligencia. De pronto, algo lejano, sonó un ruido seco que hizo morderse los labios a Richard.

—¿Qué habrá sido eso, Miles? —preguntó Herbert.

—Un martillazo para embalar a James. No te preocupes. Ahí suben el jefe y Popsky.

El boss y el polaco hicieron su entrada en el despacho a la par

que Morrison, quien manifestó:

—Ya he pedido lo necesario, Webb.

—¡No hará falta! —replicó, seco, Giovanni—. James Carra no constituye un peligro para nadie. ¡Arroja su cadáver al Hudson, Richard! Que te ayuden estos dos.

El silencio fue largo, impresionante. Popsky comentó:

—Nuestra seguridad dependía de él. De hablar Carra, nos hubiéramos tostado en la «silla caliente». ¡Sacadle de aquí, procurando no dejar huellas! Debéis robar un coche.

—Descuida, Joseph —dijo Miles, primero en reaccionar—. Imaginaba lo que iba a sucederle a James. No me explico cómo él no lo sospechó.

—No todos son tan listos como tú —repuso Giovanni con una enigmática sonrisa—. No creo que el
F. B. I.

tenga medios para interrogar a los cadáveres.

—Es seguro que no.

La fría y lacónica respuesta hizo que el *boss* le mirara con detenimiento.

—Sé lo que te sucede. No temas. No me gusta eliminar a los que me sirven, y si lo hago es como único recurso. En nuestras futuras actuaciones no debe haber supervivientes, ¿entendido?

Los tres «gangsters» asintieron con el gesto. Giovanni, con una cordialidad no frecuente en él, distribuyó cigarros puros entre sus hombres, comentando las últimas novedades en carreras de caballos. Al despedirse, volvióse a Miles para recordarle:

—Conviene sacar a James lo antes posible.

—Descuide.

Webb salió y montó en su coche para dirigirse a su domicilio, un hotel de dos plantas, rodeado de un jardín, en la Avenida del Parque, a la altura del Museo de Historia Natural.

Ya en su alcoba, mientras se desnudaba, pensó en Ethel y su frase «Eres muy bueno, Giovanni», le hizo moverse con desasosiego. Al pensar en Carra y en las últimas órdenes dadas a sus cómplices, sonrió con amargura.

Al encender un cigarrillo y tumbarse sobre el lecho, el *boss* no supo sustraerse al recuerdo de su pasado, a la infancia en los muelles de San Francisco, robando mercancías, sin nadie que le

hiciera sentirse niño.

¿Quiénes serían sus padres? Le sorprendió la pregunta que se formulaba. En numerosas ocasiones dijo a Popsky, único merecedor de su confianza, que le alegraba no saberse atado por ningún lazo afectivo para ser más libre en sus actuaciones.

«¡Yo he nacido en el puerto de “Frisco”, entre basura!», pensó Webb con gesto amargo. Sólo recordaba a Francisco Cortázar, el tabernero que le recogió para evitar que, a los tres años, muriera de frío, dándole amparo hasta que fue asesinado por negarse a abonar una elevada cuota de proteccionismo impuesta por el «gang» que controlaba los muelles, «gang» dirigido por el odiado Eric Drake, el hombre que siempre escapaba a su venganza y que había ampliado su radio de acción a Nueva York, convirtiéndose en su más peligroso rival de la zona norte de Manhattan y Queens.

¡Francisco Cortázar! ¡Él era bueno, como Ethel! Y en la vida la bondad es un pesado lastre para el triunfo. Sin embargo...

Con un suspiro, Giovanni hubo de reconocer que el dominio sobre sus semejantes no le había dado la felicidad y sí el temor, la constante preocupación. ¿Quién era él, pese a su poder y sus millones? ¡Un «gangsters», un indeseable, un expresidiario, un hombre que ni apellido propio llevaba por ignorar el suyo verdadero! Tomó el Webb, legalizándolo ante el juzgado, tras enojosos trámites, venciendo su tentación de usar el Cortázar. ¡No lo hizo para no deshonrarle! ¡Prejuicios de juventud...! La sonrisa que tal idea produjo en el rostro de Giovanni la borró el recuerdo de Ethel. ¿Estaba la muchacha transformando sus sentimientos?

¡No! Su suerte estaba decidida. Devorar o ser devorado.

Tardó en quedarse dormido...

CAPÍTULO V

INFIERNO EN NUEVA YORK

El agua salpicó el rostro de Richard Miles, que se había inclinado sobre la dársena 92 para comprobar si el cadáver de Carra se enganchaba en cualquiera de los garfios metálicos empotrados en el cemento con el fin de facilitar el amarre de las embarcaciones. Al ver desaparecer el cuerpo del «gángster» en las profundidades del Hudson River, dijo a Herbert Larkey y Stanley Morrison:

—Marchaos en el coche, y dejadle abandonado al otro extremo de la isla. ¿Estáis seguros de que no cayeron manchas de sangre en los asientos?

—Por completo —repuso uno de los interrogados—. Envolví a James en una lona para evitarlo.

—Necesito dar un paseo para poder dormir.

—¿Te preocupa la muerte de Carra? —inquirió Morrison, intencionado—. Él era tu enemigo.

Miles clavó la mirada en su interlocutor, respondiendo con lentitud, seguro del efecto de sus palabras:

—Me preocupa recibir su mismo pago. ¿A ti no? Hablemos con sinceridad. Hemos de procurar que cualquier día no nos borren del mundo de los vivos.

Se equivocó Richard al pensar que en los dos hombres que le escuchaban quedaba un átomo de bondad o sentido común. La respuesta de Stanley Morrison fue egoísta, dura, despiadada:

—El jefe hizo bien. Era un peligroso testigo.

Richard apresuróse a rectificar:

—Sí. Es cierto. Yo no odiaba a James. Me divertía irritarle disputándole a Estella.

—Él a ti sí —respondió Morrison—. Vámonos de aquí.

—Espera. ¿Iba bien sujeto el lastre, Larkey? Ya sabes cómo paga el boss los errores.

—Sí —contestó el aludido—. Me aseguré de ello.

—Entonces, adiós. Mañana nos veremos en el *night-club*.

Sin más palabras los tres hombres se separaron. Herbert Larkey y Stanley Morrison para penetrar en un «Nash», automóvil robado con el fin de trasladar el cadáver, y Miles para caminar muy despacio por Twifth Avenue, en dirección a Franklyn Street.

El semblante del joven revelaba una íntima tragedia, una desesperación sin límites...

Seis hombres, provistos de armas de fuego y de matracas de goma, penetraron en el restaurante de la Avenida Palisade cuando el dueño, un italiano de gran estatura, terminaba el arqueo de caja con la ayuda de los dos encargados, uno del servicio en los comedores interiores y otro en el jardín.

Los desconocidos, que llevaban los rostros ocultos bajo negros pañuelos, sin pronunciar palabra, apartaron a empujones al propietario del local y a sus empleados para apoderarse de un grueso sobre que había en uno de los compartimientos de la caja registradora, y retirarse sin producir víctimas.

—¿Llamo a la policía? —preguntó uno de los camareros.

Luigi Rosetti, dueño del restaurante, se opuso, con un gesto alegre en el rostro.

—No. Esos hombres se han llevado el sobre que contenía las liquidaciones de impuestos creyendo que eran los billetes. ¡Buen fracaso el suyo! El dinero le tengo yo en mi bolsillo.

—¡Voy a echar el cerrojo! ¡Tal vez vuelvan!

El italiano replicó con viveza:

—Hazlo, aunque no creo que regresen. Supondrán que hemos avisado a las autoridades.

La tranquilidad de Luigi Rosetti serenó a sus empleados, aunque no tanto como para que, de vez en vez, dirigieran recelosas miradas a la puerta, que uno de ellos acababa de cerrar...

Richard, encañonando a una mujer, respiró con alivio:

—Hola, Estella. Me has dado un buen susto. Al entrar percibí olor a tabaco, y me previne. No te esperaba.

Ella, en pie, con una sonrisa procaz, preguntó, insinuantemente:

—¿Te molesto?

—Al contrario. No tengo sueño. Si quieres, charlaremos un rato, y así me explicarás la razón de tu vida. Yo, por mi parte, no tengo nada bueno que contarte.

—¿Qué ha sucedido?

Miles, sin responder, se acomodó en uno de los butacones del cuarto contiguo a su dormitorio, dos únicas habitaciones de su departamento, que alquiló amueblado. Y encendiendo un cigarrillo, simuló abstraerse en la contemplación de las volutas de humo, que parecían enroscarse en la lámpara que iluminaba la estancia. Estella, al sentarse puso especial cuidado en adoptar una postura lánguida en el diván y en descubrir sus piernas hasta las rodillas, unas piernas maravillosamente torneadas.

Richard, con una sonrisa de superioridad, sabiéndose muy por encima de la mujer de *cabaret*, manifestó sin preámbulos, implacable, mientras observaba a la muchacha:

—¡Vengo de arrojar al Hudson el cadáver de James Carra!

Hubo un breve silencio. Estella, sin conmoverse, con absoluta indiferencia, repuso:

—¡Allá él y tú! Dame un cigarrillo, ¿quieres?

La frialdad de la joven produjo una oleada de repugnancia en lo más íntimo del corazón de Miles, quien contuvo sus impulsos de arrojarla violentamente de su domicilio.

—Toma. ¿Tan poco estimabas a James?

—Llegó a amenazarme si seguía interesándome por ti. ¿Le mataste por eso?

—Me limité a cumplir órdenes. ¡Tú no vales la vida de un hombre!

Esperaba Richard un insulto, pero éste no surgió. Estella se limitó a mirarle con fijeza.

—¿Por qué me desprecias? Reconozco que no soy buena pero tampoco me considero peor que tú. Jamás mis manos se han manchado de sangre. Yo te quiero. Te obedeceré siempre y...

—No sigas. Nada hondo y duradero me inclina hacia ti. Aseguras que no has cometido nunca un asesinato. Es posible. No obstante, me consta, que llevaste a un hombre a la muerte. Pareces haber olvidado a Larry Tower.

Ella, pálida, abrió mucho los ojos. Su aplomo se derrumbó en un

segundo.

—¿Cómo lo sabes?

Temblaba el femenino pecho al compás de la agitada respiración, y los dedos de la mujer habían destrozado el cigarrillo.

—¡Esto no importa! —repuso Miles con viveza—. En el «gang» todo se habla y todo se comenta. Hay algo que ignoras. Tower era amigo mío. Emprendimos a la par la senda del delito, y nuestras ambiciones nos separaron. Él vino a Nueva York a ponerse a las órdenes de Giovanni, asegurando que era menos peligroso pertenecer a un grupo bien organizado que actuar solo. Yo opté por lo último, hasta que la experiencia me dijo que él estaba en lo cierto. Al pedirle un puesto a Popsky, Larry Tower ya no existía. No pienso vengarle. Cualquiera día tú o yo correremos la misma suerte que él y Carra. Pretendo convencerte de que no me creo tus embustes.

Estella, inclinada la cabeza, cual si estuviera agobiada por un gran peso, musitó:

—Obedecí al jefe. Yo quería a Tower, pero pudo más el miedo.

—¿A Popsky?

—No. A Giovanni. Él le mató, aún no sé por qué. Nunca me he atrevido a preguntárselo. «Le puse en la cruz»^[6].

—¿Cómo fue? ¡Quiero saberlo!

La voz de Richard sonó ronca, estremecida de pasiones. Ella, asombrada, temerosa por vez primera, se irguió. La faz de Miles estaba lívida, y su gesto era el de un anormal.

—¿Qué te sucede? ¿Te has vuelto loco?

Él, agarrándola por ambos brazos, oprimió con salvaje furia, sintiéndose dominado por ansias homicidas.

—¡Sí! ¡Voy a destrozarte! ¡Eres una hiena! ¡Algo peor que un reptil! ¡Me das asco!... ¡Asco!

Richard mordía las palabras, mientras la zarandeaba con brutalidad. Ella fue a gritar, pero no lo hizo, espantada por el brillo de las pupilas del hombre.

—¡Calla! ¿Cómo se puede vivir con un alma como la tuya? ¡Cuerpo de sirena y espíritu de tigresa! ¿Sabes quién era Larry Tower? ¡Mi hermano! ¿Comprendes ahora por qué toda tu sangre es poca para saciar mi ira? ¡Mi hermano!

—¡Era también un «gángster»! —quiso defenderse la muchacha.

—¡Qué importa! ¡Dime la verdad! ¡Necesito saber quién mató y por qué lo hicieron! ¡Habla o no respondo de mí!

La joven, que había ido retrocediendo, en un vano intento de librarse de la proximidad de Miles, quedó de espalda a la pared.

—Llevo dos años mostrándome amable contigo, algunas veces para permanecer luego indiferente, aparentando despreciarte. No ignoraba que fuiste novia de Tower, y deseaba que te enamoras de mí hasta el extremo de que tu ciega confianza te perdiera. Siempre rehusabas mencionar a los que conociste. Gozabas con lo que creías mis celos. ¡Amar yo a una víbora! En todo ese tiempo no he hecho más que investigar cerca de los indeseables que me rodean, sin éxito. El terror sella sus lenguas. También la certeza de que en el mundo del hampa sólo viven los que saben callar. ¡Tú no puedes imaginarte la rabia que he tenido que sofocar durante meses para no aferrarte por el cuello, así, como ahora, y arrancarte, con la verdad, el último aliento!

Aterrorizada, en la certeza de su inmediato fin, Estella se dijo que sólo las lágrimas podrían ayudarla y, humillándose, suplicó:

—¡Ten piedad de mí! ¡Soy una víctima de Webb! ¡No quiero morir! ¡No quiero!

Un sollozo brotó de la garganta de la muchacha, que temblaba de pavor. Los dedos del hombre, engarfiados como garras en torno a su cuello, comenzaban a oprimirla.

—¿Me lo contarás todo?

—Sí... ¡Suéltame!

—No. ¡Habla así! A la menor sospecha de que intentas engañarme...

La frase incompleta, acompañada por un aumento de presión en la tenaza que amenazaba estrangular a Estella, surtió el efecto apetecido. Acobardada, balbuceó:

—¡Yo le quería! ¡Es la verdad! Era, como tú, distinto a los demás «gangsters». Él también me amaba. Muchas veces hablábamos de huir de los Estados Unidos y crearnos una nueva vida, lejos de nuestro pasado y nuestros delitos. No sé cómo el jefe se enteró de tales ideas. Lo cierto es que una noche me dijo que citase a Larry en la esquina de Tenth Avenue con la calle 14. Lo hice por teléfono delante de Webb, y este entonces dio orden a Popsky de que le preparase un coche y se dispusiera a acompañarle. Aún recuerdo,

como si acabara de escucharla, la frase que me hizo comprender la verdad: «¡Daremos a ese traidor su merecido! ¡Quiero liquidarle yo mismo, para que sirva de ejemplo! Supliqué por su vida, y obtuve la amenaza de morir. Sin ánimo para nada, con el espanto en las entrañas, anduve por Manhattan. La cita era a las ocho, y un reloj dio los tres cuartos cuando me hallaba en la calle del Canal. Detuve un taxi para trasladarme en él a la esquina en la que Larry iba a morir. ¡Estaba decidida a correr su suerte! ¡Qué angustia la de las paradas de tráfico! En 23 Street se produjo uno de esos atascos típicos de Manhattan, que tardó varios minutos en resolverse. Sonaban las ocho en el momento en que me disponía a saltar del vehículo para aproximarme a Larry, al que vi pasear impaciente. Eché a correr, pero el taxista, sujetándome del brazo, me exigió que le pagara antes de alejarme. Debió sospechar que algo anormal que sucedía, pues durante el trayecto no dejó de observarme por el espejo retrovisor de su cabina. Abrí el monedero, abanándole el importe de la carrera, y entonces... ¡Dios mío!».

Estella se cubrió la cara con ambas manos, cual si deseara substraerse a la evocación.

—¡Sigue!

—Vi acercase un coche a toda velocidad. Por una de las ventanillas asomaba un objeto metálico. La ráfaga de metrallata alcanzó a Tower en el pecho, matándole en el acto. Lloré sobre su cadáver, y la policía me detuvo para interrogarme. Nadie podía devolverle a él la vida, y opté por salvarme de la venganza del «gang». Volví al *night-club*. Giovanni elogió mi silencio regalándome un collar de perlas que, por la noche, a solas en mi cuarto, pisoteé con ira. Después... ¡Qué más voy a decirte! Pasaron las semanas y los meses, y llegaste tú. Me recordabas a Larry. No podía explicarme por qué. Ahora lo comprendo. Al interesarte por mi pasado me alegraba creer que el cariño y los celos inspiraban tus palabras. Nunca quise referirme a Larry por no confesarte que mi corazón le había pertenecido. ¡Haz conmigo lo que quieras, Richard! La existencia me pesa y...

Miles comprendió que la joven era sincera. ¡Qué gran tragedia en su vida de pecado! Soltándola, fue al mueble bar para extraer una botella de *whisky*, de la que bebió un largo trago. ¡Lo necesitaba! Luego encaróse con Estella, mirándola con fijeza, sin

pronunciar palabra.

—¿Qué vas a hacer conmigo? ¿Vas a asesinarme?

—No, aunque te lo mereces. ¡Me das lástima!

Se dirigió al aparato telefónico, situado sobre una repisa, y se dispuso a marcar varios números. El timbre sonó sin darle tiempo a descolgar. Cuando lo hizo, fue para oír secas órdenes a través del hilo.

—Dentro de media hora debes estar en el *night-club*. ¡No te demores! ¡El jefe nos espera! Hay quinientos dólares para cada uno.

—Seré puntual, Popsky.

Con el dedo golpeó la horquilla del auricular, y seguidamente, estableció contacto con...

El infierno pareció desatarse en Nueva York en una madrugada que aún se recuerda como la más sangrienta de la historia delictiva de los Estados Unidos. Grupos de «gangsters» lanzáronse por la ciudad, a una misma hora, cometiendo numerosos actos delictivos, desde el asesinato al saqueo y al rapto. Hubo, además, tres incendios.

En Center Street, sede local del

F. B. I.,

el inspector Robert Hurley cambiaba impresiones con el agente Alfred Jasper, examinando de vez en vez unos papeles.

—Procura no interrumpirme. Lo que ocurre es tan confuso que temo no completar un claro razonamiento. Hay un hecho cierto: todos los muertos eran miembros del Intelligence Service, controlados por el

F. B. I.

y el Central Intelligence Agency. ¿Quién les asesinó? Muchas manos y un solo cerebro. ¿Qué cerebro? Ésa es la pregunta clave, Alfred. Creo que se trata de una pugna de Servicios Secretos por conseguir algo. ¿Qué? Una segunda y más terrible incógnita. Se ha producido un secuestro: El de Heinrich Ran, alemán que llevaba más de quince años residiendo en Nueva York, huido de su patria para eludir persecuciones del gobierno hitleriano. En nuestros ficheros figura como hombre sin intervención en el espionaje. Es un especialista en problemas asiáticos. Quizá ésa pueda ser la clave, aunque lo dudo.

Hubo una larga pausa. Alfred Jasper, obediente a la orden recibida, no hizo comentarios, limitándose a encender un cigarrillo.

El inspector prosiguió:

—Nada mejor que el fuego para borrar huellas o para destruir algo oculto en las casas siniestradas. Nada mejor que la muerte para silenciar testigos, pues los cadáveres se llevan sus secretos a las tumbas. La ofensiva simultánea indica urgencia por conseguir un objetivo. ¿Cuál? ¡Di algo, Alfred! ¡Parece que no te interesan mis razonamientos!

—Me limitaba a cumplir sus instrucciones, jefe —repuso el joven con una sonrisa—. Creo que está en lo cierto. ¿Se ha pedido la colaboración del Servicio Secreto?

—Sí. ¡Aún no me explico por qué! —rezongó el inspector—. El contraespionaje es cosa de la Oficina Federal de Investigación y no del

C. I. A.

—Hoover sabe lo que se hace. Quizá debajo de todo este problema haya graves cuestiones internacionales. Obedecer es más cómodo que mandar. Cuando el Estado Mayor toma una decisión...

Unos golpes, dados en la puerta del despacho, interrumpieron a Jasper.

—Pase —autorizó Robert Hurley.

Un agente de la Metropolitana penetró en la estancia, acompañado por un miembro del

F. B. I.

—¡Hay noticias, inspector! —dijo el federal, con rostro jubiloso.

Hurley, malhumorado por los repetidos fracasos, miró al que hablaba:

—¿Quién las trae? ¿Usted, o él?

Había señalado al de la Metropolitana. El federal mordióse los labios.

—Él, señor.

—Entonces, déjele que se explique.

El silencio fue breve. Jasper esforzábale en contener la risa. Llevaba cerca de dos años en estrecha convivencia con el inspector, y conocía sus arrebatos de cólera, fuego de artificio de su carácter bonachón y comprensivo.

—Pertenezco a la Sección del Hudson, al servicio de los muelles. Hace una hora, al realizar mi ronda de la mañana, me pareció ver que algo flotaba en el agua. Con la ayuda de varios compañeros

pude extraer un cadáver: el del hombre al que se nos había ordenado capturar. Vi su retrato en la televisión.

—¿James Carra? —inquirió Hurley, ávidamente.

—Sí, señor. Carece de papeles, y tiene una herida de bala en el lado izquierdo del pecho.

El inspector del Federal Bureau of Investigation saltó del asiento, muy excitado, para encararse con el que condujo a su despacho al de la Metropolitana:

—¿Por qué no me lo advirtió antes? —Viendo cómo el hombre sonreía apresuróse a rectificar, en su noble condición de reconocer los errores—: Perdone, Marquat. Estoy algo nervioso y... ¡Vamos a ver ese cadáver, Alfred! ¡Venga con nosotros, agente! He de hacerle varias preguntas.

El de la Metropolitana asintió con el gesto, y minutos después, en un rápido vehículo de la Patrulla Móvil, llegaban al Depósito. Al entrar en el recinto, Jasper lo recorrió con la mirada, y un médico, al darse cuenta de que los ojos del agente habíanse posado sobre un hombre y una mujer jóvenes, en mesas contiguas de mármol blanco, declaró:

—Ella huía de un enamorado tenaz y, al no querer ser vista, cruzó Broadway y fue atropellada por un camión. Pudo confesarlo segundos antes de expirar. Él se arrojó desde la terraza de su casa porque su novia acababa de comunicarle que iba a casarse con otro. Palta de amor y exceso de amor. ¡La vida es como un carrusel de feria!

Mientras el doctor hablaba, el inspector habíase detenido ante el cuerpo de James Carra, examinándolo con minuciosidad. El facultativo y Alfred aproximáronse también. El primero informó:

—Todos sus objetos personales están en mi despacho. ¿Quiere verlos?

—Sí, claro. ¿Qué puede decirme de su muerte?

—Nada sensacional desde el punto de vista policíaco. La bala le atravesó el corazón, matándole instantáneamente. El disparo fue hecho a quemarropa con una «German Luger». No se aprecian otras señales de violencia.

—¿Llevaba lastre el cadáver?

—Una cuerda sujeta al brazo derecho.

Ya en el gabinete de trabajo del Instituto Anatómico Forense de

Nueva York, Robert Hurley tomó en sus manos un trozo de gruesa cuerda, pasándolo a Jasper después de un minucioso examen.

—¿Qué observas, Alfred?

—Un limpio corte dado con una navaja. ¡Incomprensible!

—Sí. ¿Qué hay detrás de todo esto?

El inspector no esperaba que nadie contestase a su pregunta y así sucedió, mientras tocaba un húmedo y destrozado paquete de cigarrillos, un llavín, varios billetes, fósforos y un certificado del presidio de Oklahoma expedido al ponerle en libertad.

—Nadie se molestó en disfrazar el cadáver. Ni aun le privaron de sus documentos —comentó Jasper.

—Así es. Los asesinos estaban seguros de que el cuerpo permanecería en el fondo del Hudson, y en el caso de que fuese encontrado...

No fue preciso que Robert completara la frase para que Alfred la comprendiera. La efigie de James Carra estaba en la retina de todos los estadounidenses, por haber sido retransmitida por la televisión e inserta en los periódicos.

—Vámonos, Alfred. Aquí no haremos nada útil.

—Me temo que en la calle tampoco.

Se arrepintió tarde Jasper de sus palabras, pero ya estaban dichas. Hurley, dirigiéndole una mirada poco cordial, exclamó:

—¡Es posible que estés en lo cierto, pero no eres tú el llamado a advertirlo!

Despidióse del médico, agradeciéndole con secas frases su amable acogida y, en el exterior, miró al de la Metropolitana:

—Puede marcharse ya. Ha prestado un buen servicio.

—Gracias, inspector.

El coche oficial del

F. B. I.

esperaba. Robert Hurley necesitaba pasear y despidió al vehículo, conducido por un agente uniformado.

—Vuelva a Center Street. Diga a Marquat que le llamaré cada media hora por si hubiese novedades.

—A la orden, señor.

Los dos federales caminaron en silencio. Robert Hurley se detuvo de pronto:

—¿Quién podrá decirnos el domicilio de James Carra? Me

gustaría inspeccionarlo.

—Joseph Popsky. Estaba a su servicio, en el *cabaret*. Aun no me explico la causa por la que no le interrogamos.

—¡Ordenes del Estado Mayor! —masculló el inspector—. Veamos a Giovanni Webb.

—Es peligroso acosar a ese hombre. Terminará enviándonos sus abogados.

Hurley miró burlonamente a Jasper.

—Como ordene, inspector.

El joven, enrojeciendo, apresuróse a contestar con viveza:

—Me limitaba a manifestar un criterio. ¡Desde hoy seré mudo como una estatua! Con razón dicen los muchachos que...

Alfred calló, no atreviéndose a continuar. Aunque estaba irritado por el sarcasmo de su jefe, le tenía un profundo respeto.

—¿Que eres mi víctima? Es posible; pero no olvides que, si te he elegido como auxiliar directo, es porque considero que vales más que todos ellos. ¿Sabes lo que me propongo visitando a Giovanni?

—No.

—Que, considerándome un peligroso enemigo, ordene matarme.

El afecto que Jasper experimentaba hacia el inspector se impuso a su enojo.

—¡Eso es un suicidio!

—Capturaré a mi asesino, obligándole a hablar. Si lo consigo, habré demostrado que Webb es un criminal. ¿Comprendes?

Jasper inclinó la cabeza, admirado del valor de Hurley, de su heroísmo en defensa de la Ley. En torno a ambos cruzaban hombres y mujeres, inquietos por sus problemas particulares y algunos de ellos criticando a que estimaban inutilidad de las autoridades para cortar el «gangsterismo» en Nueva York...

CAPÍTULO VI

¿CIEGO?

—Ponte tú al volante, Popsky. ¡No veo nada!

El polaco, que se bailaba sentado junto a Richard Miles en el coche en marcha, apresuróse a obedecer mientras el automóvil se aproximaba a una de las aceras de la venida Hamilton, en Brooklyn. En un alarde de serenidad, Joseph pudo enderezar el vehículo, evitando el choque contra cualquiera de los árboles que bordeaban la calle. Herbert Larkey y Stanley Morrison, que se hallaban detrás, respiraron con alivio al ver cómo Popsky cambiaba su asiento con el de su camarada, sin otro retraso que el de reducir algo la velocidad.

Richard, con los puños contra los ojos, en un gesto de dolor, permaneció inmóvil, con una tormenta en el alma. Mientras conducía el «Ford», robado en Manhattan, notó que la visibilidad le iba disminuyendo, como le sucediera durante el viaje desde Sing-Sing

a la City, con Giovanni como pasajero. La ceguera absoluta jamás se le había producido. ¡Qué horrible el reino de las sombras! ¿Iba a quedar convertido en un ser inútil? Atrás, en el cruce con Clinton Street, un chalet de dos plantas era pasto de las llamas.

—¿Qué te sucede, Miles? ¿Se te inflamó demasiado cerca la gasolina?

—No. Fue Morrison quien prendió fuego. ¡Estoy ciego...! ¡Ciego! El patetismo de la frase impresionó profundamente al polaco.

—Todo pasará. Lo nuestro ha salido a la perfección, y sólo nos resta desorientar a posibles perseguidores. ¿Viene alguien detrás, Herbert?

—No. Tenemos suerte.

—Bien. Estamos llegando al «ferry». La falta de visibilidad de

Richard te obliga a encargarte de abandonar el coche. Morrison, lejos de los muelles. Nos reuniremos en el *night-club*.

—De acuerdo.

Joseph Popsky detuvo el vehículo, ayudando a Miles a salir de él. La noche languidecía, dando paso al crepúsculo. De vez en vez atronaba el silencio el paso de los ferrocarriles aéreos y algunos cláxones de autobuses de transporte.

Richard, con los brazos extendidos hacia adelante, sin ver lo que le rodeaba, dijo con angustia:

—¡Ayudadme! Me da la sensación de que se abre una sima delante de mí.

—¿No se te pasa? —inquirió el polaco.

—¡No! ¡Esto ya es para siempre! ¡Nunca más veré la luz del día!

Popsky le sostuvo del brazo, conduciéndole a un vaporcito alquilado por él previamente y en el que hicieron la travesía desde Hamilton Avenue, en Brooklyn, hasta el muelle 54, bordeando toda la punta sur de Manhattan. Al pisar tierra, ya el sol ascendía por Oriente. Miles, que, sentado, llevó el rostro cubierto con ambas manos durante el trayecto, al desembarcar notó una leve luz, que iba en aumento. ¿Le volvía la vista? ¿Iba a ser posible el milagro?

—¿Qué te pasa ahora, Richard? ¡Déjate llevar!

La claridad inundaba con más intensidad las pupilas del joven, estremeciéndole de gozo. Al divisar, aunque vagamente, los contornos de los seres y las cosas, su corazón latía con tal fuerza que le era imposible dar un paso.

—Id vosotros al *cabaret*. No tardaré en seguiros. Me vuelve la vista y...

Fue a decir «quiero gozar de la luz, de la vida, de la hermosa mañana», pero se contuvo. No eran frases propias para ser comprendidas por quienes acababan de sembrar la devastación y la muerte.

—¿Podrás ir solo? —preguntó Popsky, que estimaba a Miles por considerarle superior en inteligencia a los demás «gangsters».

—Sí. Ya te veo, aunque algo borroso. Tienes un cigarrillo en la mano izquierda. ¿Me equivoco?

—No. Acabo de encenderlo. Aquí te dejamos. Hasta luego, Richard. No tardes. El jefe querrá darnos unos cuantos billetes, y quizá alguna nueva orden.

—No te preocupes.

Alejáronse Popsky y Herbert Larkey, dejando el *ferry* en el muelle, donde sería recogido por su propietario en las primeras horas de la mañana.

El estruendo de la ciudad iba en aumento, sus ruidos discordantes, su hervir de colmena. De Nueva Jersey llegaban, algo amortiguadas por la distancia, los agudos lamentos de las sirenas anunciando la entrada al trabajo. Todo era himno de júbilo para el que, restablecido, divisaba con nitidez las aguas del Hudson, los vapores de carga y pasajeros, las altas moles de los edificios de la City... ¡Nunca vio tan hermoso el sol, tan bella la existencia!

Era preciso que lo abandonara todo, que siguiese las instrucciones del doctor Person para evitar la ceguera total. Acababa de comprobar que la transición de la luz a las tinieblas era horrible. Sin embargo... ¡No! ¡Él no podía dejar ahora Nueva York hasta que...!

—¡Richard...! ¡Richard...!

Le llamaba una voz de mujer, y el joven volvióse hacia la calle 14, viendo a Estella que, muy alarmada, se acercó a él, respirando con alivio al observar que Miles prendía fuego a un cigarrillo sin que su pulso temblara.

—Hola. ¿Vienes a buscarme?

—Sí —repuso ella—. Estaba en el *night-club* con los demás, y oí a Joseph referirse a tu ceguera. Vine corriendo en tu busca, deseosa de ayudarte.

Richard pensó que Estella le amaba, que aún había en su corazón restos de bondad.

—¿Has participado tú también en los... —Fue a decir crímenes, pero se contuvo— actos de esta madrugada?

—Sí. Hube de conversar con el vigilante nocturno de unos grandes almacenes para que no viese cómo los muchachos se introducían por las ventanas bajas del edificio. El hombre estaba fumando en la puerta, y me fue fácil distraerle.

La mirada de Miles recorrió el esbelto cuerpo de la mujer, observando su aspecto seductor.

—Lo comprendo. Eres muy bonita, Estella. ¡Lástima que emplees tu belleza para el mal! ¿Mataron al vigilante?

—No. Me despedí de él después de que estuvo colocada una

bomba de relojería junto a varios barriles de petróleo. Nadie le hizo daño, pues todos pudieron salir sin ver vistos. ¿Ya no me odias, Richard?

—Acordamos no resucitar el pasado. En principio pensé matarte. No lo hice. El principal culpable es Giovanni, y es mi jefe. He olvidado mis propósitos de venganza. Confío en tu fidelidad. Si le contaras a Webb la verdad, yo moriría.

Ella, impetuosa, vehemente, con la fidelidad propia del cariño, apresuróse a replicar:

—¡Qué cosas se te ocurren! ¡Daría mi vida por salvar la tuya!

—Gracias, Estella. ¡Eres muy buena!

Richard hubo de hacer un supremo esfuerzo para acariciar los cabellos de la muchacha, quien, estremecida de gozo, dijo:

—Al enterarme de que sufriste un ataque de ceguera sentí tristeza y contento. ¿Sabes por qué? —No le dio tiempo a contestar —. Si te quedaras ciego yo te cuidaría como una novia, una esposa y una madre, teniendo la oportunidad de permanecer siempre contigo. Estoy ligada a Giovanni, como tú y como todos; pero nada hay superior a mi cariño.

A su pesar, Miles sintióse conmovido. Para no dejarse vencer por el sentimentalismo, asiendo del brazo a la muchacha, se dirigió al *night-club*, mientras charlaba de temas intrascendentes para alejar sus preocupaciones. Tal vez el próximo ataque le dejara completamente ciego... ¡Y para siempre! Tembló.

—¿Tienes frío? —inquirió Estella, al observarlo.

—Es nervioso. Un doble de *whisky* me calmará.

Apenas hubo pronunciado tales palabras, en su cerebro repercutió un consejo del doctor Person: «Nada de alcoholes».

—Popsky ha destapado dos botellas, y todos brindan por el feliz éxito de la jornada.

—¿Está el jefe?

—Aún no llegó; pero se le aguarda.

Los dos jóvenes entraron en el despacho por la puerta trasera, sólo conocida de los miembros de la banda integrada por veinte hombres, en su mayor parte de pésimo aspecto, tipos natos de criminales. Algunos saludaron a Miles con afecto; otros, sus enemigos por envidia o maldad, aparentaron ignorarle.

—¿Un trago? —invitó el polaco.

—Sí. Creo que nos lo hemos ganado.

No obstante, Richard apenas si probó el *whisky*, dejando el vaso sobre la mesa de trabajo. El humo hacía irrespirable la atmósfera.

Estella, sentada en uno de los laterales, retenía una mano de Miles, esforzándose en sacar al joven de su mutismo con un diálogo vivaz. A las diez de la mañana todos se pusieron en pie. La puerta acababa de abrirse para dar paso al *boss*, cuyo rostro grave borró la sonrisa de los labios de todos. ¿Qué ocurría?

—Hola, jefe —saludó Popsky, más dueño de sí que los demás—. Todo ha salido bien, sin luchas ni detenciones.

—Lo celebro —replicó Giovanni, secamente—. Fuisteis vosotros los que arrojasteis al Hudson a Carra, Miles —señaló también a Herbert Larkey y a Stanley Morrison, ya de regreso después de abandonar en Brooklyn el automóvil robado—. ¿No es así?

—En efecto —repuso Richard—. ¿Sucedé algo?

—Lo encontró flotando en el agua uno de la Metropolitana, y está en el depósito. ¿Cómo podéis explicarme esto?

Los tres aludidos se miraron, sin dar crédito a lo que oían. Larkey dijo:

—Aseguramos bien el lastre. ¡Es incomprensible!

—Desde hace tiempo suceden cosas incomprensibles en el «gang» y eso tiene que terminar. ¿Entendido? —No tuvo respuesta—. El inspector Robert Hurley, del F. B. I.,

ha estado de nuevo a verme, en mi domicilio. Le agradezco una visita que prueba mi mejor coartada. Estaba durmiendo, y hube de levantarme de la cama para recibirle. Me consta que ninguno de vosotros es capaz de traicionarme, no por honradez moral, que esa estorba en la vida que llevamos, sino por miedo. Mis brazos son muy largos. Sin embargo... Hay algo extraño que he de descubrir.

El *boss* guardó silencio, sin que nadie se atreviera a preguntarle nada.

—No acostumbro a perdonar errores, Richard. Tú mandabas el grupo. Necesitaba que las autoridades siguieran buscando a James Carra para que se despreocuparan de nosotros. Ahora...

Estella puso su mano derecha sobre el brazo de Miles, que la apartó de sí, con firmeza y serenidad.

—¿Ahora qué, jefe? —preguntó, adelantando un paso.

—Tendrás que demostrarme que no me equivoqué al juzgarte como hombre de valía. Ven conmigo. En el coche te diré lo que pretendo de ti. ¡Ah! Toma, Popsky. Repártelo entre todos.

Webb depositó sobre la mesa un grueso fajo de billetes, disponiéndose a salir. Estella, al ver que Richard le seguía, se interpuso entre los dos hombres:

—¡No le mate, jefe! ¡Seguramente te lleva a una trampa, Richard! ¡Niégate a ir con él!

Giovanni la miró con fijeza, volviéndose al joven.

—¿Lo oyes, Miles?

—Sí. Aparta, Estella. El *boss* sabe que puede fiar en mí. Yo creo en él.

—¡Te matará igual que a Carra!

La muchacha, fuera de sí, no pensando más que en la seguridad del hombre amado, osaba desafiar el poder del temido Webb, quien se limitó a ordenar:

—¡Haz que calle, Popsky! No me gustan los ataques de histerismo. ¿Vamos, Richard, o tienes miedo?

—Cuando quiera, jefe.

Estella quiso sujetar a Miles, pero el polaco, con firmeza, aunque sin violencia, la retuvo por ambos brazos, aconsejándola, una vez que los dos hombres hubieron salido:

—¡No seas loca! Giovanni es terrible si se deja arrastrar por la ira. ¡Estate quieta o me obligarás a golpearte!

La crisis nerviosa acabó en torrente de lágrimas. No pocos reían, burlándose de Estella; otros envidiaban a Richard.

—Podéis marcharos. Aguardad órdenes en los sitios de costumbre.

En breves minutos sólo quedaron en el despacho de Joseph los que, con él, ocupábanse de regentar el *cabaret*. Stanley Morrison, burlón el gesto, se acercó a la mujer:

—Toma un trago y no te preocupes por ese «tipo». Cualquiera de nosotros vale tanto como él.

Ella le miró con ojos centelleantes.

—Tendréis que demostrarlo.

Joseph Popsky sonreía al dirigirse a la puerta. Él también necesitaba descanso...

Al despedirse del *boss*, Richard, por propia petición, quedó en

Union Square, plaza formada por el triángulo de la calle 14 y las avenidas Fourth y Broadway. Una vez que Giovanni se hubo perdido entre el numeroso tráfico de la City, el joven, acomodándose en uno de los bancos de piedra, ajeno a lo que le rodeaba, se abstraigo en sus ideas.

Precipitábanse los acontecimientos. Las órdenes recibidas de Webb eran terribles. ¿Qué hacer para, sin obedecerlas, no perder su confianza?

La incógnita le preocupaba, pero pronto dejó paso a su más grave problema: el de su vista, el de su ceguera. Tal había sido su emoción al escuchar las instrucciones del jefe que, en dos ocasiones, durante el diálogo en el interior del coche, le había parecido que tornaban las tinieblas. ¡De seguir así iba a terminar volviéndose loco! ¡Era preciso decidir! ¿Qué? ¿Cómo?

Fumó dos cigarrillos, encendiendo el segundo con la brasa del primero y, sin encontrar solución a los interrogantes, anduvo despacio por las superpobladas calles de la City, respirando con alivio al introducir la llave en la cerradura de su departamento.

Al franquear la puerta se detuvo, con visible alarma. Dos hombres, que acababan de encender la luz, le encañonaban con pistolas «Skoda», de fabricación checoeslovaca.

—Levanta las manos, Richard, y no pretendas suicidarte.

El desarmado, consciente de su inferioridad, hizo lo que se le indicaba mientras uno de los desconocidos procedía a desarmarle.

—¿Qué queréis de mí?

—Lo sabrás a su tiempo. ¡Síguenos! Hay un automóvil en la puerta.

—¿Vais a darme un paseo?

—Es posible. Depende de tu actitud. ¡Sal!

Los dos hombres guardaron sus armas en los bolsillos de sus americanas, manteniéndolas empuñadas en el interior. Miles, maldiciéndose por haberse dejado cazar de forma tan estúpida, se detuvo ante el ascensor, pulsando el timbre de aviso. ¡Si pudiera librarse de sus enemigos! Uno de ellos, cual si le adivinara el pensamiento, le previno:

—Corre más una bala que tú.

—¿Perteneceís al *gang* de Eric Drake?

—Ya te enterarás. ¡No hagas el menor intento de huida o te

cosemos a balazos!

La voz del hombre era firme, y Richard se dijo que se enfrentaba a dos peligrosos adversarios...

CAPÍTULO VII

¡DESESPERACIÓN!

—¡No, comisario! ¡Eso no lo conseguirá! ¡Por encima de la obediencia, del automatismo del Servicio Secreto, está mi condición de hombre! ¡No toleraré que malogre dos años de esfuerzo, el haberme convertido en un indeseable! ¡Lo he sacrificado todo por la patria! ¡Mi amor, mi honestidad, mi salud...! ¡Todo! ¡No le obedeceré! ¿Me oye? ¡He de vengar a mi hermano, he de desenmascarar al cobarde de Giovanni, terminando para siempre con el «gangsterismo» de Nueva York! ¡Es inútil que insista! ¡Oficial o particularmente, seguiré el camino emprendido!

El hombre se había puesto en pie, con visible nerviosismo, fuera de sí, olvidado de la disciplina y el respeto hacia el que, detrás de la mesa, grave el semblante, le miraba con visible desconcierto.

—Siéntese, Richard. Creo que no me ha entendido.

—¡Demasiado! —Siguió Miles—. Usted quiere que piense ahora en mí. ¡Ya nada me importa! ¡Ni la muerte!

El comisario del Servicio Secreto americano tomó a rogarle, paternal, comprensivo:

—Cálmese. Aunque no lo haya sospechado, nosotros velamos por usted y ninguno de sus pasos nos es desconocido. Siempre hay agentes protegiéndole.

—¡No los necesito!

—No lo dudo —prosiguió, imperturbable, el del Servicio Secreto—. Sé que es usted uno de los más valerosos miembros del C. I. A.

¿Un cigarrillo? Necesita serenarse. El médico no exageró al anunciarle una total ceguera.

—¿Sabe...?

En la pregunta de Miles había tanto asombro, que el comisario hubo de sonreír, pese a que consideraba difícil el diálogo, y estaba molesto por el tono de voz y el ímpetu de Richard.

—Sí. Cinco minutos después de que abandonase la consulta del doctor Person, uno de nuestros hombres visitaba al facultativo. Previa justificación de su personalidad, y aludiendo a usted como sospechoso de espionaje, averiguó lo que se habló en la consulta. Entonces decidí impedir que consumara una terrible e irreparable desgracia. ¿Se sienta o habré de levantarme yo también?

Tendió una caja de cigarrillos turcos al joven, que tomó uno, encendiéndolo, mientras se acomodaba en una silla.

El silencio fue largo. En una de las paredes del despacho, un diploma al mérito expedido por el general Donovan, antiguo jefe del

O. S. S.,

y a nombre del comisario René Carpentier, por los muchos y valiosos servicios prestados durante la guerra.

El gabinete de trabajo era amplio, rodeado de ficheros metálicos. Una mesa, un flexo y varias sillas completaban el mobiliario. La gran ventana por la que penetraba la luz daba a un gran patio. Todo el edificio de cinco plantas, en Columbus Avenue, en Manhattan, pertenecía al Central Intelligence Agency. Richard movióse con desasosiego. Dijo:

—Ingresé en el Servicio Secreto por vocación, en el afán de, una vez licenciado, seguir sirviendo a mi patria y a la paz del mundo. Mi único hermano ignoraba en qué me empleaba, aunque le hice creer que tenía representaciones en Nueva York. Fui adscrito a la plantilla de San Francisco hasta que, finalizadas mis prácticas y perfeccionados mis idiomas, fuese destinado al extranjero. Huérfano de padres, puse todo mi cariño en Larry. Recibí orden de trasladarme a Nueva York y así lo hice. Mi hermano no quiso seguirme. Su conducta no era clara, pero mis profesores y mis jefes en «Frisco» robaban todo mi tiempo, y no pude ocuparme de él. Una tarde conocí a Ethel Fordham, figurinista de una casa de modas. Me enamoré de ella. Después...

—Conozco su pasado —le interrumpió el comisario René Carpentier—. Lo único que importa ahora es el presente y, lo que es más terrible, el futuro... su futuro de ciego.

—¡No represente comedias, Carpentier! ¡No es necesario! ¡El Servicio Secreto me elimina porque teme que el autómatas se convierta en hombre, que me rebele contra la estupidez de los superiores, que...!

—¡Richard...! —le interrumpió el comisario con violencia—. No le tolero...

El joven, poniéndose de nuevo en pie, aplastó el cigarrillo contra la palma de su mano izquierda, insensible a la quemadura, en un gesto de suprema desesperación. Las brasas y las partículas de tabaco cayeron al suelo para extinguirse con rapidez.

—¿Va a ordenar que me asesinen, Carpentier? ¡Hágalo! Quizá sea mejor. Mataron a mi hermano, ¿comprende? ¡A mi único hermano! Usted sabe que nunca me guió el afán de venganza, y sí el deseo de que la Ley se cumpliera, de que los criminales no quedaran sin castigo. Él bordeaba la Ley. Quizá su muerte fue el mejor final para quien empezaba a convertirse en un *gángster*. ¡De todos modos, le acribillaron a tiros! ¡Y yo le quería, comisario! ¡Cuando cierro los ojos aún recuerdo su cuerpo joven empapado en sangre! En sus labios había la sonrisa que jamás le abandonaba, una sonrisa de hartura, de superioridad. ¡Ni a él ni a mí nos trató bien la vida! Prometí ante su cadáver que la justicia caería sobre los culpables con su terrible fuerza. Las investigaciones llevaban siempre a la misma conclusión. ¿Es necesario que se lo recuerde?

René Carpentier, conmovido del dolor de Richard, repuso:

—No. Cállese. Nada se consigue con dramatismos.

—Ni de ninguna otra forma. Le pedí que me dejara encargarme del caso y se negó. Le pregunté por qué la Metropolitana no detenía a los sospechosos para interrogarles, a Estella, a Joseph Popsky, a Giovanni Webb, y no quiso contestarme, indicando que había algo más importante que descubrir en torno a esas tres personas. Obtengo de esa mujer una confesión capaz de llevar a Giovanni a la silla eléctrica, y usted se niega a detenerla, aconsejándome que procure ganarme su estimación e impedir que me delate a los miembros del *gang*. Creo que me autorizó a infiltrarme en el grupo de criminales para contener mis ímpetus, pensando en lo que pretende hacer ahora: apartarme del camino de su ineficacia o de su cobar...

Un fuerte puñetazo en la mesa, dado por el comisario, derribó el

tintero, haciendo temblar todos los papeles y carpetas.

—¡Se excede, Richard! ¡No agote mi paciencia!

René Carpentier, erguido también, fulminaba al joven con el gesto, trémulos los labios.

—¡Yo hace tiempo que acabé la mía! ¡Dos años de *gángster*, recibiendo siempre la misma orden, una orden cruel, inhumana! Usted no se ha cansado de repetirme: «Actúe como ellos, no despierte sospechas». Por fortuna, y gracias a mi habilidad de mecánico y conductor, no tuve que matar ni robar, limitándome a ser el chófer del grupo. Sin embargo... ¡cuántas renunciaciones morales, cuántas amarguras! ¿Para qué todo? Para escuchar de sus labios una frase absurda: «Tómese unas vacaciones. Las necesita». ¡El crimen no descansa, el crimen no se toma vacaciones! Los que mataron a mi hermano continúan en libertad, disfrutando de la vida. También asesinaron a otros. ¿No le basta para condenar a Giovanni el testimonio de Estella y el mío? ¿Qué es lo que se propone?

—Estoy intentando decírselo desde que ha entrado, pero usted no me deja. ¿Quiere oírme ahora?

—¡Hable! ¡Devuélvame la fe en mis juramentos de ingreso en el Servicio Secreto!

Richard jadeaba, preso de extraordinaria excitación. Al sentarse, sus músculos se relajaron, y un velo de sombras tornó a cubrirle los ojos. Nada dijo, limitándose a crisar los dedos en los brazos del sillón, deseoso de que el comisario no reparase en su ceguera. En el reino de las sombras, las palabras de René Carpentier le sonaban lejanas, perdidas en la distancia...

—Sepa primero que le seguimos hasta el domicilio de Ethel Fordham, siempre velando por su vida. Al verle salir, tambaleándose como un beodo, ajeno a lo que le rodeaba, a merced de cualquiera que hubiese querido asesinarle, quise despertar de nuevo en usted el espíritu de lucha. Yo le grité: «¡Cuidado!» desde el interior del vehículo y disparé alto, con el único objeto de hacerle saber que su vida estaba en peligro, manteniéndole alerta. Más tarde, uno de mis agentes le arrojó un paquete de tabaco, advirtiéndole de un peligro: el que le planteaban sus problemas sentimentales y particulares, que le hacían olvidar su doble condición de *gángster* y miembro del Servicio Secreto. ¿Se da cuenta ahora de que jamás le hemos abandonado?

El comisario no obtuvo respuesta de un Richard rígido, con los ojos muy abiertos, preso de visible excitación nerviosa.

—Si es usted capaz de contestarme a las preguntas que voy a hacerle, ordenaré la detención de Webb y de los que le secundan. Óigame con atención: ¿Por qué Giovanni se negó a pedir la libertad bajo fianza, para un delito simple, castigado con seis meses de cárcel? Él pudo negar que pasaba moneda falsa y, sin embargo, mantuvo en la duda al juez. Nos consta que ese hombre está complicado en un grave caso de espionaje; ¿quiénes son sus cómplices? La banda se limita a ejercer la violencia, pero hay otros muchos en la sombra. Acababa de decirme que Heinrich Ran, el hombre raptado, no está en el *night-club* de Popsky. ¿Dónde? ¿Qué fue a hacer Webb en

Sing-Sing?

Todos los hombres del

F. B. I.

y el

C. I. A.

buscan pistas. ¡Qué gran fracaso procesar y condenar a Giovanni y a sus cómplices por delitos comunes, dejando en pie una red de espionaje que nos interesa descubrir!

Richard, con las mandíbulas crispadas, seguía inmóvil, totalmente ciego, sintiendo latir su corazón con violencia. Sin embargo, no perdía una sola frase del comisario, cuya voz tornó a oírse:

—Usted ha trabajado bien y ha trabajado mucho. ¡No ignoramos sus grandes sacrificios, sus renunciaciones! He sido gran amigo de Ethel Fordham. Sé el amor mutuo que se profesaban. A mí no me asesinaron los *gangsters* ningún familiar, pero en el desembarco de Filipinas vi cómo moría mi padre, coronel de Ingenieros. Una bala de cañón le destrozó. Yo era capitán y me lancé al asalto con furia ciega, ansioso de la venganza y del triunfo. Sí. Entonces por mis venas circulaba fuego y no sangre. Al fin la realidad se impuso. Es preciso que unos mueran en defensa de la paz y del orden para que muchos vivan. ¡Una terrible ley! Comprendo sus sentimientos con respecto a su hermano. ¡Los he vivido!

El comisario hizo una larga pausa, tendiendo a Richard, que, al parecer, le miraba, un cigarrillo. El joven no movió ni un músculo

de la cara, y Carpentier, con una amarga sonrisa, lo depositó de nuevo en la caja de tabaco, encendiendo él uno. En el rostro del jefe del Servicio Secreto de Nueva York había un gesto de profunda tristeza.

—Sus informes nos han sido de extraordinaria utilidad, sus avisos telefónicos y, sobre todo, el haber seccionado la cuerda que sujetaba el lastre del cadáver de James Carra. ¡Los muertos también hablan! Hemos obtenido una bala. Espero hallar pronto la pistola que la disparó.

—¡La de Webb! —dijo, con ímpetu, Richard.

—Sí, será una prueba más. Se expuso a un gran riesgo. Créame, Richard. Sólo pienso en su bien al pedirle que se tome un largo descanso, que atienda las instrucciones del médico. ¿Qué le ocurre? Está muy pálido.

—¡Nada! —repuso el agente del Servicio Secreto, con voz ronca—. ¿Qué ha de pasarme?

—¿Quiere un cigarrillo?

—¡No! ¡No tengo ganas de fumar!

Hubo un nuevo silencio, roto por el comisario.

—Aproveche la oportunidad que Giovanni le brinda con su última orden para alejarse de Nueva York. ¿Lo hará?

Angustiado por la prolongada ceguera, quizá definitiva, Richard preguntó a su superior:

—¿Me lo manda?

—Ahora me limito a sugerirle.

—Entonces, seguiré en el *gang*. ¿Por qué me hizo conducir a su presencia de forma tan aparatosa? Creí que esos dos hombres eran criminales a sueldo de Eric Drake.

—Todas las precauciones son pocas en la lucha emprendida. Si alguno de los cómplices de Giovanni le hubiese visto, habría pensado lo mismo y nunca su condición de miembros del Servicio Secreto.

Mientras hablaba, René Carpentier encendió el mechero, pasando la llama ante los ojos de Richard sin que el joven moviera sus pupilas. Aquella prueba, decisiva, convenció al comisario.

—¡No me obligue a proceder por la fuerza! ¡Soy capaz de encarcelarle o de sacarle de Nueva York y, sometiéndole a vigilancia, impedirle volver! No consentiré que arruine su juventud.

¡Ahora está ciego! ¡No ve nada! ¿Me supone tan necio como para no darme cuenta?



¡Está ciego! ¡Me supone tan necio como para no darme cuenta!

—¡Me da lo mismo que lo sepa o no! Será un ataque pasajero, como otras veces. ¡Ciego y todo, continuaré la lucha!

No obtuvo respuesta. Carpentier, sentándose, encendió un

cigarrillo, mientras meditaba. Los planes, tan minuciosamente elaborados por él, caían a tierra con estrépito cuando Richard, por haber conseguido la confianza de Webb, estaba en mejores condiciones de averiguar lo que obsesionaba al Federal Bureau of Investigation y al Servicio Secreto. Suspiró con resignación y dijo:

—Cualquier día no recobrará jamás la vista. ¡Piense que puede ser ahora!

—No. Ahora no. La Providencia es sabia y me dará fuerza para terminar la misión emprendida. Empiezo a percibir algo de claridad.

—¡Dios lo quiera!

En el deseo del comisario había un tono de oración, de fervorosa súplica. Para saber si el joven le engañaba, tornó a pasar la llama del mechero cerca de sus pupilas.

—Aparte el encendedor, Carpentier. Antes noté un leve fuego en la cara, pero lo atribuí a mi excitación. Deme ese cigarrillo, y disculpe mi violencia. ¡No puedo resistir la idea del fracaso, la idea de que Giovanni escape y nos burle! Usted tiene razón y yo soy un insensato.

—No se preocupe ahora de eso.

Entregó el cigarro encendido a Richard, quien, al ponérselo en la boca, aspiró el humo con avidez.

—Gracias. ¿Me autoriza a seguir las investigaciones?

—No. ¡Tiene cuarenta y ocho horas para abandonar Nueva York antes de que le obligue a hacerlo! ¡Ah! Aunque no creo necesaria la advertencia, voy a hacérsela. Nadie debe tomarse la justicia por su mano. Si fríamente matase a Giovanni, a Popsky o a cualquier otro, sólo por venganza y no en propia defensa, nadie le salvaría de la silla eléctrica. Recuérdele.

—Procuraré no olvidarlo.

Richard se puso en pie, con claro propósito de abandonar el despacho, pero el comisario le retuvo:

—Espere aún. Quiero cerciorarme de que su visibilidad es completa.

—Sí. Le veo ya perfectamente. Adiós, Carpentier. ¿Tiene algo que ordenarme?

—¡Dispone de cuarenta y ocho horas! ¡No lo olvide!

Los dos hombres se estrecharon la diestra con afecto, y el joven

abandonó el edificio del Servicio Secreto. Ya en la calle, se detuvo. ¿Cómo ordenar sus ideas, si su corazón era un volcán de pasiones, de temores, de angustias?

Anduvo despacio por Columbus Avenue y, a través de las 666 Street, penetró en el Central Park, umbrío, solitario. Necesitaba meditar a solas, esforzarse en vencer su desesperación...

CAPÍTULO VIII

EL AMOR Y LA MALDAD

Ethel Fordham, sobresaltada, se incorporó del sillón en el que leía, dirigiéndose a la puerta. Vestida de casa, con un sencillo traje gris, que se amoldaba de forma perfecta a su cuerpo escultural, destacando su elegancia por lo sobrio del color, estaba hermosísima. Ya junto a la puerta, preguntó, a la par que observaba por la mirilla:

—¿Quién es?

—Soy yo, Giovanni. ¡Abre!

La muchacha apresuróse a franquear la entrada al *gángster*, esforzándose en dominar su desasosiego. ¿Qué querría Webb de ella, a las doce de la noche?

—Hola —le saludó—. Me has asustado.

—¿Por qué? ¿A qué temes? Tu vida es recta y...

—Era, Giovanni. Recientemente he sido detenida contigo como cómplice del asesinato de un hombre.

—Se demostró tu inocencia y la mía.

—Sí. Pasa. Hablaremos dentro.

—Mientras la joven se encaminaba al *living room*, Webb admiró la extraordinaria belleza, la armónica proporción de sus líneas. Ya sentado, en espera de que ella le sirviese un vaso con *whisky*, dijo:

—No debes temer a nadie.

—Sólo junto a ti experimento esa confianza. Al quedarme sola vuelven las preocupaciones. ¿Por qué elegiste el camino difícil, la senda del delito?

—Ya te conté mi historia, y no me agrada repetirla. La fuerza me hace sentirme dueño del mundo, después de un pasado de fracasos.

—¿Prefieres el *whisky* seco o con soda?

—Seco. Me gustan las bebidas fuertes, como el amor.

El silencio, roto por el tintineo del vaso al ser depositado en una bandeja de plata, fue breve. Ethel, acomodándose frente a Giovanni, le preguntó:

—¿Qué es lo que quieres? Supongo que tendrás algo importante que decirme.

—Nada en absoluto. Deseaba verte. Ya en casa he experimentado ese afán con tal intensidad que no supe resistir la tentación de visitarte. ¿Afecta eso a la moral?

Había sarcasmo en la voz del hombre, pero la joven aparentó no reparar en la leve burla.

—Depende de tu comportamiento —repuso Ethel, grave el rostro.

—Será el de un hombre que te ama... más que tú a mí.

—No lo creo. Me pospones a tus negocios, a tus caprichos. Hoy no me viste en todo el día. Te equivocas si piensas que voy a dejarme seducir por el brillo de tus millones o que voy a ser víctima de una debilidad, que tú aprovecharías. ¡Me mantendré fuerte!

—¿Frente a mí?

—Sí. Estoy segura de que no me quieres. He excitado tu vanidad y sientes el afán de poseerme, de considerarme cosa tuya, no con hondura de alma, sino por soberbia, por demostrarte a ti mismo que nada hay capaz de oponerse a tus deseos.

—Eres dura en tus juicios.

—Soy sincera.

Webb miró a la muchacha, con gesto fluctuante entre la admiración y la ira. Su orgullo de hombre mostrábase resentido.

—Yo te amo, Ethel. ¡No te permito que lo dudes!

—Si es así, vete. Nos veremos mañana, fuera de mis habitaciones. Gozo de buena fama. ¡No la pisotees con tu presencia!

Desconcertado, Giovanni comentó:

—Es rara tu actitud en una mujer americana, moderna. ¿Tanto miedo me tienes?

—Sí.

La rotunda afirmación de la muchacha halagó la vanidad de Webb quien, poniéndose en pie, se acercó a Ethel por detrás del sillón, y la acarició la sedosa cabellera. Ella, al recordar a Richard Miles, que en su anterior visita había posado también sus manos como ahora el «gángster», se estremeció.

—Olvida tus prejuicios y recorre conmigo un camino de felicidad, de amor.

—¡No! —Opuso la joven, incorporándose con violencia para encararse con el hombre, retadora—. No seré una más en tu vida. Los rumores corren muy deprisa, y sé de ti...

—¿Qué es lo que sabes?

—Tus antiguas conquistas; la desaparición de tus enamoradas. ¿Ordenaste matarlas?

Fuera de sí, con brutalidad, muy pálido, Giovanni aferró a Ethel por ambos brazos:

—¡Calla! ¡No vuelvas a decir eso! ¿Quién te lo ha contado? ¡Habla o no respondo de mí!

Ella forcejeó, en vano, por librarse de Webb.

—¡Suelta! ¡Me haces daño!

—¡No! ¡Dime primero quién ha sido! ¡Responde!

Ethel, serena pese a la violencia de la escena, provocada deliberadamente, dijo:

—¡Qué pronto se acabó tu cariño! ¡Mátame! ¡Sáciate con mi vida! ¡Y aún me pides que te crea!

Él, apartándose de la mujer, manipuló distraído en los mandos del aparato de televisión, esforzándose en calmarse. ¿Quién pudo informar a la muchacha de lo más vergonzoso de su vida de «gángster», de lo que le caracterizaba como a un ser sin escrúpulos y sin corazón?

Con pulso poco firme se sirvió *whisky* hasta mediar el vaso, apurando el licor de un sorbo.

—Discúlpame, Ethel. A veces no sé dominarme. ¿Vas a decirme la identidad del que te ha hablado tan mal de mí?

—Pensaba decírtelo para que estuvieras en guardia. Me visitó esta mañana el inspector Robert Hurley. Dijo que había investigado en mi vida, y que mis antecedentes eran buenos. Me previno contra ti, asegurando que eras un peligroso criminal, el más peligroso criminal de Estados Unidos. Se refirió también a tu vida íntima, a la desaparición de unas mujeres por las que nadie se interesaba. ¿Qué hay de cierto en todo esto? ¡Quiero saber la verdad!

Él vaciló unos segundos mientras, maquinalmente, seguía tocando los mandos del televisor.

—¡La verdad es que te quiero más que a nadie! El pasado no

importa, Ethel. Sólo el futuro, y el nuestro puede serlo de dicha.

—No es una respuesta. ¡Ahora soy yo quien te exige que...!

Una voz metálica, bien timbrada, sobresaltó a la muchacha por lo inesperada, mientras en el aparato de televisión se dibujaba una figura muy conocida para ella.

—Últimas noticias del «gangsterismo» en Nueva York. El inspector Robert Hurley, del

F. B. I.,

cuyo retrato contemplan, acaba de ser asesinado en plena calle. Un individuo hizo sobre él varios disparos de pistola, matándole en el acto. El agresor no ha podido ser encontrado. De nuevo clamamos desde estas antenas contra el crimen, y exigimos de las autoridades un...

Los dedos, nerviosos, de Giovanni cortaron la conexión mientras en su rostro reflejábase un sádico gesto de gozo.

—¡Lo hiciste tú! —le acusó ella.

Webb, con una sonrisa de hombre superior, repuso muy despacio:

—¿Yo...? ¡Qué absurdo...! Acaban de «liquidarle», según hemos oído, y llevo contigo cerca de media hora.

La muchacha, horrorizada por haber adivinado la verdad, se apartó del hombre hasta que no pudo hacerlo más por impedírselo una de las paredes.

—¡Mandaste asesinarle! ¡Eres un monstruo...! ¡Un monstruo!

—¡Calla!

—¡No quiero!

—Ese hombre tenía muchos enemigos. Cualquiera pudo matarle.

—¡Fuiste tú! ¿Cómo se puede vivir con un alma como la tuya? ¡Vete de mi casa!

—¿Tanto te preocupa ese hombre? Ya no es un peligro para nadie.

—Para ti continúa siéndolo. La Oficina Federal de Investigación se esforzará en capturar al culpable. ¡Me alegraré cuando te sienten en la silla eléctrica! ¡Monstruo! ¡Saca el revólver y dispara contra mí! ¡Hazlo antes de que advierta al

F. B. I.

cómo le burlaste, depositando una cartera con documentos en la cubeta de champaña!

—¡Calla o...!

Ethel desafió al *boss* con el gesto y la palabra.

—¡No me importan tus amenazas! ¡Lo haré...! ¡Ten la certeza de que lo haré!

—¡Me obligarás a...!

Con ánimo de acobardar a la muchacha, Giovanni llevó su diestra a la funda axilar. Ella horrorizada pero valerosa le desafió:

—¡Dispara! ¡Quiero que sepas que nunca te quise, que toleré tus insinuaciones amorosas con la esperanza de encontrar una prueba condenatoria!

Congestionado el rostro, Webb esgrimió el arma con rapidez, apuntando a la muchacha.

—¡Maldita seas! ¿Quién te encargó que lo hicieras? ¡Contesta o te mato!

—¡Tira ya...! ¡Cobarde...! ¡Cobarde!

—Tú lo has querido.

Giovanni frunció el entrecejo, disponiéndose a eliminar a la que le manifestaba de tal modo su repulsa, declarándose enemiga a muerte...

Alfred Jasper saltó de la butaca en la que descansaba de la dura jornada, al ver en la pantalla del televisor el rostro de su jefe y oír el anuncio de su asesinato.

Durante unos minutos permaneció inmóvil, respirando fatigosamente, apoyado en un mueble librería repleto de volúmenes. Sus facciones parecían esculpidas en piedra.

Ahora se daba cuenta de lo mucho que quería a su jefe. ¿Quién se enfrentaba al

F. B. I.?

¡Robert era el mejor hombre del mundo! Por eso le asesinaron.

Reaccionó de pronto, con una rabia incontenible. Sus dedos febriles se apoderaron de un revólver calibre 45. Modelo «Colt», colocándolo entre el cinturón y la camisa, y seguidamente ajustó la funda axilar, con una imponente «German Luger», a su torso y espalda.

—¡Malditos bandidos! ¡Yo les daré su merecido!

Terminaba de ponerse la americana e iba a salir, cuando el timbre del teléfono le sobresaltó. Al descolgar el auricular, el joven pudo observar que su pulso temblaba.

—Diga... Sí, soy yo... Acabo de enterarme... ¡Sé quién ha matado al inspector, y he de detenerle...! ¡Al diablo con las pruebas! ¡Estoy harto de que los forajidos se amparen en la Ley que no respetan...! Sí, son palabras de Hurley. ¡Me enorgullezco de haber estado a sus órdenes...! Sí. No; no le interrumpiré.

Una voz chillona, desde el otro lado del hilo, dio instrucciones a Jasper, quien, al escucharlas, crispaba más y más las mandíbulas.

—¡Acabe de una vez, jefe! —interrumpió—. ¿Por qué no me ordena que me vaya al cine y que envíe un ramo de flores como delicado obsequio a los criminales...? —La réplica debió de ser dura, pues el agente oprimió con fuerza el auricular—. Sí... Estaré en Center Street dentro de unos minutos... No tema. No actuaré por mi cuenta... A sus órdenes.

Colgó Alfred el microteléfono, permaneciendo unos segundos pensativo. Después, con un suspiro de resignación, de impotencia, se dispuso a dirigirse a la sede local del organismo policíaco al que pertenecía...

Ethel Fordham cerró los ojos mientras su espíritu, al borde de la muerte, se elevaba al Altísimo, en muda súplica de piedad, de misericordia. Por ello no pudo ver la terrible lucha del «gángster», que dudaba si apretar o no el gatillo.

Al fin, con un rictus amargo, tras unos segundos que a la muchacha parecieron siglos, dijo:

—¡No puedo matarte, Ethel! ¡Tú me has vencido! ¿Ves para lo que sirve el amor y la conciencia? Para convertir a un hombre en un pelele, para arruinar unas convicciones mantenidas durante años.

—Te equivocas, Giovanni —opuso ella con voz firme—. Nunca es tarde para salvarte. Hace unos minutos eras un miserable, un ser repugnante, insensible al perdón y a la bondad. Empiezas a ser humano, a dejarte ganar por los nobles sentimientos, únicos que perduran. El amor vence a la maldad. Ahora es cuando yo podría empezar a quererte. El monstruo acaba de morir.

Vacilante sobre sus piernas, la joven hubo de sentarse para no caer. Fueron demasiadas emociones. Webb continuaba en pie, en lucha consigo mismo, sabiéndose incapaz de hacer daño a la que amaba, a la que le había vencido.

—¿Actúas de acuerdo con el
F. B. I.?

Ethel miró con dulzura al que la interrogaba.

—No. Prometo no denunciarte. Sin embargo... ¡huye! ¡La Ley acabará venciéndote! Nadie la burla impunemente.

—¡Ven conmigo! Un avión nos trasladará a cualquier país de Hispanoamérica.

—No puedo hacerlo... Lo siento, Webb; pero el amor no se impone. Se gana con batallas en las que predomina la ternura. Acabas de vencer en una, al perdonarme la vida. No obstante... Es largo el camino para llegar a mi corazón.

Jadeante, Webb enfundó el arma, acercándose a la muchacha. En sus frases, cálidas, apasionadas, vibraba una incontenible pasión.

—¡Lo recorreré si me ayudas! Inmediatamente empezaré a liquidar todos mis negocios. Acabas de hacer de mí un hombre distinto, quizá el que deseé ser siempre.

—Junto a cada muchacho debiera haber un consejero leal, alguien que le indicara que el camino que parece fácil, el de la libertad sin límites, el del dinero ganado sin esfuerzo, es el más duro, el más penoso. Sólo con honradez y laboriosidad se consigue la dicha. El pasado abrumba a los que no tuvieron un pasado digno.

Compadecida de Giovanni, del que intuía trágico futuro del «gángster», Ethel puso una de sus manos, finas y bien cuidadas, sobre una del hombre, la misma que había empuñado la automática. El musitó:

—¡Eres muy buena!

—No soy tu enemiga. Antes me dejé arrastrar por la ira. Ahora me inspiras...

Calló, no atreviéndose a decir la palabra que pugnaba por brotar de sus labios. Webb, enderezándose más, preguntó, bronco:

—¿Lástima?

—No —apresuróse a rectificar ella—. Simpatía. Es la primera vez que te miro así. En el más corrompido corazón siempre hay un hálito de bondad. ¿A dónde vas?

Él, que se había dirigido al pasillo, se detuvo:

—¡Qué sé yo! —repuso titubeante—. Lejos del amor, a hundirme en mi desesperación.

Ethel no quiso detenerle. Comprendía el estado de ánimo de Giovanni.

—Lláname mañana —le dijo—. Quiero que paseemos juntos.

Una luz de gozo inundó las pupilas del hombre, quien, sin responder, dirigióse a la calle. Un reloj lejano hizo sonar una campanada, lenta, solemne.

Pese a la leve llovizna, Webb, con olvido de su automóvil, anduvo despacio, hundido en sus ideas, en su tragedia. No reparó en Joseph Popsky, que le seguía a distancia, extrañado de la actitud de su jefe, hasta que los dedos del polaco rozaron su hombro.

Giovanni volvióse con rapidez, la diestra en la culata del arma que ocultaba debajo del brazo, tranquilizándose al reconocer a Popsky.

—Hola —le saludó, secamente—. ¿Cómo por aquí?

—Hay novedades —repuso el hombre de confianza del boss—. Llamé a su casa, y al decirme uno de los criados que había salido, deduje que quizá estuviera con Ethel. Llevo media hora esperándole, no atreviéndome a subir.

—Hiciste bien. En mi coche hablaremos.

Renacía el hombre de presa en Webb, quien entró primero en el vehículo, poniéndolo en marcha. Joseph, a su lado, esperaba una pregunta que no tardó en producirse:

—¿Qué ha sucedido?

—El

F. B. I.

acaba de clausurar el *night-club*. No se nos ha permitido ni a los muchachos ni a mi recoger nuestros efectos personales.

—¿Hay dentro algo comprometedor?

—Nada, tan sólo papeles del negocio. Siguiendo su consejo lo llevé todo al hotel de la avenida Sedgwick.

—Bien. Vamos allá. Destruiremos cuanto pueda comprometernos dando por finalizada nuestra etapa de «gangsterismo» en Nueva York.

La sorpresa que tales palabras produjeron en el polaco se manifestó en el largo silencio, roto al fin por una voz tímida:

—¿Renuncia a la lucha, jefe?

—Sí. Vende al *night-club* apenas sea posible, y quédate con su importe. Entrega dos mil dólares a cada muchacho. Yo renuncio a lo mío en vuestro beneficio.

—¡Ese negocio es una mina de oro! Los federales, una vez que reconozcan su fracaso, nos permitirán seguirlo.

—Síguelo tú, entonces. ¡Yo dejo de ser el *boss* y disuelvo la banda! ¡Allá tú y los otros!

Un brillo irónico asomó en las pupilas del polaco.

—¿Tiene miedo, jefe?

Webb pisó a fondo el freno, deteniendo el vehículo para encararse con Popsky.

—¡Quiero acabar con todo esto! ¿Vas a oponerte?

Había tanta fiera en las palabras de Giovanni, que Joseph se apresuró a replicar:

—No soy quién para oponerme a nada. ¿Piensa en cómo reaccionarán los muchachos?

—Se alegrarán de recibir dos mil dólares, los que tú, vendas o no, debes entregarles. No os dejo en la estacada. Ninguna prueba existe contra vosotros. Que cada uno obre en el futuro como se le antoje.

Webb puso de nuevo en marcha el automóvil para cruzar el río Harlem por el puente de la calle 138 y adentrarse en el municipio de Bronx. La circulación de vehículos era grande debido a ser la hora de salida de teatros y cinematógrafos.

—¿No va a pedir rescate por Heinrich Ran?

—Le pondré en libertad, exigiéndole su palabra de honor de no delatarnos.

—¡Usted se ha vuelto loco, jefe!

Giovanni, vigilando a su antiguo cómplice, cuyo rostro se reflejaba en el espejo retrovisor, torcido a tal fin por él, masculló:

—¡La próxima vez que me pierdas el respeto, puedes considerarte entre los muertos!

La amenaza impresionó al polaco, quien nada dijo hasta que el automóvil se detuvo frente a un chalet, rodeado por un amplio jardín.

—Ve a abrir la verja. No conviene que dejemos el coche fuera.

Popsky obedeció, y a poco él y Webb penetraban en una casa en la que había un hombre de guardia. Era Stanley Morrison.

—¿Hay novedades? —preguntó Joseph.

—Ninguna. Ese tipo es pacífico y no da guerra. Parece un loco. En ocasiones habla solo.

—Voy para allá. Dame la llave.

—Tome, jefe.

El *boss* abandonó el *hall* en el que se había desarrollado el breve diálogo, y a través de un breve pasillo, llegó ante una puerta. Al franquearla se encontró cara a cara con un individuo de más de sesenta años, de pelo blanco y grandes arrugas en el rostro, que pregunto, sin que su voz temblara:

—¿Viene a matarme?

—No, Heinrich, quiero hacer un pacto con usted.

Webb cerró la puerta a su espalda y sacando su pitillera ofreció al alemán un cigarrillo.

—Gracias. Prefiero fumar de los míos.

Giovanni admiró la nobleza, la dignidad de su prisionero. Dijo, conciliador:

—A su gusto. ¿Qué tal le han tratado?

—Mejor de lo que esperaba. Escuche de una vez y para siempre. Ignoro las razones que han motivado mi secuestro, pero las imagino. Mis cabellos canosos, mi aspecto cansado no es sólo fruto de los años, sino de una vida azarosa. ¿Sabe por qué? —Webb no tuvo tiempo de responder—. Porque jamás me doblegué a lo que no consideraba justo. He sufrido cárcel, persecuciones... ¿Qué más da? Lo esencial es mirar la muerte, el futuro, con el alma limpia, y limpia la conciencia. Colaboro, en efecto, con las autoridades inglesas, a través de algunos de sus funcionarios en los Estados Unidos, limitándome a estudios sobre problemas asiáticos. Toda mi vida la dedique a la investigación, a hacer algo por mis semejantes. Si va a proponerme una cosa indigna, no lo haga.

Desconcertado por la serenidad de su interlocutor, sintiendo que su respeto iba en aumento, Giovanni repuso:

—Vengo a dejarle libre con una sola condición: la de que olvide los nombres y las fisonomías de sus raptos. Déjeme terminar. Soy hombre de muchos delitos, y el de su rapto es el menor de todos. Si alguna vez me captura la policía, usted no pensará en la balanza que incline al jurado. La otra alternativa es la muerte.

—¿No teme que, engañándole, le traicione?

—No. Sé que cumplirá su palabra. No me obligue a comportarme con dureza, Heinrich. Lo que le ofrezco es la libertad y la vida.

—¿Por qué?

Giovanni meditó unos segundos antes de responder, con un

encogimiento de hombros que lo mismo podía significar hartura que indiferencia.

—¡Qué importa! Hace una hora le hubiera mandado matar. Cada minuto del futuro es un misterio en la vida de los hombres. ¿Acepta mi proposición? ¡No sea suicida!

Heinrich Ran, con la mirada fija en su aprehensor, repuso:

—Me olvidaré de usted y de sus cómplices. No sé si darle las gracias o pensar que se trata de una nueva... No quiero ofenderle. Dios puede haberle tocado en el corazón. ¿Me da ahora ese cigarrillo?

—Con mucho gusto. Le acompañaré hasta la calle para que nada le ocurra. Salgamos.

Cedió el paso al alemán por cortesía, ignorando que aquel gesto iba a salvarle la vida. Apenas Ran hubo alcanzado el pasillo, varios disparos atronaron el silencio. Giovanni sintió el plomo aullar muy cerca de él, pero le fue posible esquivar la muerte merced a que Heinrich, que iba delante, encajó en el pecho tres balas. El alemán, al desplomarse muy cerca del «gángster», que había retrocedido, barbotó:

—¡Cobarde! Hice mal en concederle crédito. Usted es un...

Los ojos de Ran se abrieron más, hasta adquirir trágica fijeza. Webb, dominado por ciega furia, se esforzó en contener una ira que le impulsaba a afrontar la pelea, pese a la superioridad numérica de sus enemigos. ¡Popsky era un traidor! No culpaba a Morrison, influenciado, sin duda, por el polaco.

De espaldas en el suelo, a la entrada de la habitación que sirvió hasta entonces de calabozo al alemán, inmóvil, con el arma dispuesta, Giovanni, conocedor de la sicología de Joseph y Stanley, no movía un músculo. La espera, cara a la muerte, hubiese sido inaguantable para un hombre de menos temple que el *boss*.

Los segundos transcurrieron con lentitud para el que, fingiéndose alcanzado por las balas, aguardaba una oportunidad que no iba a tardar en presentársele.

Amparado en parte por el cadáver de Heinrich Ran, Giovanni sonrió con crueldad al oír la voz de Stanley:

—¡Vayamos a rematarle!

—Hazlo tú. Yo te cubriré...

Morrison no dejó terminar al polaco.

—¿Qué? ¿Te da miedo acompañarme? Si aún está vivo, le liquidaremos y en paz.

—Es muy peligroso. Quizá nos aceche para vengarse.

—Hemos de correr ese riesgo. Si él escapa, movilizará el «gang» contra nosotros.

Hubo una breve pausa durante la cual, Webb, que vigilaba el breve trozo de pasillo que le era posible ver desde el suelo, oía el latido acompasado de su corazón. Tenía fe ciega en su inteligencia. En muchas ocasiones, a lo largo de sus años de fuera de la Ley se enfrentó a adversarios más temibles que Popsky y Morrison venciendoles siempre.

Con el dedo en el gatillo de su «German Luger» sin distraerse dolorido por la idea de que Heinrich Ran murió en la certeza de que él era el culpable de su muerte, Giovanni estremeciéndose de gozo al percibir las pisadas leves por la cautela de sus dos enemigos que avanzaban por el corredor con las armas a punto de disparar. No llegaron a hacerlo. Apenas Webb les tuvo a tiro, brotaron dos llamaradas de su automática, y Joseph y Stanley cayeron a tierra, taladrada la frente.

Sólo entonces se incorporó. Y luego de cerciorarse de que sus antiguos cómplices eran cadáveres, entró en un despacho, frontero al sitio en el que se hallaba, y, con precipitación, metió varios sobres y papeles en una abultada cartera de mano, alcanzando el jardín. Había actuado con la máxima rapidez, temeroso de que algún agente de la Metropolitana hubiese oído los disparos, cosa poco probable debido el gran tráfico de Bronx.

Ya en su automóvil, salió a Sedgwick Avenue, dirigiéndose a toda marcha a su domicilio de la avenida del Parque, con el propósito de destruir las pruebas comprometedoras de su doble actuación de «gángster» y de miembro de un Servicio Secreto asiático, que llevaba a su izquierda, en el vehículo.

Mientras conducía, no dejó de pensar en Heinrich Ran. ¿Iba a serle imposible abandonar la senda del delito? La reacción de Popsky quizá fuese también la de los demás miembros de la banda. «¡Impondré mi autoridad aunque sea a tiros!», se dijo. ¡A tiros! Eso era lo que deseaba evitar. Había prometido a Ethel no complicarse en nuevos actos criminales.

¡Ethel! «Dios puede haberle tocado en el corazón». Las palabras

del alemán confundíanse en su cerebro con el recuerdo de la mujer.

En Manhattan, previo cruce del Harlem River, aminoró más la velocidad del coche con el fin de pensar en su futuro. La muerte de Popsky simplificaba muchos problemas.

Encerró el automóvil en un garaje inmediato a su casa, haciendo a pie el resto del camino, con la cartera en la que llevaba unos documentos por los que el

F. B. I.

y el Servicio Secreto hubiesen dado millones.

Al encontrarse en su gabinete de trabajo, amplio y amueblado con exquisito gusto, respiró con alivio. Después de encender un cigarrillo se dispuso a sacar los papeles que proyectaba destruir. No llegó a hacerlo. Unos golpes discretos en la puerta, le sobresaltaron.

—¿Quién es?

—Soy yo, señor Webb —repuso la voz de su mayordomo, hombre que ignoraba las delictivas actividades de su jefe—. Un joven quiere verle. Dice que es urgente.

—¿A esta hora? ¿Le ha dado su nombre?

—No. Es un camarero de un restaurante de Nueva Jersey, según afirma. Vino varias veces. ¿Le digo que vuelva mañana?

—Que pase. Tal vez se trate de algo de interés.

Descorrió el cerrojo interior, no sin antes colocar su «German Luger» en el bolsillo lateral de su americana para tener empuñada el arma cuando el camarero entrara. ¿Sería Luigi Rosetti, el dueño del restaurante de Palisade Avenue? ¿Una nueva complicación en la red de espionaje?

Se sorprendió al reconocer al hombre al que entregó la cubeta de champaña, con los documentos de que le hizo entrega Joseph Popsky después del asesinato del diplomático, segundos antes de que Robert Hurley se acercara a detenerle.

El camarero era joven, también italiano, como todos los empleados del restaurante de Rosetti, y no formaba parte del Servicio Secreto, precisamente por no confiar en él a causa de sus pocos años.

Al ver cómo el recién llegado se quedaba en la puerta con timidez, el «gángster» dijo:

—Pasa, muchacho. ¿Cómo te llamas?

Había adivinado los motivos de la visita, y quiso darle una

lección que no olvidara fácilmente, evitando la violencia.

—Leandro Vicenzo, señor.

—Hace un rato pensaba en ti. Te debo una propina por el favor que me prestaste. ¿Te parece bien quinientos dólares?

Por el gesto de asombro del camarero, Webb dedujo que la cifra colmaba sus inmediatas ambiciones.

—Lo que usted quiera.

—¿Era eso lo que me ibas a pedir? Vamos, sé sincero, Te prometo no enfadarme.

Leandro Vicenzo vaciló, ruborizándose. «No es mal muchacho», se dijo Giovanni para sí.

—Verá... Yo...

—¡Habla sin miedo!

La sonrisa de cordialidad de Webb tuvo la virtud de tranquilizar al camarero.

—Voy a casarme... Me dije que quizá... El sueldo no da para esos gastos. Tengo ahorros, y quisiera que mi mujer y yo fuésemos a Nápoles para que ella conociera a mis padres.

Giovanni extrajo del bolsillo del pantalón un grueso rollo de billetes, separando cinco de a cien dólares.

—Toma lo prometido. ¿Quieres oír un buen consejo?

—Diga, señor —repuso el joven, apoderándose con avidez del dinero.

—El chantaje es una forma de delito, quizá la más peligrosa. Si eres honrado no te apartes de la Ley. ¡Nunca desafíes a los que son más fuertes que tú, aunque creas poder asustarles! ¡Una bala lo resuelve todo! ¡Te estoy encañonando desde que entraste! ¡Mira!

Webb sacó la «German Luger», mostrándola al asustado camarero, quien hizo ademán de devolver los quinientos dólares, a la par que intentaba hablar. Giovanni no se lo permitió:

—¡Calla ahora! —ordenó, imperioso, serio el rostro—. Guárdate esos billetes y olvídate de que existo. Ningún tribunal sería capaz de condenarme por la declaración de un chantajista. Hay aparatos de cinta magnetofónica que registran diálogos, y otros diversos procedimientos. Al regreso de tu viaje de novios te daré otra cantidad igual para que empecéis la nueva vida sin agobios económicos. ¿Os queréis mucho?

—Sí. Ella trabaja en una oficina, como mecanógrafa.

—Entonces, ¡no os apartéis nunca del buen sendero! Es el consejo de un hombre que cuando se creía en la cima del poder, se da cuenta de que nada vale que no sea cimentado con el trabajo y la honradez. ¡Vete ya!

Giovanni había guardado su arma en la funda axilar, y tornaba a sonreír, satisfecho de haberse vencido, de haber matado para siempre el monstruo.

Al ver cómo el camarero abandonaba el despacho, feliz por escapar con quien, Webb dijo en alta voz, deseoso de escuchar el nombre de la mujer amada:

—Ethel se sentiría orgullosa de mí.

—¡Ethel te desprecia! ¡Quieto! ¡No hagas el menor movimiento!

Giovanni volvióse con rapidez, y su estupor no tuvo límites al verse encañonado por Richard Miles, que surgía de detrás de uno de los amplios cortinajes que separaban el despacho del dormitorio del boss.

—¿A qué se debe esto? —inquirió Webb, sin perder la serenidad—. ¿También tú vas a exigirme más dinero?

—No. Llevo en tu alcoba más de dos horas, esperándote. Entré por una de las ventanas de la planta baja.

—¿Oíste mi diálogo con el que acaba de marcharse?

—Sí.

—Entonces no necesito decirte que deseo rectificar mi vida, situarme dentro de la Ley. Ethel me ha hecho comprender muchas cosas y...

—¡No sigas la comedia! —le reprochó ásperamente Miles, interrumpiéndole—. Puedes engañar a una mujer y a ese individuo que acaba de marcharse. A mí no. Morirás como un «gángster», en la silla eléctrica. ¿Supones que se pueden borrar todos tus crímenes? Es preciso que respondas de ellos ante un tribunal.

—¿También del de Robert Hurley?

—¡También! ¡Llegó tu hora, Giovanni!

El boss, venciendo el desconcierto que le dominaba, aplastó la punta de su cigarrillo en un cenicero de mármol y se dispuso a encender otro, mientras inquiría con sorna:

—¿Vas a darme lecciones de moral? ¿Tú? ¿Un asesino a sueldo?

—Te equivocas. Ya es hora de que sepas cuáles son mis cartas en este juego a muerte.

—¿Vuelves a tutearme? El próximo viaje a la Estatua de la Libertad será definitivo para ti.

—No te daré tiempo a realizarlo. Prepárate a recibir una sorpresa. Pertenezco al Central Intelligence Agency. Mi única misión era la de descubrir tu doble personalidad de «gángster» y de espía. Lo primero puedo demostrarlo en cualquier momento; lo segundo... Creo que en esa cartera encontraré las pruebas. Te sabes acosado, y te propones borrar todo rastro. He visto cómo intentaste abrirla, desistiendo al ser te anunciada la visita del camarero. Ahora estás inquieto, has perdido tu aplomo.

—¡Servicio Secreto! —repitió Webb, sin dar crédito a lo que oía.

—Sí. Actúo contraviniendo las órdenes de mis jefes, deseoso de terminar lo que empecé antes de que...

Miles calló, no queriendo confesar la amenaza de ceguera que pesaba sobre él.

—¿De qué? —inquirió Giovanni.

—¡No importa! ¿Sabes cuál es mi verdadero apellido? Tower. ¡Soy hermano de Larry Tower, del hombre que tú mataste a traición!

Richard hablaba midiendo mucho cada una de sus palabras, muy despacio, cual si se gozara con el asombro del que, muy pálido, había retrocedido un paso.

—¡Mientes! —negó Webb, asaltado por el recuerdo de aquel crimen—. ¡Dime que mientes!

—¡Es la verdad! ¡Prometí vengarme, y ha llegado el momento!

—¡Dispara de una vez! ¡La ventaja está de tu parte! —el «gángster», en el que se estaba verificando un notable cambio, fruto del amor que experimentaba por Ethel, inclinó la cabeza con pesadumbre—. Quizá sea lo mejor. Tienes razón. No se puede prescindir del pasado.

Mordiéndose las palabras, sin creer en la regeneración de Webb, Richard replicó:

—¡Basta de comedias! ¡Apártate de la mesa! ¡Hazlo antes de que dispare!

Giovanni obedeció, sintiendo renacer el espíritu de lucha que le había conducido desde el arroyo hasta la jefatura del más poderoso «gang» de Nueva York, en una rápida carrera de crimen y violencia.

—Podemos llegar a un acuerdo, Richard.

—No hay acuerdo entre tú y yo. Jamás podré olvidar que eres el asesino de mi hermano.

—¿Vas a matarme ya?

—Te entregaré a mis camaradas para que ellos te interroguen.

Miles tomó en su diestra la cartera de mano del boss, e iba a ordenar a Webb que caminara delante de él, cuando las sombras comenzaron a envolver sus ojos. Seguro de que iba a ser acometido por un nuevo ataque de ceguera, se dispuso a evitar que su enemigo se diera cuenta.

—¡No muevas ni un músculo, Giovanni o eres hombre muerto!

Necesitaba tener la certeza de que su enemigo permanecería inmóvil durante su falta de visibilidad.

Mientras las tinieblas le invadían, hasta borrar por completo todo lo que le rodeaba, Richard comenzó a hablar:

—La soberbia es la peor consejera de los humanos. Quisiste convertirte en rey del hampa, en un nuevo Al Capone, y vas a acabar en la silla eléctrica. ¿No conoces cuál es la nueva organización de la policía de Nueva York? Voy a detallártela para que comprendas cómo es imposible burlarla...

El joven miembro del Servicio Secreto hablaba, angustiado íntimamente. Si Giovanni sospechaba la verdad, podía considerarse perdido. Por su parte, Webb, extrañado de la conducta de su adversario, de que perdiese el tiempo en divagaciones sin sentido, llegó a la conclusión de que algo anormal sucedía. ¿Qué?

Al notar el rápido parpadeo de Miles, un rayo de esperanza inundó al boss, quien, muy despacio, empezó a moverse hacia la derecha. Tan silenciosamente actuaba que Richard, al no advertir la maniobra de Webb, quedó apuntando al vacío.

Seguro de su superioridad, con el único deseo de apoderarse de la cartera de documentos, sin ánimo de matar al que se había confesado agente del Servicio Secreto americano, al que admiraba por su valor e inteligencia, desenfundó su «German Luger» y, empuñándola por el cañón, se dispuso a sorprender a su enemigo por la espalda para hacerle perder el sentido de un golpe en la nuca.

El avance de Giovanni era lento, estudiado. No prestaba atención a la inagotable charla del ciego, quien, notando un leve roce a su izquierda, ordenó:

—¡Habla, Webb, o disparo!

Quería orientarse por la voz del *boss*, pero éste, comprendiendo la intención que animaba a Richard, se dispuso a saltar sobre él y sumirle en la inconsciencia.

La pistola surcaba ya el aire a escasos centímetros de la cabeza de Miles cuando éste, dejándose guiar por el instinto, alzó el brazo con la voluminosa cartera, protegiéndose de su invisible enemigo. El golpe quedó así amortiguado, y Richard, dejando caer el arma, inservible para la lucha, así como la valija de cuero, pudo aferrar al «gángster» por la muñeca armada, retorciéndosela con tanta fuerza que Giovanni soltó la automática mientras giraba el cuerpo para evitar la fractura del brazo, consiguiendo, a la par, libertarse. Se inclinaba ya Webb para asir la cartera, cuyo contenido deseaba destruir, pero el joven, a ciegas orientándose por el ruido, cayó sobre el *boss*.

La desventaja de la falta de vista era compensada por la furia de Miles, quien sujetaba a Giovanni para impedir que escapara, encajando fuertes golpes en el rostro que, en breves segundos, quedó convertido en un amasijo sanguinolento. Sin embargo, aferrado a Giovanni, no le soltaba, defendiéndose a la desesperada. Al sentir que irnos dedos le rozaban la garganta, mordió la muñeca de Webb con tal fuerza que llenósele la boca de un líquido espeso, mientras se oía un grito de dolor lanzado por un contrincante.

—¡Maldito seas, Richard!

—¡Maldito tú, «gángster» cobarde, asesino y espía!

Prosiguió la lucha, una lucha tenaz, encarnizada, entre la Ley y el crimen. Todo el afán de Miles era ganar tiempo en espera de que pasara el ataque que padecía para poder apresar a su antagonista y, con las pruebas que tanto preocupaban al Servicio Secreto, resolver de una vez y para siempre el enigma de la actuación de Giovanni en su doble condición de «gángster» y de jefe del Servicio de Información de una potencia extranjera.

Sin embargo, la luz no llegaba a sus ojos, y sus fuerzas comenzaban a debilitarse por el duro castigo recibido. De vez en cuando conseguía alcanzar a su enemigo con algún golpe, no siempre dado en el rostro.

Los brazos y las piernas de Richard rodeaban el cuerpo de Webb, convencido de que la distancia le era fatal. Giovanni, por tal motivo, se veía imposibilitado para dar contundencia a sus

derechazos.

—¡No quiero matarte, Miles!

—¡No podrás conmigo! —Fue la apasionada respuesta—. Me asiste la justicia.

—¡Loco!

Con ciega ira, dispuesto a todo, Giovanni, contorsionándose para librarse de la tenaza de su adversario, se dispuso a terminar como fuese aquella pelea, que se prolongaba peligrosamente para él. Su puño derecho machacó una y otra vez las ya tumefactas facciones del bravo miembro del Servicio Secreto...

CAPÍTULO IX

LA RED SE CIERRA

—¿Quiere enviarme a un hombre de confianza? Deseo que el
F. B. I.

coopere en la detención de Eric Drake. Soy René Carpentier, comisario del Servicio Secreto.

Alfred Jasper, que había descolgado el teléfono, repuso, con visible excitación:

—¡Desde luego! Espere —tapó el micro con una mano, y volviéndose a su jefe, le comunicó el ruego del Central Intelligence Agency—. ¿Puedo ir yo? —Obtuvo el asentimiento con un gesto—. ¿Dónde voy a buscarle, señor Carpentier?

—Aguárdeme dentro de un cuarto de hora en el vestíbulo del Museo Metropolitano de Arte. Sea puntual.

—Descuide.

Jasper colgó el auricular y, con un saludo a su superior, abandonó el despacho de Center Street. No disponía de mucho tiempo para llegar al punto de cita por lo que, prescindiendo de vehículos particulares, montó en un automóvil de la Patrulla Móvil, estacionado a escasa distancia.

—Soy del

F. B. I.

—dijo a un sargento, mostrando sus credenciales—. Necesito estar en doce minutos en el «Metropolitan Museum». Olvídense de que existen leyes de tráfico.

—A la orden, señor. Ya has oído, Davis.

El chófer, un agente de ancho cuello y cabeza teutona, asintió mientras pisaba el acelerador. Lanzado como un bólido, el coche fue adelantando a los numerosos vehículos.

—¡Haga sonar la sirena! —ordenó Alfred.

—Nos lo han prohibido —repuso el conductor, sin volver la cabeza.

—Olvídese de las prohibiciones.

El chófer, encogiéndose de hombros, hizo lo que el del

F. B. I.

le indicaba, y todos los vehículos se apartaron para dar paso al automóvil policíaco.

Jasper, nervioso, encendió un cigarrillo. ¡La detención de Erik Drake quizá aclarase muchos extremos de la conducta de Giovanni Webb! Al arrojar a través de la ventanilla, la punta del Philip Morris que fumaba, la brasa se deshizo en multitud de chispas; tanta era la velocidad del vehículo.

A la puerta del Museo Metropolitano de Arte, enclavado en el Central Park y una de cuyas fachadas comunica con la Fifth Avenue, Alfred se apeó, creyéndose obligado a decir una frase amable a los que le condujeron hasta allí.

—Gracias, sargento. Aún sobra un minuto.

—A sus órdenes.

Iba a subir de dos en dos los escalones de piedra que separaban el vestíbulo del exterior, cuando un hombre se interpuso en su camino.

—Soy Carpentier.

—Yo Alfred Jasper, del Federal Bureau of Investigation.

—Se ha adelantado. Lo celebro. Drake acaba de llegar de San Francisco, y se encuentra en un *cabaret* de la calle 96. Traje mi coche. Vamos para allá. Tendrá usted que detenerle, en virtud de las atribuciones que les otorgó el Senado. Es seguro que le rodean unos cuantos guardaespaldas. Posiblemente la captura no sea fácil.

—¡Sé cómo tratar a los bichos de su calaña!

—Vamos a mi coche. Debe prometerle buen trato, asegurándole que una vez se le interrogue será puesto de nuevo en libertad.

Jasper, que iba a entrar en el automóvil, se detuvo, mirando con asombro al del Servicio Secreto.

—¿Es eso cierto?

—Sí. Nos faltan muy pocos datos para cerrar la red que ha de contener una gran presa: Giovanni. Erick Drake es fundamental, si le convencemos para que hable. De eso me encargo yo. Lo que

interesa es que acceda a salir con nosotros, y no provoque una lucha en la que llevaríamos la peor parte.

—¿Tiene a sus hombres en el local?

—Sólo hay uno.

Atónito, Alfred tomó asiento junto a Carpentier, que puso en marcha el motor.

—No le entiendo, comisario.

—Va a comprenderme fácilmente. Quiero que Eric Drake nos acompañe como amigo, y no como detenido. Sé que es difícil, pero confío en su diplomacia... y en la mía, naturalmente.

—¡Usted sabrá lo que hace!

Una leve sonrisa iluminó el rostro de René Carpentier al responder:

—Creo que sí.

Invirtieron escasos minutos en el recorrido, y al detener el vehículo, el comisario hizo una última recomendación a su colaborador.

—No use la violencia, a no ser para salvar la vida.

—Lo tendré presente.

Un portero, de raza negra, saludó respetuoso a René y a Alfred, quienes, dejando el automóvil en una zona de aparcamiento de coches, inmediata al *cabaret*, penetraron en el establecimiento, uno más de los lujosos locales de diversión de Nueva York.

La gran sala, repleta de mesas excepto en el centro, dedicado a pista de baile, era una Babel de voces en diversos idiomas, carcajadas y taponazos de champaña. Un hombre de paisano hizo un guiño a Carpentier, señalando el gran tablado de las atracciones y la orquesta. Jasper, que conocía a Erick Drake a través de la ficha policial y por haberle visto en otras ocasiones, fue el primero en divisar al «gángster»:

—Ahí está, señor Carpentier. Con una rubia.

—Sí. A todos estos individuos les acompañan siempre mujeres. En la mesa contigua hay cuatro hombres. Son sus secuaces. No hemos de perderles de vista. Tome usted la palabra. Yo intervendré en el momento oportuno.

—De acuerdo.

Avanzaron por entre la extraordinaria concurrencia del *night-club*, hasta detenerse frente al *boss* rival de Webb. Alfred, conocedor

de la sicología de tales individuos, dijo, dirigiéndose a una rubia teñida, de provocativo aspecto:

—Vete a dar una vuelta por ahí. He de hablar con tu amigo.

Ella miró interrogante a Drake, cuyo rostro habíase tornado serio, borrando su cínica sonrisa de hombre de mundo.

—Haz lo que te dicen, Day; pero no te separes mucho.

La mujer, con un gesto despectivo hacia el del

F. B. I.,

se alejó de Eric. Jasper, sentándose sin que el otro le invitara, fue a servirse una copa de champaña, pero Drake la derribó de un manotazo, rompiéndola sobre el mantel.

—¿Quién es usted y qué quiere?

—Ser su amigo y hacerle un doble servicio. Siéntese, comisario.

El «señor» —matizó la palabra— no va a molestarse.

Carpentier hizo lo que el del

F. B. I.

le indicaba, sin volver la espalda a los cuatro hombres, que no dejaban de observarles. Algunos, habían metido la mano derecha en los bolsillos laterales de las americanas, sin duda empuñando armas.

Alfred, tras una breve pausa, declaró, con tono amable:

—Pertenezco al Federal Bureau of Investigation, y deseo que charlemos un rato aquí y otro en mi despacho. ¿Tiene inconveniente?

Erick Drake, cuyo negro y espeso bigote daba dureza a sus facciones de hombre de presa, sacó un paquete de cigarrillos, ofreciendo a sus interlocutores.

—A lo primero no me opongo. A lo segundo... Nada hay contra mí para que se me detenga.

—Veo que ha comprendido mal, Eric. Nadie habla de detener ni hemos venido a eso. Queremos hacerle...

—Sí; dos favores. Ya lo advirtió antes. Vamos al grano. No me gusta perder el tiempo.

Jasper sonrió con falso gesto de amabilidad.

—Nadie lo pensaría viéndole con esa rubia. ¡Hermosa mujer!

—Son cuestiones privadas. ¿Va a darme lecciones de moral? Actúo dentro de la Ley y... —Alfred le ofrecía lumbre, y encendió, así como Carpentier—. Gracias. Nunca he sido tratado tan

amablemente por los federales. ¿Qué quieren de mí?

—Su ayuda. Siempre es buena tener amigos en el

F. B. I.

¿No cree?

—Depende. Continúe.

—Tenemos en nuestro poder datos más que suficientes para llevar a un hombre a la silla eléctrica, o a

Sing-Sing

para toda su vida. Depende del jurado. Ese hombre se llama...

El joven agente del Federal Bureau of Investigation hizo una pausa espectacular. En el escenario actuaban varias *girls* que danzaban una rumba muy movida, a los acordes de una orquesta de negros.

—Se llama Giovanni Webb.

Chispearon los ojos de Drake, cuyas pupilas animáronse con brillo homicida.

—¡No soy un soplón! Ese tipo no me gusta, pero...

—¡Calle! —le interrumpió Alfred—. Antes de negarse quiero que sepa mis propósitos y las ventajas que le reportará ayudarme. Por lo pronto, la zona de Manhattan que controla Giovanni será suya. No es un mal negocio, ¿verdad?

—Es posible —repuso, evasivo, el «gángster».

—Lo que el

F. B. I.

espera de usted es de suma importancia. Se le tratará con más benevolencia en el supuesto, no muy improbable, de que, tarde o temprano, nos enfrentemos a muerte. ¿Va comprendiéndome?

—Demasiado —masculló Drake—. Continúe. ¿Su compañero es mudo?

—Es hombre de pocas palabras. Sin embargo, no se fíe de él, puede disparar muy deprisa y no le importa que sus enemigos sean cuatro veces superiores en número. Venga con nosotros, Eric. Contestará a lo que desee, y nada más. No le haremos comparecer ante ningún jurado. Si se niega...

Alfred hizo una seña a un camarero que pasaba, pidiéndole, con el gesto dos copas. Eric, ante el prolongado silencio del miembro del

F. B. I.,

inquirió:

—Si me niego, ¿qué?

—Entonces, yo y mis hombres meteremos las narices en todos sus asuntos, volviéndonos bastante insoportables. Ya conoce nuestros métodos de trabajo.

Eric frunció el ceño para preguntar, con gesto altanero, de hombre superior:

—¿Me amenaza?

—Nada más lejos de mi ánimo. Entre nosotros la amistad no es posible; pero podemos no ser enemigos personales. Hoy le necesito, Drake, y le pido un favor. El mundo es muy pequeño, y nuestros dos caminos se cruzarán muchas veces. Yo correspondo siempre en bien o en mal.

Jasper miró al comisario en petición de un gesto aprobatorio, o en el caso contrario de un signo de disgusto. Carpentier inclinó la cabeza, asintiendo, lo que motivó un nuevo comentario sarcástico de Drake.

—Su amigo no cesa de aturdirnos con sus gritos. Esté tranquilo. Nadie disparará mientras tengamos los tres las manos sobre la mesa. Siga. Le escucho con interés.

—Bebamos primero. Ahí nos traen las copas. ¿Va a romperlas?

—No. Tomen lo que quieran.

El camarero depositó dos copas de champaña sobre la mesa, retirando los vidrios de la anterior. Alfred, flemático, sin nervios en apariencia, sirvió el vino espumoso para él y su camarada. Después de que hubieron bebido, el del

F. B. I.

encaróse con el «gángster».

—El Senado autoriza a los federales a efectuar detenciones sin mandamiento judicial. Puedo llevármelo quiera o no, aunque sea a tiros. No lo haré. Me interesa como colaborador.

Eric Drake aplastó la punta del cigarrillo en un cenicero plástico, con el anuncio de

«Coca-Cola»,

la bebida más popular de los Estados Unidos, y, mirando con fijeza a Jasper, dijo:

—Mezcla el ruego con la amenaza. No ignoro que los del

F. B. I.

están facultados para detener en cualquier momento; pero también sé que nadie puede vulnerar la Constitución de un país libre como el nuestro, y que mis abogados son capaces de arruinar la carrera de cualquier policía.

—Quizá. La juventud es impulsiva, Drake, y no me asustan las consecuencias. Dos ventajas. Se lo repito por tercera vez. Quitar de en medio a un competidor implacable y ser bien visto por nosotros. Eso es lo que le ofrezco.

—¿Qué quiere saber?

—Aquí no. Charlaremos en otro sitio. ¿Nos acompaña? El champaña es bueno, pero no somos amigos de perder el tiempo.

—Su amigo tampoco perderá las palabras. Se lo aseguro. Creo que no me queda otra alternativa que ir con ustedes. Los federales gozan fama de cumplir sus promesas. ¿Me asegura que podré marcharme cuando lo desee, sin abogados ni fianzas?

—Sí. ¿Hay inconveniente, comisario?

—En absoluto —fue la breve respuesta.

—Antes de levantarnos —ironizó de nuevo Eric— tomemos un trago para celebrar el largo discurso de su compañero.

El «gángster» alzó su copa, y Carpentier le imitó. Sólo Alfred se puso en pie.

—No me gustan las burlas a cuenta de terceros, Drake. Y diga a sus «secretarios» que dejen las estilográficas en paz.

—Buen consejo. Son chicos impetuosos, y pueden pensar que voy en contra de mi voluntad.

Drake se aproximó a la mesa ocupada por los cuatro hombres, cruzando con ellos breves palabras. Luego, sin más comentarios, dirigióse a la puerta, seguido de Alfred y de René, quienes se regocijaban del feliz éxito de su misión.

Al ir a montar en el automóvil del comisario, Eric vaciló unos segundos, decidiéndose, al fin, con brusquedad.

—No tema, Drake. Hoy no le ocurrirá nada. En el futuro... Eso, en definitiva, depende de usted.

—Procuro que el

F. B. I.

no se interese por mis negocios. La policía metropolitana es más... ¿cómo decirlo?

—¡De ninguna manera! ¡No quiero oírlo!

El comisario del Servicio Secreto enfiló la calle 86, camino de la sede central del

C. I. A.

Al observar Drake la ruta que seguía el coche, preguntó, sin disimular su inquietud, con la diestra cerca de la funda auxiliar en la que llevaba un revólver de grueso calibre.

—¿No vamos a Center Street?

—No. El problema que nos afecta corresponde al Servicio Secreto. Mi compañero...

—El silencioso... —Tornó a burlarse el *gángster*.

—Mi compañero —continuó el joven, imperturbable— es comisario del Central Intelligence Agency.

—Creí que el contraespionaje dentro de los Estados Unidos corría a cargo de los federales.

—Así es, excepto en los casos en que los problemas tienen una órbita internacional, como el que nos preocupa. Entonces se destaca a agentes del extranjero o se comisiona a algunos de los miembros que residen en el territorio nacional para que actúen coordinados con el

F. B. I.

El hecho de que Eric no preguntara qué tenía que ver el Servicio Secreto con Giovanni o con él, hizo comprender a Carpentier que Eric sabía en qué iba a consistir el interrogatorio. Así fue. Ya en su despacho, la primera pregunta del comisario obtuvo una respuesta satisfactoria...

Sangrando por las cejas, la boca y la nariz, Richard Miles siguió aferrándose a la desesperada a Webb, ya casi en el límite de sus fuerzas. Giovanni, que golpeaba al joven con ferocidad, logró incorporarse, jadeante.

—¿Me denunciaste tú cuando lo del Holland Tunnel?

—Sí. No identificaron a James. Yo corté también el lastre de su cadáver. ¡Ensáñate con un ciego! ¡Mátame de una vez!

—No mancharé de nuevo mis manos de sangre. Me iré con la cartera. Confío en abandonar los Estados Unidos.

—No escaparás.

Tan fatigado estaba el *boss* que, considerándose impotente de dar un paso, hubo de esperar varios segundos a que su respiración se acompasara y sus piernas recobraran la vitalidad perdida.

Richard, también en pie, parpadeó fuertemente, con un sentimiento de gozo al observar que la claridad le volvía a los ojos, y que ya divisaba, algo borrosa, la figura de su enemigo. No dijo nada, gozándose con la sorpresa que iba a experimentar el que se aproximaba con cautela a la cartera y a la «German Luger», caídas ambas a la izquierda del miembro del Servicio Secreto. Al ir el boss a recoger los documentos y el arma, Miles saltó sobre él, gritando:

—¡Ya no te enfrentas a un ciego!

Un izquierdazo de Richard hizo retroceder a Giovanni hasta la puerta del despacho, tambaleándose. Al apoyarse en la hoja de madera y tocar el picaporte, Webb no tuvo otro deseo que huir, con olvido de lo que no fuese su libertad y, en un rápido movimiento, abandonó la habitación, dando por el exterior dos vueltas a la llave.

El del Servicio Secreto, sin vacilaciones, se inclinó para apoderarse de una pistola, y disparó una y otra vez contra la cerradura, más resistente de lo que supuso en un principio. Agotado el cargador, hubo de lanzarse en tromba contra la puerta hasta conseguir forzarla.

Pero había perdido unos minutos preciosos. Al alcanzar el jardín y la calle, no divisó al *gángster* por parte alguna. El tráfico de Park Avenue era muy intenso, e imposible localizarle ya, por lo que pretendió entrar de nuevo en la casa. Su asombro fue grande al ver cerrado el acceso principal. La idea de que Giovanni, burlándose, se hallaba dentro para destruir los documentos contenidos en la cartera pareció enloquecerle, y comenzó a golpear en la madera con la culata de su automática. Una voz tímida inquirió desde el interior:

—¿Quién es?

—¡Abra!

—¡Váyase o llamo a la policía!

—¡Pertenezco al Servicio Secreto! Le acusaré de complicidad con Webb.

—Haga lo que guste. Le acabo de ver por la mirilla, y es usted el mismo que bajaba hace un momento con una pistola en la mano. Venga acompañado por agentes de uniforme, o no le abro. ¡Soy el mayordomo! ¡Debo velar por los intereses de mi señor!

—¡Apártese! ¡Voy a destrozar la cerradura!

Richard metió un nuevo cargador en su automática e hizo un

disparo al aire para que el criado se apartase de detrás de la puerta y también con el objeto de atraer la atención de los miembros de la Metropolitana, de vigilancia en aquel sector de la ciudad. Cinco minutos más tarde obtuvo lo que deseaba: hallarse en el interior del despacho, donde pudo comprobar que la cartera continuaba en el suelo, y verse rodeado de varios agentes de la Ley a quienes descubrió su personalidad. A falta de documentos acreditativos, dijo a un cabo:

—Llame a la sede del Servicio Secreto en Nueva York y póngase al habla con René Carpentier. Él testificará lo que acabo de decirle. No corte la comunicación. Quiero hablar con él.

Tan enérgicas eran las palabras de Miles, que el de la Metropolitana no se opuso a tal comprobación. Al terminar su diálogo con el comisario, oyó la voz irritada de éste:

—¡Que se ponga ese loco al aparato!

Miles lo hizo, y con sus primeras palabras consiguió calmar la irritación de su jefe.

—¡No abra esa cartera! ¡Venga inmediatamente con ella! Tenemos aquí a Eric Drake.

—A la orden, señor. —Colgó el auricular—. Es necesario, cabo, que nadie entre ni salga de esta casa. ¿Puedo confiar en usted?

—Por completo.

—Volveré de nuevo con miembros de los Servicios Especiales. Hasta entonces no debe moverse de aquí. Aunque creo que el mayordomo es inocente, ocúpese de que no huya.

—Así lo haré. Utilice nuestro coche para desplazarse y vuelva en él.

—Gracias, cabo. Ya pensaba hacerlo.

Durante el recorrido desde la avenida del Parque hasta la sede del Servicio Secreto, Richard no dejaba de acariciar la valija de documentos, sintiendo el afán de examinar su contenido. Le contuvo la idea de que quizá se cayera alguno en el interior del vehículo, que tomaba las curvas a fantástica velocidad, casi siempre con dos ruedas laterales en el aire, y el deseo de no desobedecer más las órdenes de sus superiores.

Al entrar en el gabinete de trabajo de Carpentier, éste le miró con seriedad, sin hacerle ningún reproche. Al otro lado de la mesa, Eric Drake y Alfred Jasper fumaban.

—Siéntese, Richard —dijo el comisario—. Antes de que nos ocupemos de usted, quiero que sepa las últimas novedades. Drake acaba de aclararnos muchos puntos oscuros. Webb se dejó encarcelar para ponerse al habla con el lugarteniente de Eric y proponerle que él y sus hombres, dos de ellos detenidos, trabajaran en un asunto de espionaje. No quiso establecer contacto directo con Drake, pues, por no confiar a ir personalmente, y corría el riesgo de caer en una emboscada o ser víctima de un chantaje. Estaba seguro de que los hombres encarcelados, a las órdenes del *boss* rival, comunicarían con su jefe. Giovanni supo la respuesta horas antes de ser puesto en libertad. Desde el teléfono de la oficina de la penitenciaría y utilizando una clave convenida con Joseph Popsky, ordenó a este que desplazara a dos tipos al aeropuerto para que, si él se presentara, dieran muerte a Eric. Antes de salir de

Sing-Sing

hizo una llamada a Drake para formularle una sola pregunta: «¿Acepta o no?». La respuesta fue negativa. Entonces decidió suprimirle.

—¿Sólo por eso se dejó encarcelar?

—No. También deseaba tener una coartada. En la época en que Giovanni estuvo en presidio se cometieron numerosos actos delictivos, a cargo de Popsky y sus hombres y, también, a cargo de los que integraban la red de espionaje. ¿Quién iba a culparle de tales desmanes estando entre rejas?

—Comprendo.

—El asalto al restaurante, de cuyo dueño, Luigi Rosetti, he ordenado la detención, así como de todo el personal, fue perpetrado para apoderarse de la cartera de Rodolfo di Prieto, el asesinado en el Holland Tunnel, que Webb depositó en la cubeta de champaña. Hable usted ahora.

Sin omitir detalle, Richard refirió su aventura, terminando:

—Quise acabar con el poderío de ese hombre antes de que yo quedase ciego por completo. ¿Es hora ya de que examinemos la cartera, comisario?

—Sí. Antes... Puede retirarse, Drake. Le agradecemos su colaboración.

Eric, sin un comentario, acompañado hasta la puerta por Jasper, salid del edificio del Servicio Secreto, respirando con alivio al verse

en la calle.

Alfred penetró de nuevo en el despacho ocupado por los dos miembros del Servicio Secreto en el momento que Richard exclamaba, tomando un paquete entre sus manos:

—¡Las cartas de Giovanni a Ethel!

—Sí —repuso Carpentier—. Estoy seguro de que encontraremos, en clave, órdenes a sus agentes de Nueva York, quienes con una llave falsa penetraban en el departamento de la muchacha dos veces por semana para fotocopiar tales misivas. Al salir el *boss* de la cárcel se las sustrajeron con el fin de impedir un posible extravío. Muy ingenioso. Creo que es hora de que sepa, Richard, que la que fue su novia, conociendo por mí la verdad de su condición de miembro del Servicio Secreto, quiso ayudarle, y para ello comenzó a frecuentar el trato del *gángster*. Está dolido con usted por su falta de confianza.

—Cumplí mi promesa.

—Eso le honra. —René Carpentier manipuló en varios papeles, extraídos de la cartera—. Listas con nombres y domicilios y... ¡Ahora comprendo nuestros repetidos fracasos! Utilizaba el *Tell-it-to* de un almacén de Manhattan para dar instrucciones en clave también. Aquí tenemos todos los datos que nos faltaban. ¡Gran labor la suya, Richard! ¿Comprende que tuve razón al no detener a Popsky ni a Estella?

—Sí. ¿Qué va a hacer con la muchacha?

—No la procesaremos. Ha sido una víctima de Giovanni. Ese hombre asesinaba a todas sus amantes y, si era preciso, también a sus familiares, para que no hubiera quien se interesara por ellas. Una investigación me lo ha demostrado. Ethel afirma que Webb no constituye un peligro, que ha comprendido su maldad y quiere apartarse de la senda del delito. Voy a ordenar que comience la caza de ese hombre y de todos los complicados con él. ¿Le satisface vengar a su hermano, Richard?

—Me alegra el cumplimiento de la Ley.

Sonó el timbre del teléfono, y el comisario, al tomar el auricular, dijo:

—Aquí Carpentier. Hable.

El jefe del Servicio Secreto en Nueva York escuchó atentamente, y luego, mientras colgaba el receptor, informó a Alfred Jasper y a Richard:

—Joseph Popsky y Stanley Morrison han sido hallados muertos en un hotel del Harlem, junto al secuestrado Heinrich Ran. ¡Iniciaremos la gran redada! Usted, Miles...

—Tower, señor. Richard Tower. Me satisface oír mi verdadero apellido.

—Tiene razón. Había llegado a olvidarlo. Márchese a la clínica del doctor Person, y póngase en tratamiento. Telefonaré a Ethel para que vaya a verle. Una luna de miel y una convalecencia. ¿Le parece bien?

—¡Me parece admirable, comisario!

CAPÍTULO X

LOS MUERTOS RESUCITAN

Un hombre, fatigado el rostro, traspuso con paso firme los escalones de entrada a la sede local del

F. B. I.

en Nueva York, para decir a un agente de guardia:

—Quiero ver al inspector jefe. Pásele mi tarjeta.

—Siéntese.

El policía entregó la cartulina a un hombre de paisano quien, sin leerla, se dispuso a anunciar la visita, regresando segundos después.

—Venga conmigo.

Anduvieron por un largo pasillo, deteniéndose frente a una puerta entornada. Una voz, familiar para el hombre, autorizó:

—Pase.

El individuo obedeció, sonriendo al que, en pie detrás de una mesa, le miraba con estupor.

—No me he vuelto loco, Hurley Vengo a entregarme. Nunca es tarde para acabar con una vida de delitos en el presidio o en la silla eléctrica.

Giovanni Webb tomó asiento y extrajo un cigarrillo de su pitillera, encendiéndolo. El inspector Robert Hurley hubo de reconocer:

—Admiro su hombría. ¿No le asombra verme vivo?

—No, Richard. Miles me reveló hace unas horas su identidad de miembro del Servicio Secreto, y tuve la certeza de que no le había asesinado. ¿Fue una treta para confiarme?

—En efecto. También para que no sospechara de él.

—Celebro no tener su muerte sobre mi conciencia. Una mujer me ha transformado. ¡Cúmplase en mí la Ley!

Los ojos del *gángster* brillaban con una luz nueva, de Verdad, de Amor...

FIN

¡EN LAS NOTAS DE UN PENTAGRAMA MUSICAL ESTABAN LOS PLANOS DE LA MAS GIGANTESCA OPERACION MILITAR!



Y Glenn Duncan, encargado de interpretarla, desconocía que en aquella hermosa sinfonía existía una clave musical... ¡que podía llevarle a las más horrible de las muertes! Vuelve con usted de nuevo, amigo lector, el más emocionante de los autores modernos:

VIC PETERSON

mundialmente conocido como *El Maestro del Enigma* quien con este título:

MORIR AMABLEMENTE

le ofrece la más escalofriante aventura, en una novela que sólo recomendamos a los lectores verdaderamente capaces de controlar el dominio de sus nervios...

MORIR AMABLEMENTE

Acción, misterio, terror... y la melodía de la muerte, como fatal consigna para aniquilar a un hombre... ¡que había recogido de un ahorcado el más extraño y siniestro mensaje!

No deje usted de leer esta sensacional novela, adquiriendo el próximo número de la gran

COLECCION SERVICIO SECRETO

¡Jamás podrá olvidarla!

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 pts.

COLECCION "BISONTE"

333 — A. Rolcest
LA MALDICION DEL ORO

COLECCION "BUFALO"

85 — Tex Taylor
EL BANDIDO

COLECCION "PANTERA"

22 — J. León
FORASTEROS EN EL VALLE

COL. "SERVICIO SECRETO"

252 — Alar Benet
GANGSTERS EN NUEVA YORK

COLECCION "LAUREL"

41. — LAS MEJORES POESIAS
ANDALUZAS

COLECCION

"PRACTICA Y POPULAR"

21 — PRIMEROS AUXILIOS

A 5'50 ptas.

COLECCION "PIMPINELA"

447 — Ana Marcela García
OLVIDAR NO ES FACIL

COLEC. "MADREPERLA"

343 — Bautista Lacasa
UNA MUJER MALA

COLECCION "ROSAURA"

287 — Nylhama
UN HOMBRE PARA TI

COLECCION "AMAPOLA"

173 — Mary Vidal
PUBLICIDAD Y AMOR

COLECCION "ALONDRA"

126 — Matilde Redón
...Y SURGIO UNA MUJER

COLECCION "CAMELIA"

67 — Armando Sandoval
REFLEJO DE ALMAS

COLECCION "ORQUIDEA"

37 — Sergio Duval
EL AMERICANO

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona :: Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

¡ESTA MISMA SEMANA APARECE EL NUMERO 8 DE LA TREPIDANTE Y SENSACIONAL COLECCION DAN, SERIE...



BISONTE GRAFICO!

Cada cuaderno — de aparición quincenal — le ofrece las más sugestivas e impresionantes aventuras gráficas, en un alarde de acción y dinamismo jamás igualado

Lea, en cada número:

UNA EMOCIONANTE AVENTURA LARGA COMPLETA.

UN EPISODIO DE LA DINAMICA SERIE: "EL JUSTICIERO ERRANTE".

y la sección de alto valor documental:

A TRAVES DE LA HISTORIA DE NORTE-AMERICA.

¡Usted vivirá las más sensacionales aventuras con los dinámicos personajes de

BISONTE GRAFICO!

DE VENTA EN TODOS LOS QUIOSCOS Y LIBRERIAS

DE NO HALLARLO EN SU LOCALIDAD, SOLICITELO A:

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

¡NADIE ESTA LIBRE DE SUFRIR UN
ACCIDENTE!

Ni nadie tampoco puede desconocer lo que debe hacerse llegado tal caso, porque generalmente de los

PRIMEROS AUXILIOS

depende todo el proceso de la lesión y el posterior desarrollo de la misma...



PRIMEROS AUXILIOS

Es el título de un volumen cuya suprema utilidad la revela eloquentemente su sólo índice: Cómo proceder en cada caso. — Signos de una lesión importante. — Tratamiento según los casos. — Fracturas. — Para cortar y evitar las hemorragias. — Intoxicaciones. — Auxilio a los ahogados. — Quemaduras. — Lo que debe y no debe hacerse, etc.

COLECCION PRACTICA

lo publica esta misma semana

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS
DE NO HALLARLO EN SU LOCALIDAD,
SOLICITELO A:

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



¿Sabía usted, amigo lector, que del buen funcionamiento de LAS GLANDULAS INTERNAS dependen la inteligencia y el humor, el peso y estatura, la irritabilidad, la emoción y la salud en general?

¡He aquí un libro cuyo conocimiento puede ser de defectos decisivos para usted!

COMO ACTUAN LAS GLANDULAS INTERNAS

A través de sus páginas, conocerá usted la influencia de las glándulas sobre las distintas funciones orgánicas y, además, hallará los siguientes artículos: **COMO PREVENIR LA ANGINA DE PECHO. — PARA COMBATIR EL NERVIOSISMO. — ¿SUFRE USTED DE LOS PIES? — LA NATACION Y LA GIMNASIA...** ¡Y otros muchos, de apasionante interés!

COMO ACTUAN LAS GLANDULAS INTERNAS

Tal es el título de este volumen que no puede faltar en su biblioteca y que

ENCICLOPEDIA DE LA SALUD

publicará la próxima semana

**DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS
DE NO HALLARLO EN SU LOCALIDAD,
SOLICITELO A:**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

LLUVIA DE ESTRELLAS



Cornell Borgees

Nº 65 Quien con Michèle Morgan y Pierre Brasseur, interviene en la primera co-producción franco-alemana en CinemaScope, realizada por Yves Allegret "OASIS". Foto de la película en CinemaScope "OASIS", 20th CENTURY FOX



EDITORIAL BRUGUERA, N. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Venta en España: 5 ptes. Precio de Venta: Producción Argentina: \$250.

NOTAS

[1] La estatua de la Libertad la moldeó el escultor alsaciano Augusto Baltoldi. Gustavo Eiffel, autor de la torre de su apellido, en París, se encargó de la parte técnica de la obra, que se inauguró el 28 de octubre de 1886. Su peso total es de 325 toneladas. < <

[2] Drugstore. Mezcla de comercio de comestibles, heladería, cafetería, farmacia, restaurante y estanco. < <

[3] Rigurosamente exacto (N. del E.). < <

[4] Zona de Chicago, preocupación de las autoridades, que años atrás fue escenario de las luchas entre Al Capone y los principales “gangs” que ambicionaban el dominio de la ciudad. < <

[5] El Tell-it-to, modernísimo aparato fabricado por la Darling Company, de Nueva York, consiste en un micrófono que funciona dejando caer una moneda de 25 centavos en una ranura. El cliente solicita, a cualquier hora y sin necesidad de entrar en el establecimiento, lo que le interesa, y su petición queda grabada en cinta magnetofónica. Al enviarle a su casa lo solicitado, se le descuentan del importe total de la compra los 25 centavos que depositó en la máquina. < <

[6] En el argot del hampa, “poner en la cruz” a una persona, significa llevarle a determinado lugar para ser asesinado. < <